

DEL BRONCE AL HIERRO EN EL CENTRO DE LA SUBMESETA NORTE (Consideraciones desde el Inventario Arqueológico de Valladolid)

JAVIER QUINTANA LOPEZ Y PEDRO JAVIER CRUZ SANCHEZ

1. INTRODUCCION

En la Submeseta Norte, los últimos años han contemplado la publicación de diversos trabajos que en conjunto han supuesto una renovación del estudio de la Edad del Hierro regional. Por lo que se refiere a los momentos iniciales de esta etapa, protagonizados por el Grupo Soto de Medinilla, sin duda una de las aportaciones más interesantes es el nuevo encuadre experimentado por la fase más antigua, el Soto inicial o formativo, aquel que hasta hace escasas fechas conocíamos como Soto I, pues de definir los inicios del Hierro I ha pasado a situarse a caballo entre el último Bronce Final y el Hierro más temprano (Delibes y Romero, 1992: 243-245; Romero y Jimeno, 1993: 188; Delibes y otros, 1995a: 59 y 82; Delibes, Romero y Ramírez, 1995: 175). Tradicionalmente, el protagonismo del Bronce Final meseteño ha recaído en exclusividad en la cultura de Cogotas I, mientras que el tránsito con el posterior mundo del Soto ha sido interpretado desde esquemas que si bien progresivamente se han ido matizando no por ello han perdido totalmente su carácter rupturista (Romero Carnicero, 1985: 185-187; Delibes y Romero, 1992: 242-251; Fernández Manzano, 1993: 16-18; Romero y Jimeno, 1993: 198-199; Delibes y otros, 1995a: 80-82; Delibes de Castro, 1995a: 125; Sacristán y otros, 1995: 354-357). Sin embargo, como decimos, tanto los nuevos datos radiocarbónicos (Delibes y otros, 1995a; Delibes y otros, 1995c), cada vez más próximos a los aceptados para el complejo cogotiano, como la metalurgia que le es propia, colocan los inicios del Soto inicial dentro de un Bronce Final III de la secuencia atlántica;

¹ Como han recordado recientemente diversos autores (Delibes y otros, 1995a: 58; Ruiz-Gálvez Priego, 1995a), la única forma de comparar las datas de C₁₄ con las fechas otorgadas en las más recientes revisiones a la metalurgia del Bronce Atlántico (Gómez de Soto, 1991: 372) es mediante la calibra-

en fin, una novedosa situación que invitaba a buscar nuevas explicaciones para el paso del Bronce al Hierro en la Meseta. Este acicate coincidió en el tiempo con los interrogantes que nos íbamos planteando a medida que avanzaban las prospecciones en la provincia de Valladolid y datos inéditos se sumaban al inventario arqueológico, proyecto este último al que estamos vinculados desde hace varios años².

Fruto de esta inquietud es el artículo que ahora presentamos. En él tratamos de arrojar alguna luz sobre el cambio del Bronce al Hierro en estas tierras centrales de la Submeseta Norte, un paso que trasciende la mera sustitución de una etiqueta convencional por otra, pues creemos distinguir hondas transformaciones que al cabo permiten hablar de un verdadero cambio cultural. Por su nueva valoración, la función de bisagra que le corresponde al Soto inicial es clave en este proceso, y consecuentemente su estudio, en particular su relación con las culturas que le preceden y siguen en la secuencia, copa la mayor parte del texto. Son los datos proporcionados por las prospecciones arqueológicas vallisoletanas, dada nuestra línea de trabajo, los que sirven de base principal a estas líneas, y si bien somos los primeros en reconocer que acercarse al análisis de un cambio cultural a partir de datos de prospección no deja de tener sus limitaciones, tampoco debe olvidarse que este tipo de estudio es uno de los pocos medios para entrar en cuestiones tales como la ocupación humana del espacio o la interrelación entre los asentamientos y el entorno natural. Ello, claro está, si es que la metodología y el alcance de las inspecciones de superficie quedan suficientemente explicados, algo que lamentablemente no es todavía una práctica habitual.

Por lo que respecta al caso vallisoletano, tras una primera fase en la que unos pocos municipios fueron investigados de modo intensivo, consideraciones evidentes de economía de medios y de lograr el objetivo de la revisión provincial en un plazo razonable, nos inclinaron a aplicar en las sucesivas campañas una metodología extensiva. De este modo, tras la finalización de la de 1995 se ha revisado un 64 % de la superficie vallisoletana, un 15 % de modo intensivo y un 49 % mediante estrategia selectiva dirigida (Santiago y otros, 1995a: 75). La elección de un tipo particular de prospección tiene repercusión directa en la representatividad de los resultados. Ni siquiera la búsqueda más intensiva es capaz de conocer la totalidad del registro arqueológico, pues a los múltiples factores –deposicionales y postdeposicionales (Schiffer, 1987)– que afectan a los yacimientos se unen aquellos otros que impiden o alteran la percepción de aquella parte de la evidencia que se manifiesta en super-

ción radiocarbónica. Siguiendo esta línea, las fechas absolutas citadas en este artículo han sido calibradas, de no estarlo ya en las obras de referencia, utilizando el programa informático CALIB 3.0 (Stuiver y Reimer, 1993).

² Desde que el Inventario Arqueológico de Valladolid echó a andar allá por 1986, son numerosos los compañeros que han colaborado en este trabajo; resulta evidente que sin su profesionalidad y buen hacer estas páginas hubieran sido simplemente inconcebibles. El temor de olvidarnos de alguno de ellos avala que no ofrezcamos aquí una relación completa de sus nombres como justo reconocimiento; queremos, sin embargo, personificar el agradecimiento en aquellos que en los últimos años vienen compartiendo con nosotros las tareas de dirección del inventario: Inés Centeno Cea, Ceferino Domínguez Álvarez, María Molina Mínguez, Laura Ruiz Jiménez y, muy especialmente, Jorge Santiago Pardo, coordinador y en muchos sentidos verdadera alma del proyecto.

ficie –usos del suelo, condiciones meteorológicas, experiencia del equipo prospector, etc.–. Y si esto es válido para la búsqueda intensiva, aún lo es más para la extensiva, sobre todo cuando esta no es probabilística, sino dirigida, pues precisamente lo que esta hace es aumentar el marco de referencia a costa de reducir la intensidad de la inspección. Otra consecuencia negativa de la aplicación de una metodología dirigida es que los resultados manifiestan un desequilibrado énfasis a favor de los yacimientos y en perjuicio de los hallazgos aislados, lo que impide abordar acercamientos tipo «off-site» (Foley, 1981; Gallant, 1986) o «nonsite» (Dunnell y Dancey, 1983; Dunnell, 1992) –pertinentes si se pretende un estudio espacial de gran detalle, algo que no intentaremos–, convirtiendo a los yacimientos en prácticamente los únicos datos de referencia.

Para tener una idea ajustada de la representatividad que respecto a la base espacial elegida tienen los datos que manejamos es imprescindible también que expliquemos cómo se reparte ese 64 % de superficie prospectada respecto a los distintos ámbitos geográficos, por cuanto las características de cada uno de ellos condicionan históricamente su poblamiento, y este es un punto que entronca directamente con la naturaleza original del proyecto del Inventario Arqueológico de Valladolid (IAV de aquí en adelante). Tal como está concebido, el Inventario se entiende básicamente como un instrumento administrativo para el conocimiento, protección y gestión de los diversos espacios de interés arqueológico; es por ello que de las instituciones promotoras del mismo –la Junta de Castilla y León, la Diputación Provincial y la Universidad de Valladolid³– son las administraciones las que se encargan de elegir los términos municipales objeto de prospección en cada campaña, selección que se hace a partir de la inminencia en ellos de alguna actuación de incidencia territorial, y sólo en contadas ocasiones la nómina ha podido ser aumentada con otros que tenían un interés específico para el equipo responsable del IAV. Con estos criterios de partida, los ámbitos de actuación de cada campaña se ajustan a municipios repartidos podemos decir que aleatoriamente por toda la superficie provincial, y esto tiene una doble lectura, en negativo y en positivo. La selección sobre la base de criterios administrativos y no naturales impide que hasta el momento se haya completado la inspección de alguna de las grandes Comarcas Naturales provinciales, cosa que de haberse logrado permitiría hacer un análisis de las interrelaciones entre el hombre y un espacio natural concreto. Sin embargo, una lectura en positivo nos hace valorar el carácter de muestreo que una selección aleatoria de los municipios tiene sobre los más de 8.000 km² vallisoletanos, de tal manera que podemos decir que todos los ámbitos geográficos de la provincia se han beneficiado de las prospecciones arqueológicas, o lo que es lo mismo, que ese 64 % de superficie revisada se reparte de manera bastante uniforme sobre la totalidad del espacio, y esto es una gran ventaja a la hora de intentar un análisis macros espacial, tal como hacemos en las páginas

³ El IAV es un proyecto resultante de un convenio que con cargo a los presupuestos de la Junta de Castilla y León y la Diputación Provincial se ha renovado anualmente desde 1986 hasta 1995 mediante la firma de estas dos instituciones y la Universidad vallisoletana, correspondiendo a esta última la ejecución y responsabilidad científica del trabajo.

siguientes. Antes, sin embargo, nos detendremos brevemente en la cultura material de los periodos estudiados, y ello con un doble objetivo: primero, evaluar su condición de marcador crono-cultural para encuadrar los hallazgos de superficie, y segundo, presentar los elementos más destacados recuperados en el transcurso de las campañas del inventario; estos últimos nos servirán, además, para comparar nuestros yacimientos con sus contemporáneos en el marco de la Meseta o de la Península Ibérica.

2. CULTURA MATERIAL

2.1. Cultura material y hallazgos de prospección

Dada la escasa entidad de las demás manifestaciones materiales de la cultura de Cogotas I, no es de extrañar que pronto llamaran la atención de los investigadores las llamativas cerámicas decoradas. Debemos a Fernández-Posse (1986) la más completa sistematización de estas cerámicas, realizada con el expreso deseo de servir de guía para periodizar el amplio lapso cronológico ocupado por esta cultura. Según el esquema propuesto por la autora, hoy bien conocido, Cogotas I se iniciaría con una primera fase «formativa», continuaría su desarrollo con la etapa de «plenitud», donde se dan cita las formas cerámicas y las decoraciones más típicas del grupo; y acabaría con la etapa «final» o «avanzada», con su marcado predominio de la excisión entre las técnicas decorativas, pasando el boquique y la incisión a funciones auxiliares, el desarrollo de un gusto por los motivos y composiciones complicadas (círculos exentos, daderos amplios, dobles hachas, anillos, reticulados, entramados rectos, zonas de puntillado, etc.) y la introducción en algunos territorios de nuevos perfiles cerámicos. En la actualidad, esta periodización parece mantener su vigencia, aunque en función de las dataciones calibradas toda la cronología de Cogotas I ha experimentado un reajuste que permite establecer su relación con la metalurgia atlántica en términos mucho más precisos; así, el periodo inicial arrancaría hacia el 1700-1600 A. C. y el final apenas alcanzaría el cambio de milenio (Delibes y otros, 1995a: 58-59)⁴. Prestando atención a los conjuntos de algunos yacimientos –Carpio Bernardo, El Berrueco, Sanchorreja, Areneros del Manzanares, La Muela de Alarilla, Ecce Homo, etc.– donde se ha querido distinguir esta última etapa de Cogotas I, que es la que más nos interesa pues no en vano son sus vajillas las que van a ser sustituidas por las nuevas producciones del Soto inicial, se pueden señalar como rasgos característicos, que habría que sumar a los apuntados por Fernández Posse (1986), la presencia de algunas decoraciones metopadas o

⁴ En este mismo sentido, una última revisión de Cogotas I (Castro, Micó y Sanahuja, 1995: 100-102) ha permitido diferenciar, en base a las dataciones radiocarbónicas, hasta cuatro fases en el desarrollo cronológico del grupo cultural: la primera entre c. 1700 y c. 1500 A. C., básicamente coincidente con lo que conocemos como Proto-Cogotas; la segunda entre c. 1500-1300 A. C., que podemos asociar a la fase inicial y comienzos de la etapa de plenitud de la secuencia clásica; la tercera entre c. 1350 y c. 1000 A. C., coincidente con la etapa de apogeo del grupo; y, finalmente, una fase de disolución desarrollada a partir de c. 1000 A. C.

la frecuente utilización de pasta rojiza para las incrustaciones (Delibes y Fernández-Miranda, 1986-87: 27).

Con esta guía ceramológica parecería relativamente sencillo realizar la clasificación por fases de los hallazgos, pero dado que los lotes recuperados en prospección no sólo suelen ser escuálidos, sino que además frecuentemente aparecen muy fragmentados, la operación se complica bastante. Es en particular delicado tratar de discernir entre las etapas de plenitud y avanzada, pues ambas comparten técnicas decorativas y bastantes formas cerámicas, radicando las diferencias en factores, a veces tan difícilmente identificables en fragmentos reducidos, como los motivos decorativos, la sintaxis ornamental o la predilección por la técnica excisa en perjuicio de las demás, o tan de matiz como el gusto «barroquizante» de las producciones avanzadas. Pese a estas dificultades, la particular riqueza de los lotes de algunas estaciones o las personalísimas decoraciones detectadas en otras nos han permitido distinguir, tal como veremos más adelante, la presencia del momento avanzado de Cogotas I en algunos yacimientos vallisoletanos, y esto resulta clave para entender la situación del centro de la Submeseta Norte en el paso del segundo al primer milenio antes de Cristo.

La cultura material del Grupo Soto adolece todavía hoy, cuarenta años después de que se realizaran las primeras excavaciones en el yacimiento que le da nombre, de un estudio sistematizador. Es verdad que en estos últimos años han visto la luz algunas tipologías del Soto pleno o avanzado, y en este punto merecen destacarse las realizadas a partir de los materiales de Roa de Duero (Sacristán, 1986: 63-66) y La Mota (Seco y Treceño, 1993: 144-163), pero se echan en falta estudios similares del Soto formativo, y sobre todo de aquellos yacimientos que con una secuencia continua de esta cultura pudieran ponernos en la pista de la evolución alfarera. Nos estamos refiriendo particularmente a El Soto de Medinilla, cuyos materiales, tanto los de las excavaciones de los años 50 y 60 como los procedentes de las más recientes intervenciones, apenas han visto la luz en forma de breves resúmenes generales (Palol y Wattenberg, 1974: 191-192; Delibes, Romero y Ramírez, 1995: 171-172 y figs. 3, 5 y 7). Tan solo recientemente uno de estos yacimientos con niveles del Soto formativo y del pleno, el benaventano de Los Cuestos de la Estación, está siendo estudiado (Celis Sánchez, 1993: 114-124 y figs. 11 a 17), pero aún es poco lo publicado. Así las cosas, diferenciar las vajillas propias de estas dos fases no resulta labor sencilla. Para el Soto inicial los referentes más válidos siguen siendo el artículo que a las cerámicas del Hierro I dedicó Romero (1980), la publicación de los materiales de Almenara de Adaja realizada por Balado (1989) y las recientes aportaciones ya citadas sobre Los Cuestos de la Estación y de El Soto de Medinilla, al margen de breves anotaciones contenidas en otros artículos. Algo mejor caracterizado aparece el Soto pleno; baste referirse al ya mencionado artículo de Romero, a las tipologías de Roa de Duero o de La Mota o a los numerosos artículos que publican restos de diversos yacimientos de esta etapa. Resumiendo todo lo expuesto en esos trabajos, parece que la etapa formativa del Soto se distingue de la de plenitud sobre la base de algunas significativas ausencias/presencias, o incluso gracias a la distinta frecuencia con la que ciertos rasgos comunes se dan cita en cada una. Así, la compa-

recencia, sobre todo si esta es repetida, de vasos de carena resaltada, de bases en umbo, de contenedores globulares de amplios cuellos abiertos y, en general, de cerámicas finas de buenos acabados bruñidos y tamaños medios o pequeños, señala a la fase inicial, aspecto que puede refrendarse si además se comprueba la ausencia en el conjunto de algunos de los elementos más característicos del Soto pleno, como pueden ser los pies anulares bien desarrollados, las decoraciones de amplios temas incisos en la pared, la abundancia de bordes impresos, la presencia mayoritaria de vasos de tamaño medio o grande y de formas tales como las fuentes o tapaderas de bordes almendrados o los perfiles de tendencia recta o con cuellos cilíndricos. De todas formas, no podemos sino reiterar una vez más que los lotes obtenidos en prospección son en ocasiones demasiado exiguos como para caracterizar con precisión un determinado yacimiento, habida cuenta además que ambas etapas comparten un fondo común de producciones indistinguibles; lo cual no empece para que mantengamos también la opinión de que parte de los materiales recuperados son lo suficientemente paradigmáticos como para avalar que en condiciones no especialmente desfavorables sí podemos determinar la presencia del Soto inicial en ciertas estaciones y, consecuentemente, la del pleno en otras.

Antes, pues, de establecer la nómina definitiva de yacimientos encuadrables en el periodo estudiado procedimos a revisar, de acuerdo con los criterios expuestos, los materiales adquiridos en nuestra provincia y que *a priori* pudieran interesarnos. Estos conjuntos a veces aparecían descritos o dibujados en diversas publicaciones, y justo es recordar aquí a la Carta Arqueológica de Valladolid de Palol y Wattenberg (1974) y a los dos tomos de la Arqueología Vallisoletana de Tomás Mañanes (1979 y 1983); en otras ocasiones tuvimos que comprobar los lotes procedentes de excavaciones o prospecciones antiguas depositados en el Museo de Valladolid, o estudiar aquellos que formaban parte de colecciones en poder de diversos aficionados de la provincia⁵, pero la mayor parte de las informaciones permanecían «latentes» en las descripciones de materiales de las fichas del IAV. Como es lógico suponer, a medida que conocíamos más conjuntos fuimos precisando los criterios de partida, añadiendo rasgos antes ausentes y que se presentaban repetidamente en los lotes donde ya habíamos advertido otros más típicos. Tal como nos propusimos, finalmente este trabajo nos permitió establecer la nómina de yacimientos que iba a ser objeto de nuestro interés y, a la par, realizar una serie de observaciones sobre la cultura material de los grupos que protagonizan el paso del Bronce al Hierro en esta zona de la Meseta, una parte de las cuales son el soporte de las líneas siguientes.

⁵ Debemos hacer especial mención de agradecimiento a Carlos Arranz Santos, Gabriel Carrasco Velasco y José Sánchez Blanco por permitirnos estudiar sus respectivas colecciones particulares.

2.2. El final de Cogotas I en Valladolid: acotaciones a su producción cerámica

La impresión de oscura penumbra que tradicionalmente hemos recibido al contemplar el paso del Bronce al Hierro exige, para alumbrar el proceso, conocer mínimamente las bases sobre las que se apoyó, y para ello es ineludible acudir al estudio del grupo cultural Cogotas I, cuyo desarrollo culmina con un momento tardío en el que comienzan a cuajar algunos de los cambios que van a eclosionar con El Soto de Medinilla.

Retrocediendo algo en el tiempo, el momento inaugural de Cogotas I en Valladolid está bien representado por la facies Cogeces (Proto-Cogotas I), planteando escasos problemas su registro en un nutrido número de estaciones esparcidas por buena parte de la provincia. La cerámica propia del más clásico Cogotas I se reconoce en algo menos de un centenar de estaciones⁶ repartidas por el solar vallisoletano, faltando, como ocurría también con Proto-Cogotas, casi por completo en las campañas terracampinas y en el interior de los páramos (Tabla 1)⁷.

Desde la excavación de La Requejada en San Román de Hornija (Delibes de Castro, 1978), pocas han sido las estaciones de Cogotas I investigadas a partir de una buena excavación; aunque debemos destacar los recientes trabajos llevados a cabo en La Macañorra (Arranz y otros, 1993) o en El Cementerio-El Prado (Rodríguez y Abarquero, 1994), en Geria y Quintanilla de Onésimo respectivamente, en los que se ha puesto de manifiesto –haciendo extrapolación de lo observado en las zonas excavadas a la totalidad de sus respectivos yacimientos y obviando el problema de la «estratigrafía horizontal» tan frecuente en los campos de hoyos– la existencia de una etapa Cogotas I inicial, entroncada con la fase Cogeces, similar a la que se rastrea en el salmantino Teso del Cuerno (Forfoleda) (Martín y Jiménez, 1988-89), y en la que motivos de espigas de pescado y zigzags conviven con los primeros boquiques, muy sencillos, faltando todavía por completo las excisas. Los

⁶ Cuando estábamos terminando de escribir estas líneas, apareció un artículo (Tardón Gutiérrez, 1995) referido a la arqueología de la Tierra de Íscar donde se da una breve noticia sobre algunos de los yacimientos de ese territorio, entre ellos los de la Edad del Bronce. Como quiera que los topónimos utilizados por el autor para designar los yacimientos no coinciden con los reflejados en el IAV, aprovechamos estas líneas para establecer la correspondencia entre unos y otros y evitar futuros malentendidos. Así, el yacimiento que en el citado artículo figura como Valdelaura (Cogeces de Íscar), aparece en el IAV como Valdelahorca; el de Fuente de Los Melones (Íscar) es Las Cotarrillas; Cotarra Encina (Megeces) es Cotarra de la Ermita de la Encina; Casasola-Valviadero (Olmedo) es Dehesa de Doña María; Las Culebras o La Requijada, Caseta de la Bomba y La Llosa son a nuestro entender diversos focos del yacimiento genérico que conocemos como La Dehesa (Pedrajas de San Esteban). Por lo que se refiere a los de la Edad del Hierro, muchos de ellos también con ocupación del Bronce, podemos descartar, merced a la revisión de los hallazgos exhumados, la atribución propuesta para la Iglesia de Santiago de Alcazarén, y a falta de dibujos o descripciones de materiales, desconocemos los argumentos en los que se basa la atribución al Hierro I de Cotarra Manteca (Pedrajas de San Esteban), lugar donde hemos localizado evidencias de las otras atribuciones propuestas, pero no de esta última.

⁷ Varios compañeros nos ayudaron a precisar algunos de los datos contenidos tanto en esta tabla como en la referida al Grupo Soto, pero queremos hacer especial mención a L. C. San Miguel por prestarse amablemente a cotejar los resultados de sus prospecciones con los recopilados por el IAV.

barros decorados mediante las técnicas de boquique y excisión vienen a representar el apogeo de Cogotas I, magníficamente evidenciado por la estación ya referida de La Requejada (Delibes de Castro, 1978; Delibes, Fernández y Rodríguez, 1990), hasta tal punto que, sin temor a equivocarnos, prácticamente todos los yacimientos que conocemos hasta el momento en la provincia se encuadran en esta etapa de plenitud. A grandes rasgos, se ha venido caracterizando la etapa final como aquella que manifiesta el predominio sobre cualquier otra técnica de la excisión, ahora a veces rellena de pasta roja como sucede en Los Castillejos de Sanchorreja (Maluquer de Motes, 1958a), y en la que a partir de los primeros contactos extrameseteños a gran escala se amplía el repertorio cerámico y se produce una hibridación de las formas cerámicas (Delibes y Fernández-Miranda, 1986-87: 27-28). Al hilo de estas novedades, nos encontramos con ciertos documentos de la periferia de la Submeseta Norte, como el controvertido nivel V de Los Castillejos de Sanchorreja, donde comparecen cerámicas de Cogotas I con otras pintadas de tipo Carambolo, lo que hablaría de perduraciones hasta el siglo VII a. C. (González-Tablas Sastre, 1986-87: 50-52), o la dudosa asociación de ciertas manufacturas de hierro acompañadas de material Cogotas I en el Cerro de El Berrueco (Maluquer de Motes, 1958b: 69). A juzgar por estas asociaciones, al decir de Delibes, existiría una importante contribución meridional en la configuración del tránsito Bronce-Hierro de la Meseta, que en zonas exteriores a ésta supondría que la pujanza de Cogotas I se iría diluyendo ante la fuerza de otros substratos, sin que experimente en las postrimerías del siglo IX a. C. de la cronología convencional, una repentina desaparición o sustitución (Delibes de Castro, 1995b: 73 y 83-85). En nuestra provincia apenas contamos con documentos que atestigüen la presencia de esta etapa última; tan sólo podemos hacer alguna escueta referencia a determinados recipientes considerados de época avanzada, como la jarra recientemente publicada de Pórragos, en Bolaños de Campos, decorada mediante un fino ajedrezado exciso (Fernández y Palomino, 1992), y a la estación de La Requejada de San Román de Hornija, pues aunque las tan barajadas dataciones tardías de este yacimiento queden hoy algo desvirtuadas en función de su alta desviación estandar, la fíbula de codo aparecida en la tumba de inhumación y algunas de las características de su material cerámico sí parecen indicar que esta localidad arqueológica alcanza el momento tardío de Cogotas I.

Sin embargo, de una minuciosa observación de contextos y artefactos llevada a cabo en las estaciones vallisoletanas, creemos que se puede atisbar la existencia de un personalísimo horizonte tardío de raíz local, aunque su definición viene, de entrada, dificultada por la comparecencia en los mismos emplazamientos de los más clásicos materiales de Cogotas I. No es de extrañar, por tanto, que apenas en un par de estaciones se indique, y no sin reservas, la presencia exclusiva del momento avanzado, mientras que en los otros nueve casos se señala, como otra prueba más de esta dificultad de definición, la presencia también de elementos asignados a la fase plena de la cultura (Tabla 1). Son expresivos los resultados porcentuales, en los que la etapa inicial se ve reconocida en 33 estaciones, que representan un 38% del total; la de plenitud acapara el 85%, compareciendo en la práctica totalidad de los yacimientos estudiados; y la final en 11 estaciones, lo que supone tan solo el 13%.

Sin entrar a detallar todos y cada uno de los rasgos de los barro que caracterizan este horizonte final, no podemos dejar de hacer referencia a algunas de sus particularidades. No son las peculiaridades morfológicas, a fuer de estudiar únicamente lotes venidos de prospección, las que mejor le definan, pues tan sólo podemos mencionar algún vaso de perfil troncocónico y uno tal vez bitroncocónico, al menos este último válido como indicador cronológico de esa etapa de disgregación –recordemos los perfiles compuestos del Castillo de Carpio (Delibes y Fernández-Miranda, 1986-87: 27)–; es, por tanto, en el apartado decorativo donde mejor resalta esta modernidad, particularmente en el reiterado recurso a la excisión, hasta tal extremo que, como ya dijimos, resulta predominante, por encima del boquique y de las otras técnicas, adoptando las sintaxis decorativas un gusto muy recargado, lo cual ha permitido hablar de un verdadero barroquismo. En la escasa docena de estaciones que hemos reconocido como tardías o finales se repite la siguiente lista de motivos:

1. Banda de triángulos excisos bajo el borde⁸ (fig. 1, nos 1, 2 y 7).
2. Amplias bandas excisas rectangulares que suelen alternar con otras en resalte, tanto horizontales como verticales⁹ (fig. 1, nos 11, 12 y 13).
3. Zigzag en resalte obtenido a partir de mordidos triangulares excisos¹⁰ (fig. 1, nos 8, 9 y 10).
4. Triángulos colgados excisos rellenos de líneas excisas paralelas a un lado¹¹ (fig. 1, nos 14 y 15).
5. Damerros¹² (fig. 1, nos 15, 16 y 17).
6. Y, por último, resaltados cordones pseudoexcisos resultado de profundos hoyitos impresos¹³ (fig. 1, nos 18, 19, 20 y 21)

Si bien no hay que olvidar que la excisión ya está presente en los yacimientos de plenitud¹⁴, ésta comparece allí de manera secundaria, acompañando a las demás técnicas. Tampoco debemos pensar que en todos los yacimientos peninsulares considerados tardíos es la técnica predominante, pues baste recordar que en la misma Mesa de Carpio sus valores rondan porcentajes de no más del 6%. Como se ha expuesto en más de una ocasión, estos detalles, que podrían significar particularis-

⁸ Es el motivo mejor representado, normalmente dispuesto en vasos troncocónicos. Lo hemos reconocido en La Monja (Aguasal); La Dehesa (Pedrajas de San Esteban); Dehesa de Doña María (Olmedo); Las Cotarrillas (Iscar); Soto de Tovilla II (Tudela de Duero) y El Lomo (Valdestillas).

⁹ Se puede observar en La Dehesa; Dehesa de Doña María y Las Cotarrillas.

¹⁰ Lo observamos en El Cerezo (Portillo); Las Cotarrillas, Soto de Tovilla II y Fuente La Reina-La Olma (Fuente-Olmedo).

¹¹ Tan sólo se reconoce en la Dehesa de Doña María.

¹² Detectado en La Dehesa; Soto de Tovilla II; Pórragos (Bolaños de Campos) y La Requejada (San Román de Hornija).

¹³ Lo vemos en la Dehesa, Eras de los Perros (Llano de Olmedo), La Monja y Fuente La Reina-La Olma.

¹⁴ Bien es verdad que en franca desventaja con respecto a otras técnicas como el boquique o la incisión; véanse los porcentajes de La Requejada: con un 23 % de boquique y un 45 % de incisión frente a 18% de excisión; Perales del Río o Almenara de Adaja parecen viajar en la misma línea.

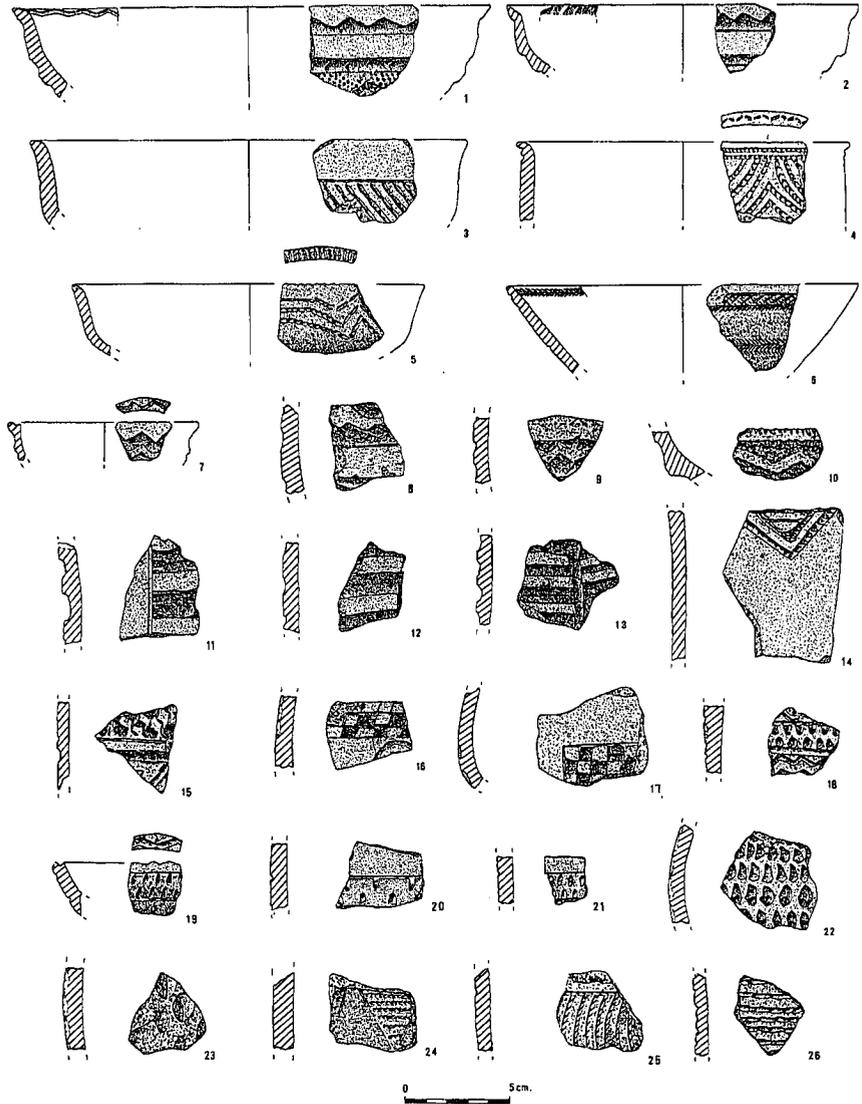


Fig. 1. 1, 11*, 13*, 14*, 15* y 22*. Dehesa de Doña María (Olmedo); 2** y 17** Soto de Tovilla II (Tudela de Duero); 3, 7, 8 y 26 Las Cotarrillas (Íscar); 4 y 6 El Tenderín-Las Cubas (Laguna de Duero); 5, 9 y 21 Fuente La Reina-La Olma (Fuente-Olmedo); 10 y 25 El Cerezo (Portillo); 12*, 16* y 18 La Dehesa (Pedrajas de San Esteban); 19 Eras de Los Perros (Llano de Olmedo); 20 y 24*** La Monja (Aguasal); 23 Cotarra Brazuelas (II) (Alcazarén). (Dibujos J. Quintana).

* Colección Carlos Arranz; ** Colección José Sánchez; *** Colección Gabriel Carrasco

mos locales, en nada desdican la indiscutible unidad cerámica cogotiana, aunque del estudio de los paralelos se pone de manifiesto que se trata de un momento de disgregación, en el que cada zona participa de las diversas influencias que inciden en la Meseta (Delibes de Castro, 1995b: 84-85, figs. 2 y 3). En cualquier caso, nuestro interés por el predominio de la excisión en los yacimientos estudiados radica en el indudable valor que tiene como marcador cronológico. Así, si ahora nos detenemos brevemente en los seis motivos presentados, vemos que tienen excelentes réplicas en yacimientos tan representativos del final de Cogotas I como Cancho Enamorado en el Berrueco (Maluquer de Motes, 1958b: 51, 53, figs. 10, 13 y 18), Sanchorreja (*idem*, 1958a: 40, figs. 9 y 10, láms. VI y VII), la Mesa de Carpio (Martín y Delibes, 1972: 7, 12-18, figs. 6 y 7) o en algunos de los hoyos de Areneros de Manzanares (Fernández-Posse y de Arnaiz, 1986: figs. 2 y 3). En concreto, el motivo 2 nos parece un buen indicador de esa relativa modernidad, como manifiesta su aparición junto con cerámicas de tipo Soto antiguo en La Pencona (Aguilafuente, Segovia) (García-Gelabert y Morere, 1984: 158 y fig. 4, n.º 4). El n.º 5 –dameros– frecuentemente asociado a jarras, se suele llevar a momentos tardíos de Cogotas I (Fernández y Palomino, 1992: 65, 70 y fig. 3); en este sentido, en el yacimiento conquense de La Hoya del Castillo estos temas ajedrezados comparecen en los niveles superiores de su secuencia, aunque algo anteriores a las incisas del Hierro (Ulreich, Negrete y Puch, 1994: 125-127, fig. 8). Lo mismo que los motivos 1, 2 y 6, los cuales aparecen rellenos de pasta roja en vasos barrocammente decorados (a veces exclusivamente a base de excisiones) en Sanchorreja (Maluquer de Motes, 1958a: 40, figs. 9 y 10, láms. VI y VII) y en Cancho Enamorado de El Berrueco (*idem*, 1958b: 51, 53, 66, figs. 10, 13 y 18). El curioso motivo del n.º 4 se constata en el mencionado yacimiento de La Pencona (García-Gelabert y Morere, 1989: 158, fig. 4, n.º 4), sobre un fragmento de la Mesa de Carpio (Martín y Delibes, 1972: fig. 7, n.º 20) y en una urna bicónica inédita de este mismo yacimiento.

A la vista de estos paralelos no sería difícil llevar el final de este Cogotas I vallisoletano a los siglos X-IX a. C. (XI-X A. C. en cronología calibrada), en consonancia, por un lado, con el resto de las estaciones tardías de la Meseta, las cuales incluso se han llegado a situar en el siglo VII a. C. a partir de los niveles de Los Castillejos en Sanchorreja (González-Tablas Sastre, 1986-87: 51) y, por otro, con la metalurgia, a la cual nos vamos a referir más adelante.

No queremos acabar este epígrafe sin dejar de señalar someramente el resto del elenco material de los yacimientos tardíos vallisoletanos, pues pudieran también estar denunciando esta relativa modernidad de Cogotas I ciertos vasos de cerámica común que muestran una serie de impresiones de puntas de punzón aplicado de forma oblicua que cubren su superficie externa (fig. 1, n.º 22). Aunque no son desconocidos, pues se asemejan a las digito-ungulaciones de La Requejada, tal vez también representadas en el yacimiento de Cotarra Brazuelas II de Alcazarén (fig. 1, n.º 23), la forma de aplicación parece acercarse a ciertas vasijas de Pico Buitre con la misma técnica, en un ambiente de transición Bronce-Hierro de la Submeseta Sur (Crespo Cano, 1992: 48 y fig. 4, n.º 2) muy semejante al que documentamos en tierras vallisoletanas. El resto del material asimilable a Cogotas I no permite mayores

apreciaciones, encontrando cerámicas que no serían difíciles de encuadrar en el horizonte Cogeces, aunque por lo general decoraciones de guirnaldas (fig. 1, nºs 4, 5 y 25), triángulos o bandas horizontales de boquique (fig. 1, nºs 3, 24 y 26), líneas de cosido (fig. 1, n.º 6), retículas incisas (fig. 1, n.º 6) y hoyitos impresos (fig. 1, n.º 1), ponen de manifiesto la dificultad que tenemos a la hora de delimitar los diferentes periodos de Cogotas I. Este dato seguramente deja entrever el recurso a los mismos emplazamientos por sucesivos grupos cogotianos a lo largo de su larga secuencia cronológica, reocupaciones que, en muchos casos, tienen su episodio final con el Soto inicial.

Como hemos tenido ocasión de comprobar, es posible rastrear en nuestra provincia un horizonte Cogotas I tardío, muy enmascarado en algunos casos –de existir realmente como etapa independiente– por el horizonte pleno, y que a grandes rasgos viene marcado por las siguientes pautas:

1. Ornamentalmente, la alcallería del final de Cogotas I se caracteriza por el marcado gusto por la excisión, que se adapta a complejas composiciones metopadas, limitándose el resto de las técnicas a papeles secundarios.
2. Su dispersión, como tendremos ocasión de ver más adelante, se centra preferentemente en las Campiñas Meridionales del Duero, en torno a unos recursos hídricos que desde los primeros documentos de la Prehistoria reciente han convocado a numerosos grupos humanos, tratándose, por tanto, de verdaderos emplazamientos recurrentes.
3. Y, por regla general, porque en esos espacios comparece, tal como explicaremos, junto con un horizonte de cerámicas lisas, carenadas y finamente bruñidas, fácilmente asimilables a los momentos más antiguos del Grupo Soto de Medinilla.

2.3. Algunas notas en torno a la metalurgia del tránsito Bronce-Hierro

Como en otro lugar hacemos un estudio más detallado sobre la metalurgia del tránsito del Bronce al Hierro a partir de los recientes hallazgos vallisoletanos (Cruz y Quintana, e. p.), evitaremos repetir aquí toda la discusión acerca de los paralelos de las piezas presentadas, pero sí creemos que en este punto es pertinente avanzar algunas de las novedades advertidas. Concretamente nos referimos a tres yacimientos cuyas manufacturas metálicas, un par de puñales de La Monja y Soto de Tovilla II, el conocido brazalete de Amusquillo (Wattenberg Sanpere, 1963; Fernández Manzano, 1986: 92-93 y fig. 26, n.º 3) y una fíbula de codo tipo *ad ochio* también de Tovilla, remiten al Bronce Final III que, representado por las espadas de lengua de carpa y las fíbulas de codo entre otros acabados, acapara aproximadamente el tramo temporal de 940 a 750 A. C., tal y como manifiestan las últimas revisiones de su cronología (Gómez de Soto, 1991).

En la ajorca de Amusquillo, fabricada en bronce y decorada con finos frisos de espiquillas (fig. 5, n.º 8), encontramos lejanos paralelos centroeuropeos y atlánticos, como en su día señalaran Wattenberg (1963) y luego, más ampliamente, Fernández Manzano (1986: 92-93, fig. 26, n.º 3), apuntando este último autor la corresponden-

cia del modelo con el Bronce Final II, pero señalando también su posible perduración durante el III e incluso en plena Edad del Hierro. Por nuestra parte, tal como mencionamos en el artículo referido (Cruz y Quintana, e. p.), paralelos con la fachada portuguesa nos permiten situarlo dentro de un Bronce Final III, tipo Baiões-Vénat, en un momento sincrónico al yacimiento del Soto antiguo de El Rosadal recientemente documentado y donde presumiblemente apareció.

La influencia de esta metalurgia atlántica se deja sentir nuevamente en los materiales de dos interesantes estaciones en las que se registran ocupaciones de Cogotas I final y del Soto antiguo. De La Monja (Aguasal) procede un sencillo puñal de lengüeta de bronce –como refleja su contenido en estaño (*ibidem*)–, obtenido mediante martilleado y en el que la separación de la hoja con la empuñadura se resuelve gracias a dos muescas en su tercio superior (fig. 5, n.º 9)¹⁵. El contexto, en este caso, remite a un Cogotas I bastante tardío, como vimos, y a un Soto inicial en el que destacan varios vasitos carenados con recubrimiento de almagra.

El incompleto puñal del Soto de Tovilla II¹⁶ de filos paralelos, presenta en sus caras sendos nervios bastante desarrollados que van a morir a un orificio central en la zona del empuñe, a la altura de una leve muesca realizada en la hoja (fig. 5, n.º 11). Gracias a estos detalles, la daga de Tovilla se aproxima al prototipo *Porto de Mós*, característico del Bronce Final III peninsular.

La fíbula de codo aparecida en la misma estación se corresponde con los modelos sicilianos tipo *ad occhio*. Se trata de un ejemplar casi completo –sólo le falta la aguja–, de sección lenticular y brazos levemente ensanchados, con ojo y resorte de una sola vuelta y mortaja plana y ligeramente curvada para acoger la aguja (fig. 5, n.º 10). En cada brazo muestra finas incisiones paralelas, dispuestas en un friso continuo. La distribución de las fíbulas de codo por la Península ocupa fundamentalmente al Mediodía, pues en el interior meseteño, salvo el ejemplar de La Requejada y el de la Colección del Padre Saturio de Burgos (Delibes de Castro, 1988: 70-71, lám. XIII), los dos de codo simple, sólo se conocen las piezas de Perales del Río y esta de Tudela de Duero, ambas del tipo *ad occhio*. Ahora bien, esta dispersión se asocia a dos contextos diferentes bien reflejados en Perales y Casal do Meio, Cogotas I avanzado para el poblado de hoyos madrileño y Bronce Final del SO. para el portugués, caracterizado este último por un horizonte de cerámicas lisas y carena marcada con orejetas perforadas horizontalmente. En esta misma dualidad de contextos –Cogotas I final y horizonte de cerámicas lisas carenadas con mamelones perforados– nos encontramos a la hora de encuadrar el imperdible de Tovilla, en donde, como recordaremos, están constatados ambos mundos, Cogotas I y Soto inicial. Si siguiendo a Ruiz-Gálvez (1993: 49-50) situamos estas producciones mediterráneas

¹⁵ Procede de la colección particular de Gabriel Carrasco Velasco, vecino de Olmedo, quien gentilmente lo puso a nuestra disposición.

¹⁶ Este puñal, al igual que la fíbula *ad occhio* que comentamos a continuación, pertenecen a la colección de Jesús Sánchez Blanco, a quien agradecemos su colaboración.

desde el s. XI hasta el s. IX A. C., no sería problemático asociar la pieza de Tovilla a cualquiera de los substratos del yacimiento, resultando imposible precisar más la asignación.

Tras este breve repaso a la metalurgia, lo que parece claro es que hacia el cambio del milenio los grupos del centro de la Submeseta Norte, sin distinción de que portaran cerámicas del último Cogotas I o del inicio del Soto, se ven imbuidos de raíz en la dinámica del Bronce Final III. Así, la actividad fundidora documentada en el poblado de El Soto de Medinilla desde su fase inicial, utilizando moldes de arcilla (Palol y Wattenberg, 1974: 192; Rauret Dalmau, 1976: 135-142, figs. 7 a 9, láms. XXVII y XXXVIII; Delibes, Romero y Ramírez, 1995: 172-175) que tienen un referente sincrónico en los empleados en Peña Negra I (González Prats, 1990: 94-96; 1992: 245-249, fig. 3 y lám. I; Ruiz-Gálvez Priego, 1990b), no hace sino heredar la tradición metalúrgica de los poblados de Cogotas I –moldes pétreos han aparecido, dentro de nuestra provincia, en Carricastro (Tordesillas) y, más recientemente, en Piedrahita (Mucientes)–. Además, dicha producción local prueba también la participación de estas poblaciones en la circulación del metal de la época, pues por este cauce necesariamente llegaban, con probabilidad desde la orla montañosa de la Submeseta, los recursos metálicos, bien como minerales o bien en forma de lingotes –uno de estos últimos ha aparecido en las recientes excavaciones de El Soto de Medinilla (Delibes, Romero y Ramírez, 1995: 174)–; vía comercio arribaban también los *exotica* del ámbito meridional de la Península, magníficamente representados por las fíbulas de La Requejada y de Tovilla; y podemos suponer, finalmente, que parte de los productos salidos de los talleres locales, en forma de objetos elaborados o, nuevamente, como lingotes, eran introducidos en las rutas de intercambio para consolidar las alianzas con todas esas regiones.

2.4. La vajilla del Soto inicial a partir de los hallazgos de prospección

Con los nuevos datos disponibles, podemos afirmar que el número de yacimientos del Grupo Soto de la provincia de Valladolid supera largamente la centena, habiendo contabilizado un total de 138 estaciones que con un grado suficiente de seguridad pueden encuadrarse en una o en otra fase de esta cultura (Tabla 2), aunque no faltan casos en que los datos, aun justificando plenamente la asignación a esta cultura, no permiten descender más en el análisis¹⁷.

Deteniéndonos en la fase del Soto formativo, ante la falta de caracterizaciones de sus producciones cerámicas, fuera de la ensayada por Arturo Balado a partir de

¹⁷ No queremos dejar pasar la ocasión de señalar que los casi 140 yacimientos del Grupo Soto identificados en Valladolid, cuando todavía no se ha inspeccionado la totalidad de la provincia, muestran a todas luces la elevada densidad de emplazamientos de este signo al menos en las tierras centrales de la Submeseta Norte. En una reciente publicación, San Miguel (1995: 322) da una nómina de 135 yacimientos para todo el sector central del Valle del Duero, de los cuales sólo unos 70 son vallisoletanos. Si la proporción que ahora presentamos para nuestra provincia puede proyectarse a otros sectores del Duero Medio, cosa en principio perfectamente admisible, el número de yacimientos de este espacio debe superar con creces los dos centenares.

los materiales del yacimiento de La Calzadilla de Almenara de Adaja (Balado Pachón, 1989: 75-83), nos decidimos finalmente a estudiar las vajillas de la treintena larga de estaciones donde diferenciamos esta fase inicial para ir precisando sus rasgos comunes y contribuir así a la caracterización de la cerámica de esta etapa. Por añadidura, esta lectura de los materiales nos ha permitido establecer paralelos con respecto a otras culturas peninsulares y así afinar su encuadre cronológico y cultural, si bien, al igual que hemos hecho con Cogotas I, en la presentación de referencias hemos evitado ser demasiado prolijos.

2.4.1. *Las formas*

Los yacimientos estudiados ofrecen unas cerámicas que básicamente pueden agruparse en dos conjuntos. Uno primero estaría integrado por vasos de reducidas dimensiones, pastas levigadas, paredes finas o muy finas, acabados mayoritariamente bruñidos y coloraciones de tonos oscuros como producto de cocciones reductoras especialmente cuidadas. Es dentro de estas vajillas donde comparecen las formas más personales de esta fase, aunque no faltan otras que por su simplicidad son menos significativas. El segundo lote estaría formado por vasijas menos cuidadas tanto por la depuración de sus pastas como por la mayor simpleza de sus acabados, pues son mayoritarios los espatulados, los escobillados, los simples alisados o los tratamientos toscos, aunque no se excluye la utilización de bruñidos totales o parciales e incluso engobes, correspondiendo casi siempre a formas de tamaño algo superior al anterior, pero sin alcanzar las grandes dimensiones de algunos de los contenedores de la etapa de plenitud.

Sin duda la producción más peculiar de la fase antigua del Soto, tal como han reconocido diversos autores, es la que conocemos como *vasitos de carena resaltada*, siguiendo una expresión acuñada por Balado Pachón (1989: 76) y que creemos especialmente atinada, porque, como destaca el autor, la principal característica de estos vasos no es que presenten una marcada línea de inflexión, la carena, uniendo dos trayectorias diferentes de su perfil, sino precisamente la voluntad del alfarero de realzar esa carena mediante hombros muy marcados de volumen propio que adquieren el protagonismo formal del vaso. Por lo demás, las otras características comunes a estos vasos son su tamaño reducido, el apoyo sobre fondos de pequeño diámetro y generalmente resueltos con pequeños umbos (fig. 3, n.º 11), los esmerados acabados bruñidos de aspecto acharolado, excepcionalmente completados con fuertes recubrimientos de almagra rojiza (fig. 2, n.ºs 1, 5, 8 y 11), y la frecuente presencia de mamelones plásticos en la línea de la carenación como elementos de suspensión. Estos últimos aparecen perforados por un orificio simple en sentido horizontal (fig. 2, n.ºs 13 y 14) o por dos paralelos si lo es verticalmente (fig. 2, n.º 15), en ambos casos con la función lógica de pasar un cordel que permitiera su suspensión. En otras ocasiones las perforaciones, verticales y dobles, se realizan directamente sobre el engrosamiento del hombro de la carena, sin necesidad de añadir mamelones (fig. 2, n.º 16).

Para esta zona el único ensayo de tipología de estas producciones es el que realizara Balado Pachón (1989: 75-76), diferenciando tres modelos según la forma general de las piezas y el modo concreto de resolución de las carenas. La casuística identificada por nosotros resulta más amplia, sobre todo en lo que se refiere a las soluciones de las carenas; por ello hemos preferido unificar los casos en cuatro variantes, desentendiéndonos del volumen concreto que adquieren las carenas y fiándonos básicamente de las formas adoptadas por las dos líneas fundamentales del perfil.

- a) El primer tipo consta de una sección inferior en forma de casquete esférico que alcanza un desarrollo próximo al cuarto de esfera. La parte superior o cuello se resuelve de forma recta o levemente exvasada, normalmente culminada en un borde de labio redondeado o apuntado. La posición de la carena suele ser media o media-baja (fig. 2, nos 1, 2 y 3).

Es el tipo mejor representado, pues hemos comprobado su presencia en 17 estaciones vallisoletanas estudiadas por prospección¹⁸, a las que hay que añadir La Calzadilla, en Almenara de Adaja (Balado Pachón, 1989: 27 y 56, fig. 4, n.º 39, fig. 5, nos 119 y 126, fig. 6, nos 213, 258, 264 y 276, fig. 18, n.º 294), y El Soto de Medinilla, en Valladolid (Delibes, Romero y Ramírez, 1995: 171-172, fig. 3, nos 5 y 6).

- b) La segunda variante une un casquete inferior bastante plano, que apenas suele llegar al octavo de esfera, y un cuello bien desarrollado y normalmente más abierto que en el tipo anterior. La posición de la carena es baja respecto a la altura total del vaso (fig. 2, nos 4, 5 y 6). Además de en Almenara de Adaja (Balado Pachón, 1989: 27, fig. 4, n.º 27, fig. 5, n.º 177), hemos podido identificarla en 12 estaciones localizadas en prospección¹⁹.

- c) La tercera se distingue de las anteriores porque su cuerpo inferior supera los 3/8 de esfera y alcanza casi un volumen hemiesférico. Su parte superior está exvasada en mayor o menor grado y no suele presentar borde diferenciado. La carena se coloca en posición media-alta (fig. 2, nos 7 y 8). Nuevamente comparece entre los materiales de La Calzadilla de Almenara (*ibidem*: 27, fig. 6, n.º 208), así como en 7 de los yacimientos estudiados²⁰.

¹⁸ La Monja (Aguasal), La Moraleja I (Tordesillas), El Lucero (Pozal de Gallinas), Verdejo (Mojados), El Cerezo (Portillo), El Tenderín-Las Cubas (Laguna de Duero), Los Mártires II (Medina del Campo), El Rosadal (Amusquillo), Fuente de La Salud (Pesquera de Duero), Los Casares (Fuente-Olmedo), Fuente La Reina-La Olma (Fuente-Olmedo), Navanacía (Íscar), Riberilla (La Seca), Santibáñez (Íscar), La Dehesa (Pedrajas de San Esteban), Dehesa de Doña María (Olmedo) y Eras de Los Perros (Llano de Olmedo).

¹⁹ La Monja (Aguasal), El Lucero (Pozal de Gallinas), El Tenderín-Las Cubas (Laguna de Duero), Los Mártires II (Medina del Campo), Los Casares (Fuente-Olmedo), Fuente La Reina-La Olma (Fuente-Olmedo), Navanacía (Íscar), La Dehesa (Pedrajas de San Esteban), Dehesa de Doña María (Olmedo), El Carrizal (Traspinedo), Priorato de Duero (Villabáñez) y La Zapatilla (La Pedraja de Portillo).

²⁰ La Monja (Aguasal), Verdejo (Mojados), El Tenderín-Las Cubas (Laguna de Duero), El Matacán-La Pedorrera (Valdestillas), Viñas de Abajo (Villabáñez), Dehesa de Doña María (Olmedo) y Soto de Tovilla II (Tudela de Duero).

- d) El último caso tipificado es minoritario, pues tan sólo estamos seguros de su presencia en tres estaciones²¹, pero resulta interesante porque formalmente se encuentra próximo tanto a algunos vasos del último Cogotas como a producciones de los CC. UU. del Valle del Ebro. En su perfil distinguimos un casquete inferior bastante alto, normalmente con un desarrollo de 3/8 de esfera, un hombro bastante largo que nace de una carena alta y de inflexión no muy aguda, y un cuello corto y exvasado formando un fuerte ángulo con respecto a la línea del hombro (fig. 2, n.º 9 y 10); se encuentra, pues, a medio camino entre un verdadero vasito de carena resaltada y un perfil bitroncocónico cuya parte superior está bastante recortada.

Finalmente debemos hacer mención a dos ejemplares únicos. El primero, del yacimiento de La Monja (Aguasal), con una carena muy poco marcada, tiene dos secciones de tendencia abierta, la inferior compuesta por un casquete bajo y la superior en forma de cuello bastante tendido (fig. 2, n.º 11). Por lo demás, aunque puede recordar a escala reducida algunas variantes de los vasos troncocónicos cogotianos, su intenso acabado bruñido y, sobre todo, la presencia de restos de almagra, lo emparentan con los vasitos carenados que estamos tratando. Un último caso, procedente de El Tenderín-Las Cubas de Laguna de Duero, responde a un fuerte perfil exvasado-invasado (fig. 2, n.º 12) para el que no tenemos buenos referentes, pero que dada la secuencia del yacimiento pudiera corresponder también al grupo de Cogotas I, si bien resulta extraño dentro cualquiera de estos dos ambientes.

En gran parte de los yacimientos estudiados²² hemos reconocido piezas de perfil troncocónico (fig. 3, n.ºs 6, 7, 8 y 9; fig. 4, n.º 8), muy abundantes también en Almenara de Adaja (Balado Pachón, 1989). Son vasos de perfil simple y que comparcen asimismo en la fase de plenitud, por lo que en principio no son muy significativos cronológicamente, pero queremos llamar la atención sobre una variante al parecer privativa del momento inicial. Se trata de unas piezas de perfil muy tendido, tamaño reducido y esmerado acabado bruñido que, pese a haberlas dibujado como vasos, no sin dudas hemos identificado con pequeñas tapaderas (fig. 3, n.ºs 7, 8 y 9). No tienen bordes diferenciados, lo cual es un elemento más que ayuda a distinguirlas de las fuentes-tapaderas de borde almendrado propias de la etapa de plenitud que, además, suelen ser de mayor tamaño. Hemos reconocido estas pequeñas tapaderas, tal vez por su diámetro y factura relacionables con los vasitos aquillados, en seis estaciones provinciales²³, aunque sólo una, la Dehesa de Doña María (Olmedo) nos ha permitido reconstruir una forma casi completa, pudiendo constatar así la pre-

²¹ Dehesa de Doña María (Olmedo), Soto de Tovilla II (Tudela de Duero) y Fuente de La Salud (Pesquera de Duero).

²² El Cerezo (Portillo), El Tenderín-Las Cubas (Laguna de Duero), El Rosadal (Amusquillo), Fuente La Reina-La Olma (Fuente-Olmedo), Navanacía (Íscar), La Dehesa (Pedrajas de San Esteban), Dehesa de Doña María (Olmedo), Eras de Los Perros (Llano de Olmedo), Las Cotarrillas (Íscar), Priorato de Duero (Villabáñez), El Carrizal (Traspinedo), La Requejada (San Román de Hornija), Cuesta Redonda (Olmedo), Verdejo (Mojados) y La Moraleja I (Tordesillas).

²³ El Lucero (Pozal de Gallinas), Los Mártires II (Medina del Campo), El Cerezo (Portillo), La Dehesa (Pedrajas de San Esteban), Dehesa de Doña María (Olmedo) y Soto de Tovilla (Tudela de Duero).

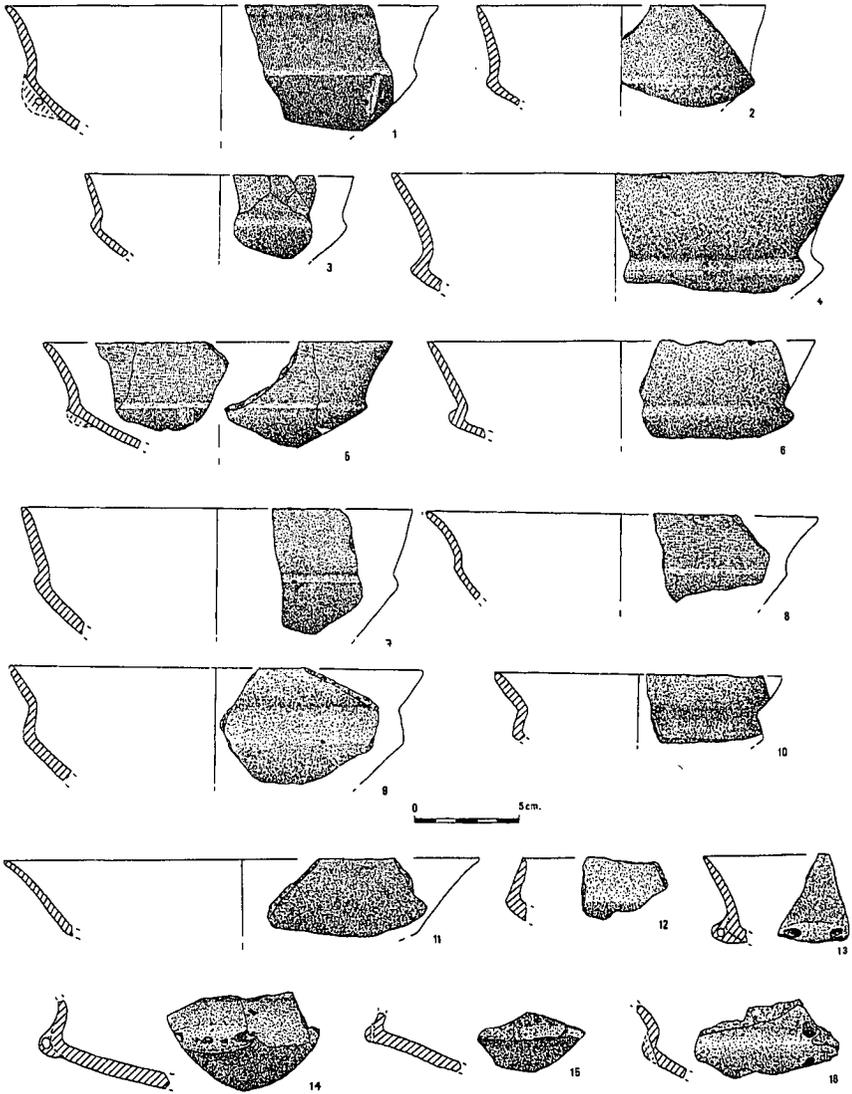


Fig. 2. 1***, 5***, 8*** y 11*** La Monja (Aguasal); 2*, 3*, 4*, 7*, 9*, 13*, 14* y 15* Dehesa de Doña María (Olmedo); 6 y 12 El Tenderín-Las Cubas (Laguna de Duero); 10** Soto de Tovilla II (Tudela de Duero); 16 Navanacía (Íscar). (Dibujos J. Quintana).

* Colección Carlos Arranz; ** Colección José Sánchez; *** Colección Gabriel Carrasco

sencia de un asidero anular central de escaso diámetro (fig. 3, nos 7 y 8). Con este tipo relacionamos un relativamente alto y estrecho fuste anular del mismo yacimiento (fig. 3, n.º 9) –tal vez refrendado por otro de La Calzadilla de Almenara que parece responder a esta tipología (Balado Pachón, 1989: 39 y fig. 10, n.º 318)–, que nos hace pensar en la posibilidad de que algunos de estos barroos pudiera funcionar también como un tipo particular de copa o fuente plana.

Otro tipo de vaso bastante generalizado es el de cuerpo ovoide o globular, de hecho aparece en los dos momentos de El Soto y se presenta en soluciones de cerámica fina y de acabado tosco. Cabe reseñar que entre estos hay algunos con cuello acampanado (fig. 3, nos 4 y 5) que se han venido señalando como propios de la fase inferior del Soto tanto en el yacimiento que da nombre al grupo (Delibes, Romero y Ramírez, 1995: 171 y fig. 3, n.º 2) como en La Calzadilla (Balado Pachón, 1989: 77-78, fig. 4, n.º 40 y fig. 10, n.º 282) o en Los Cuestos de la Estación de Benavente (Celis Sánchez, 1993: 116, fig. 2, n.º 3 y fig. 11, nos 1, 6). Es un tipo que suele compartir con las producciones carenadas típicas del Soto inicial los acabados bruñidos, aunque es de mayor tamaño, con un diámetro medio en la boca de 25 cm. En nuestro caso, reconocemos estas piezas en poco más de media docena de yacimientos, casi todos del Soto inicial²⁴. Como particular del momento de madurez es considerada la variante con cuello recto (fig. 3, nos 1, 2 y 3), pero en El Soto de Medinilla parece estar presente desde sus fases iniciales (Delibes, Romero y Ramírez, 1995: 171, fig. 3, nos 1 y 4), algo que puede reforzarse con los datos de prospección, pues la hemos reconocido en una decena larga de yacimientos²⁵, representativos casi a partes iguales de la fase inicial y la de madurez, a los que habría que sumar los identificados en ambientes clásicos de La Mota (Seco y Treceño, 1993: 152, fig. 13, n.º 6c), o El Soto de Medinilla (Delibes, Romero y Ramírez, 1995: 171-172 y fig. 5, n.º 1), entre otros. Finalmente, también con cuerpo globular hay recipientes con cuellos muy breves y pequeños bordes rectos (fig. 4, n.º 7).

Las formas cuenquiformes (fig. 4, nos 2, 3, 4 y 6) y aquellas otras de perfil en «s» (fig. 4, n.º 9), a veces casi bitroncocónicas, son tan abundantes en estos yacimientos como en los del Soto pleno e incluso en otros momentos de la Prehistoria reciente, por lo que tienen muy escaso valor como fósil guía.

Los recipientes de perfiles cilíndricos (fig. 4, nos 1 y 5) se han reconocido en los momentos de madurez del Soto –forma 3 de La Mota (Seco y Treceño, 1993: 151, fig. 13, n.º 3)–, pero no parece descartable que estén presentes desde los momentos iniciales de la cultura, y la hemos identificado con cierta seguridad en diez de las estaciones

²⁴ Soto de Tovilla II (Tudela de Duero), Dehesa de Doña María (Olmedo), Santibáñez (Íscar), Navanacía (Íscar), Tejadillos II (Becilla de Valderaduey), Verdejo (Mojados) y La Moraleja I (Tordesillas).

²⁵ Las Cotarrillas (Íscar), Dehesa de Doña María (Olmedo), Los Mártires II (Medina del Campo), Verdejo (Mojados), Los Casares (Fuente-Olmedo), El Tenderín-Las Cubas (Laguna de Duero), Soto de Tovilla II (Tudela de Duero), Hustillejos (Cuenca de Campos), Cuesta Redonda (Olmedo), El Lucero (Pozal de Gallinas) y El Carrizal (Traspinedo).

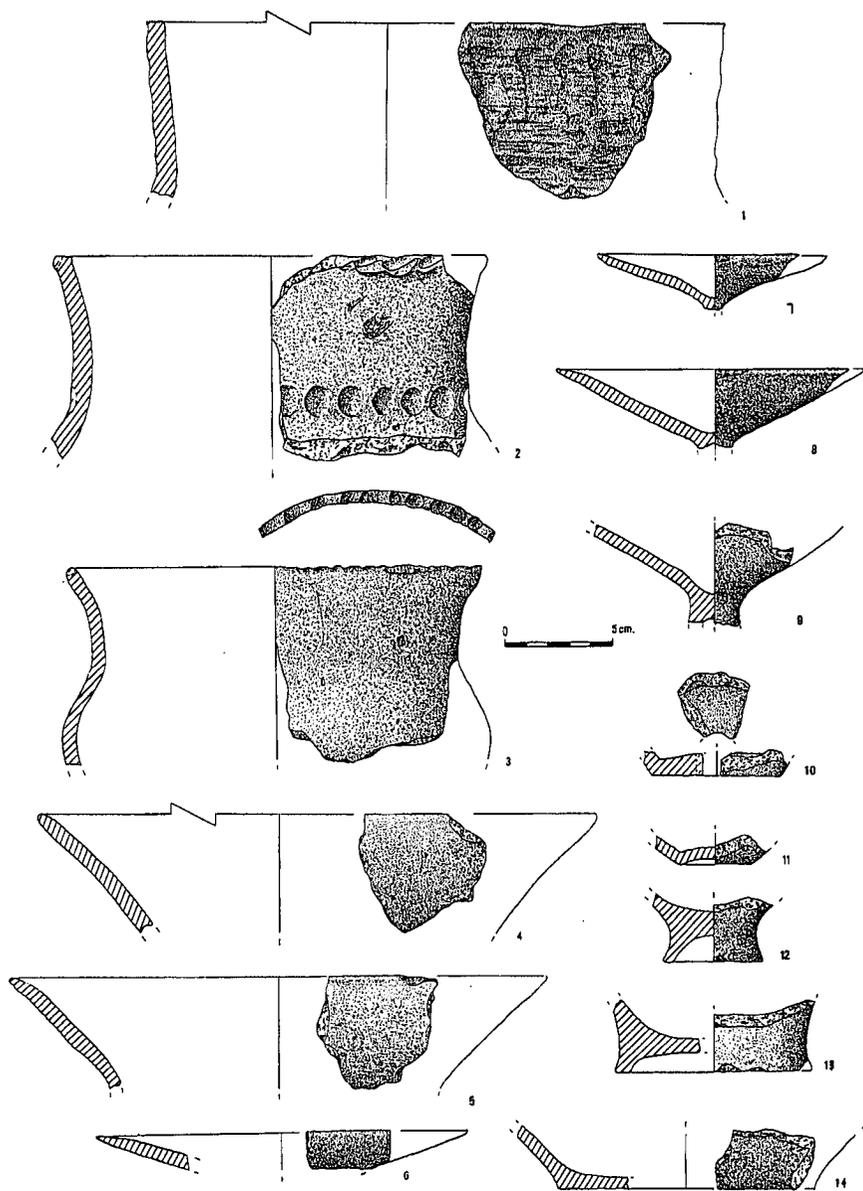


Fig. 3. 1 y 4 El Carrizal (Traspinedo); 2 El Tenderín-Las Cubas (Laguna de Duero); 3*, 7*, 8*, 9* y 13* Dehesa de Doña María (Olmedo); 5** Soto de Tovilla II (Tudela de Duero); 6 Los Mártires II (Medina del Campo); 10 La Dehesa (Pedrajas de San Esteban); 11 El Cerezo (Portillo); 12 y 14 El Lucero (Pozal de Gallinas). (Dibujos J. Quintana).

* Colección Carlos Arranz; ** Colección José Sánchez

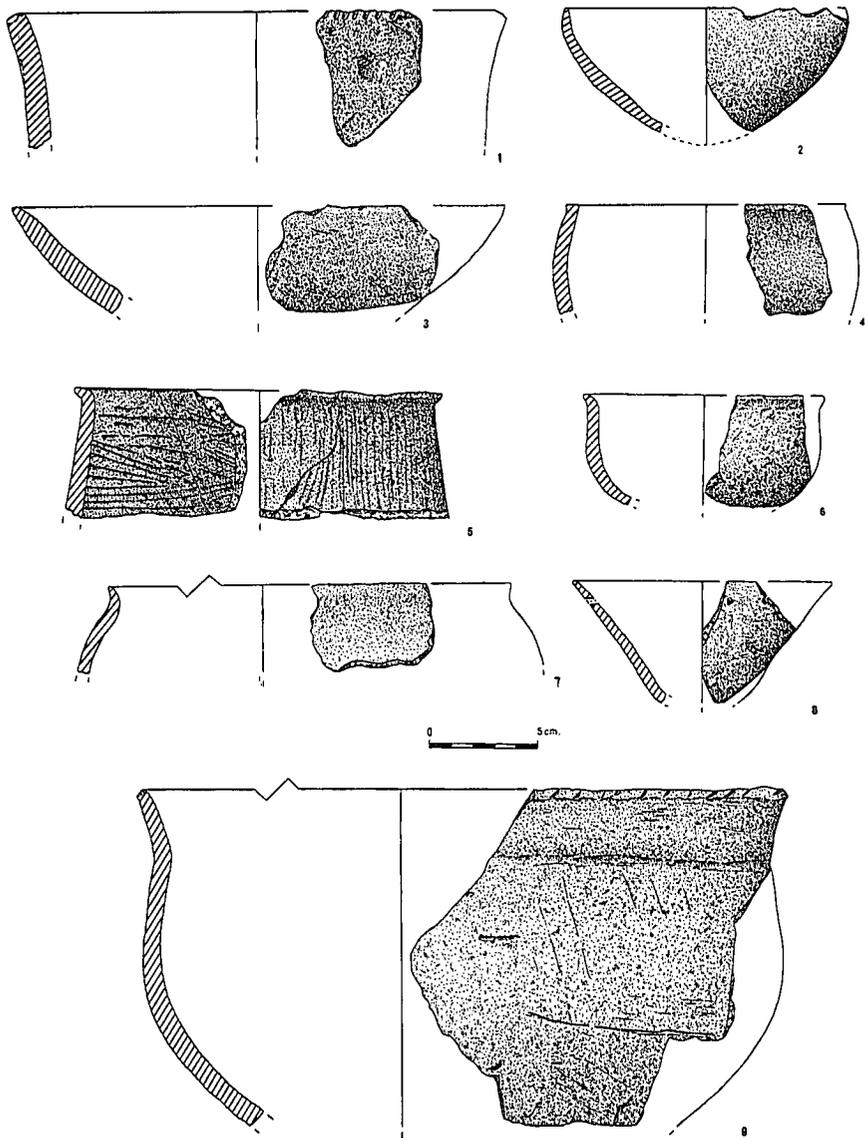


Fig. 4. 1 y 4 Verdejo (Mojados); 2*, 6*, 7* y 9* Dehesa de Doña María (Olmedo); 3 Los Casares (Fuente-Olmedo); 5 El Cerezo (Portillo); 8* La Dehesa (Pedrajas de San Esteban). (Dibujos J. Quintana).

* Colección Carlos Arranz

les de la cultura, y la hemos identificado con cierta seguridad en diez de las estaciones investigadas²⁶, aunque en muchos de los casos parece acompañar contextos de plenitud.

Para finalizar, debemos hacer especial mención de algunas tipologías que, generalmente ilustradas por ejemplares únicos, resultan bastante novedosas. El primer caso en el que queremos detenernos está representado por dos piezas recuperadas en el yacimiento de Navanacía (Íscar) y que finalmente hemos interpretado como un singular elemento de soporte exento (fig. 5, nos 1 y 2). Ambas tienen perfil troncocónico, paredes que se van engrosando desde la parte inferior a la superior y superficies con un bruñido no muy esmerado. El borde inferior es algo aplanado y el superior, de más anchura y también de borde plano, tiene un perfil claramente biselado hacia el interior. Advirtiendo que dicho bisel pudo servir de adecuado acomodo a vasos cerámicos que, como los de carena resaltada, presentan bases inestables de muy escaso diámetro, aventuramos la posibilidad de que constituyan auténticos soportes cerámicos cuya función concreta se nos escapa. Si acaso, considerando la presencia en el segundo ejemplar de una amplia abertura que con borde redondeado y suave perfil arranca de la zona inferior y va progresando hacia la superior—sólo conservamos una parte de este vano, por lo que resulta imposible deducir sus dimensiones e incluso si llegó a romper el desarrollo anular de la pieza—, merecería subrayarse el parecido formal de estas piezas, a escala reducida, con los «hornillos de atañor» andalusíes, auténticos braseros cerámicos de pared igualmente recortada cuyo uso principal estaba destinado a cocer tortas de pan ácimo, pero también servían para calentar otros recipientes que descansaban sobre su boca superior (Gutiérrez Lloret, 1990-1991). Según la autora citada, su presencia no está atestiguada en la península antes de época musulmana, y al respecto debemos señalar que no hemos podido encontrar paralelos prehistóricos peninsulares, aunque sí ciertos vasos que, pertenecientes a culturas centroeuropeas del Bronce Medio, se interpretan también como hornillos portátiles al integrar en su perfil un pie anular perforado (VV.AA., 1994: 175, n.º 1; 186, n.º 130; 189, n.º 168; y 192, n.º 192). Por último, queremos señalar que este tipo de hornillos están documentados, según menciona Gutiérrez Lloret (1990-91: 166-167) en el Próximo Oriente desde fechas antiguas y en el Norte de África desde época púnica; se trata, pues, de cronologías semejantes o ligeramente anteriores a las que cabe asignar a nuestros ejemplares. Esta aparente peregrinación en busca de rastros genealógicos no es tal si se tiene en cuenta el posible influjo del fenómeno protoorientalizante, y más en concreto fenicio, en la formación de las alcallerías con vasitos carenados, tan propias de diversas áreas peninsulares en las postrimerías del Bronce Final (Ruiz-Gálvez Priego, 1993: 56; Blasco y otros, 1993: 56-57).

También nos parece digno de mención un fragmento calado del yacimiento de La Riberilla (La Seca), en este caso con dos recortes próximos y, a tenor de lo conservado, de trazado similar (fig. 5, n.º 3). El anguloso quiebro de su perfil nos lleva

²⁶ Soto de Tovilla II (Tudela de Duero), La Dehesa (Pedrajas de San Esteban), Los Hornos (Alcazarén), Santibáñez (Íscar), Cuesta Redonda (Olmedo), El Cerezo (Portillo), El Rosadal (Amusquillo), Los Mártires II (Medina del Campo), Verdejo (Mojados) y La Moraleja I (Tordesillas).

a pensar que pudiera tratarse de un fondo calado, cosa que no nos extrañaría pues, salvando las dimensiones, en el enclave olmedano de la Dehesa de Doña María documentamos otra pieza perforada que interpretamos, aquí con menos dudas, con un pequeño fondo (fig. 3, n.º 10). No descartamos, empero, la posibilidad de que se trate de una forma de otras características, tal vez un amplio ejemplar de copa o fuente del tipo de los hallados en El Soto (Delibes, Romero y Ramírez, 1995: fig. 3, n.º 3) o en Los Cuestos (Celis Sánchez, 1993: 119, 123 y fig. 15) —en este último lugar hay incluso un ejemplar recortado acaso asignable al mismo modelo—, cuya proyección más meridional estaría representada, si bien a menor escala, por una nueva pieza de la Dehesa de Doña María (fig. 5, n.º 4). En cualquier caso, si sumamos a aquel ejemplar de La Riberilla, el pequeño fondo calado y el vaso zamorano, vemos cómo la presencia de motivos perforados en los vasos del Soto inicial, aunque poco frecuente, tampoco es extraña.

Queremos acabar este repaso con algunas de las soluciones adoptadas para la eventual suspensión de ciertos recipientes, al margen de las ya aludidas en relación con los vasitos carenados. Así, hemos observado la existencia de lañas dobles en la pared y próximas al borde, particularmente en vasos de tendencia abierta (fig. 4, n.º 8). Del yacimiento de la Dehesa de Doña María procede una aplicación plástica (fig. 5, n.º 6), aunque sólo conservada parcialmente, perforada por dos lañas no enfrentadas. Esta aplicación recuerda a otras de los yacimientos madrileño de Ecce Homo (Almagro y Fernández-Galiano, 1980: 104, fig. 7, n.º 0/1/3) y alicantino de Los Saladares (Arteaga y Serna, 1975: 36, lám. III, n.º 19 y lám. IX, n.º 65), en el segundo de los casos identificada como posible asa de herradura o de estribo; en principio, las perforaciones presentes en nuestro ejemplar, ausentes en aquellos, parecen avalar el carácter de elemento sustentante. Otro tipo particular es una lengüeta con perforación central (fig. 5, n.º 7) que encuentra buena réplica en la estación zamorana del Soto inicial de Pinilla de Toro, considerada en su día como un asa de lengüeta (Martín y Delibes, 1975: 461 y fig. 10), aunque allí no lleve perforación. Para finalizar, debemos mencionar un asa tubular aparecida en la Dehesa de Doña María, pieza que pudiera corresponder también a la cultura de Cogotas I, pero que en cualquiera de los dos contextos resulta bastante insólita (fig. 5, n.º 5).

Terminada esta exposición morfológica, debemos recurrir a algunos paralelos si tratamos de afinar el encuadre crono-cultural de este mundo del Soto formativo. Primero Romero (1980) y después Balado (1989) se ocuparon de señalar las abundantes referencias que los vasos carenados tienen en el Bronce Final peninsular, así en el Levante, en las áreas del SE. y el SO., en Extremadura, el Alto Ebro y, más tímidamente, en Portugal. También hay que reconocer al último autor citado el mérito de apreciar la escasez de estas piezas en los yacimientos del CC. UU. del Valle del Ebro y de Cataluña, por lo que la supuesta conexión con otras producciones ultrapirenaicas se torna bastante difícil, e igualmente nos recordaba cómo, paradójicamente, otro de los elementos característicos de esta fase, los vasos de cuerpos globulares y cuellos acusadamente abiertos, se asemejan a otros de los CC. UU., pero están ausentes en los ámbitos meridionales donde aquellos otros, los aquillados, tenían sus mejores modelos (*ibidem*: 76-77). Hoy en día, tal como hace Esparza

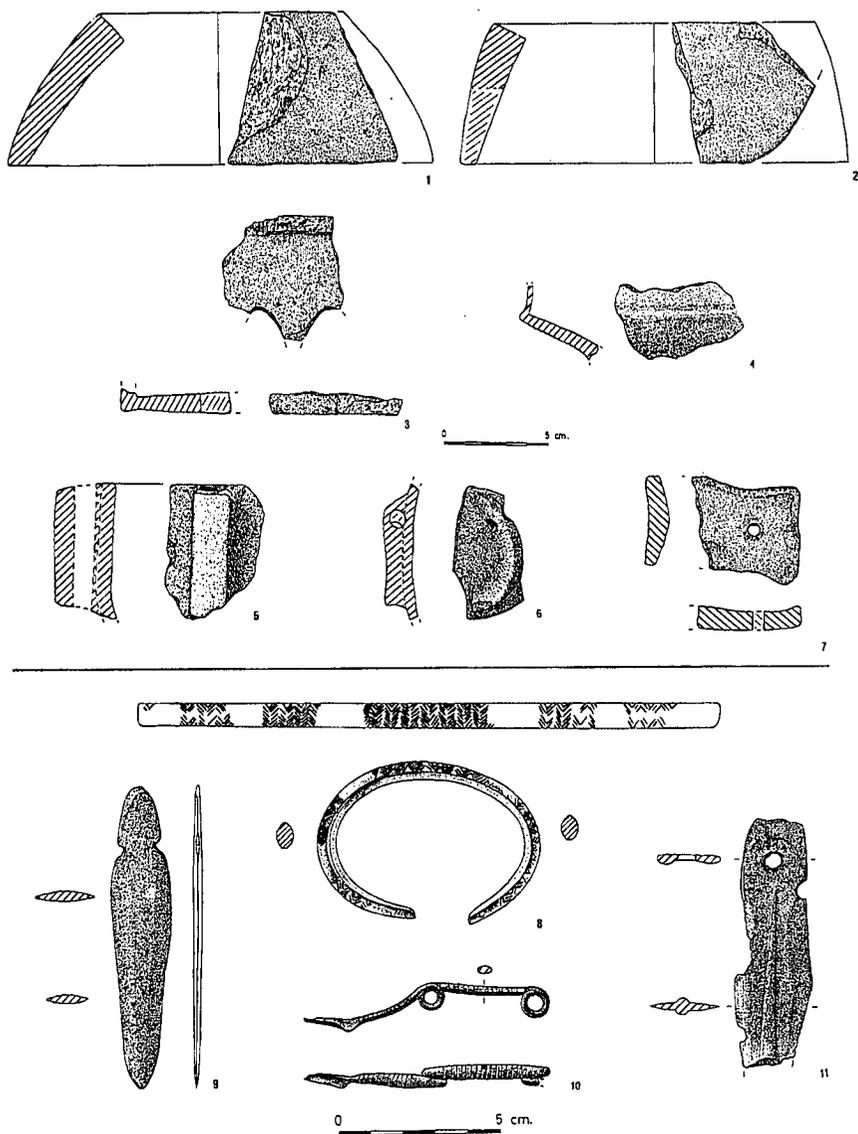


Fig. 5. 1 y 2 Navanacía (Íscar); 3 Riberilla (La Seca); 4*, 5* y 6* Dehesa de Doña María (Olmedo); 7* La Dehesa (Pedrajas de San Esteban); 8 El Rosadal (Amusquillo); 9*** La Monja (Aguasal); 10** y 11** Soto de Tovilla II (Tudela de Duero). (Dibujos J. Quintana, excepto 8, reproducido de Fernández Manzano [1986: 90], y 9, 10 y 11, obra de A. Rodríguez y cedidos por J. I. Herrán).

* Colección Carlos Arranz; ** Colección José Sánchez; *** Colección Gabriel Carrasco

(1995: 131), deberíamos hacernos eco de nuevas áreas que han proporcionado contextos materiales muy semejantes a éstos, particularmente de la Submeseta Sur, en zonas como Madrid y Guadalajara, así como de nuevas estaciones que han sumado interesantes datos a las áreas ya conocidas. Lejos está de nuestra intención hacer un repaso exhaustivo de todos estos casos; antes al contrario, nos limitaremos a una somera cata en algunos de esos territorios en busca de aquellos contextos más útiles para enmarcar nuestros yacimientos, básicamente los que integran producciones aquilladas o vasos globulares de cuellos tendidos que, como ya referimos, son los únicos elementos cuya pertenencia al Soto formativo está aceptada en los escasos estudios referidos a esta etapa.

Vayamos, pues, por partes. En el SE. andaluz, tanto en el Cerro Real de Galera (Pellicer y Schüle, 1966: 26-30) como en el Cerro de La Mora (Carrasco, Pastor y Pachón, 1982: 101 y 111; Carrasco y otros, 1987: 118), aparecen vasitos carenados similares a los del Soto en niveles inmediatamente anteriores a aquellos en los que inciden los primeros elementos importados, es decir, en ambos establecimientos estas piezas aparecen con anterioridad al siglo VIII a. C. —antes de la segunda mitad del IX si aceptamos la cronología calibrada—, en concreto desde el cambio de milenio, aunque perduren hasta cerca del 700 a. C. Lo mismo sucede en la Baja Andalucía, pues tanto en Setefilla (Aubet y otros, 1983: 49 y 138) como en Alhonz (López Palomo, 1981: 167 y 171) son especies propias de un Bronce Final previo a la etapa colonial, situándose entre los s. IX y VIII a. C. en Setefilla, aquí apoyada por una fecha del 670 ± 150 a. C. cuya calibración resulta difícil dada su alta desviación estándar, pero cuya edad equivalente corresponde a inicios del siglo VIII A. C. En el Levante es sintomático el caso de Peña Negra, cuya fase Peña Negra I tiene vasitos carenados enormemente similares a los del Soto formativo, como ya acertara a ver el investigador del yacimiento, y que se fechan entre el 900/850 y el 700 a. C., correspondiendo con un Bronce Final posterior al impacto de Cogotas y muy emparentado con el andaluz, pues aquí también perduran en la fase posterior, Peña Negra II, ya con importaciones fenicias que permiten ser datadas entre el 700 y el 550 a. C. en cronología convencional (González Prats, 1992: 249 y 253). Similares fechas se aceptan para Los Saladares, entre el cambio de milenio y fines del VIII (Arteaga y Serna, 1975: 81 y fig. 12), y para Vinarragell, aunque en su día se propusiera una cronología más avanzada, entre el siglo VII y hasta fines del VI o inicios del V (Mesado Oliver, 1974: 165). Los contextos del Alto Ebro con vasos carenados se llevan a los siglos VII y VI a. C.; por contra, en este mismo ámbito los vasos de panza globular y cuello abierto, vinculados a los CC. UU., aparecen desde el s. VIII y perduran durante el VII y parte del VI a. C. Aquí deberíamos situar también la fecha proporcionada por la fase III de El Redal, 680 ± 50 a. C. (Álvarez y Pérez, 1987: 72 y 74), cuya calibración se emplaza con bastante probabilidad entre fines del IX e inicios del VIII A. C. Algo similar ocurre en otras zonas del Valle del Ebro, donde estas piezas globulares son características de los contextos de transición del Bronce-Hierro (Balado Pachón, 1989: 78). En Teruel las formas aquilladas comparecen en algunos yacimientos y se asocian a las especies del SE. y Levante (Juste Arruga, 1990: 127-128 y fig. 162). En Extremadura se atestigua la presencia de pie-

zas carenadas similares a las del Grupo Soto en yacimientos como la Cueva del Boquique y San Cristóbal de Logrosán, y se llevan a una fase del Bronce Final Protoorientalizante datable entre el 900 y el 750 a. C. y con claras relaciones en el ámbito portugués (Pavón Soldevilla, 1995), donde son especies propias de las cerámicas tipo Baiões/Santa Luzia de la Beira Alta, o primera etapa de la fase I de la Cerámica Castreja, aunque también se den entre las de tipo Alpiarça o Lapa de Fumo del centro del país, fechándose todos estos contextos entre el 1000/900 y el 700 a. C. (Hipólito Correia, 1993: 265-277; Coelho y Varela, 1992: 31, 62-63 y fig. 17; Senna-Martinez, 1993), e igualmente están presentes en las culturas del Bronce Final I (s. XII-X) y II (s. X y VIII) del sur de Portugal (Coelho y Varela, 1992: 122-125, fig. 33-34). Por último, estos vasitos carenados son característicos de dos grupos de la Submeseta meridional, el del Alto Henares (Barroso Bermejo, 1993) y el del Alto Tajo (Blasco, Sánchez y Calle, 1988; Blasco y otros, 1993). En el Alto Henares, en la provincia de Guadalajara, son propios de los Poblados de Ribera o Pico Buitre, con fechas en Pico Buitre de C₁₄ convencional de 1040 ± 90 y 950 ± 90 a. C. (Crespo Cano, 1992: 65) —su calibración se sitúa entre el s. XIV y fines del IX A.C.—, aunque para Barroso esas fechas son descartables por antiguas, ya que los paralelos cerámicos llevan al 800 a. C. o algo antes, y también advierte que perduran hasta fines del s. VIII o incluso en el s. VII a. C. (Barroso Bermejo, 1993: 36-37). En el Alto Henares, fundamentalmente en el territorio madrileño, se proponen cronologías algo más tardías, entre fines del VIII y comienzos del V, vinculando su presencia a influencias meridionales a partir del impulso de la colonización (Blasco, Sánchez y Calle, 1988: 174 y 176; Blasco y otros, 1993: 57, 60-61).

Como vemos, los paralelos formales de la cultura cerámica del Soto formativo parecen llevarnos a la zona meridional de la península, ya sea a la Submeseta Sur, ya a Levante o a Andalucía, zonas estas donde diversos autores meseteños han querido ver el posible origen de otros de los rasgos que configuran esta cultura: la planta circular de las cabañas, la pintura postcocción de las cerámicas, los moldes de arcilla de los objetos metálicos, el recubrimiento pictórico de las paredes interiores de las viviendas, etc. Esta reclamación de la «vía meridional» no debe hacernos olvidar, sin embargo, que algunas formas tienen sus mejores referentes en los CC. UU. del Valle del Ebro, pese a que reconozcamos que se trata de influencias de menor importancia, pues en esta zona están ausentes los rasgos principales que definen esas culturas, en especial los funerarios. Por último, queremos reclamar la atención hacia la fachada atlántica portuguesa, zona donde encontramos paralelos cerámicos en lo formal y también de algunos de los modelos metálicos que podemos asociar a estas gentes del Soto formativo. Todos estos ámbitos culturales parecen coincidir en una cronología que *grosso modo* podemos acotar entre principios del siglo IX y fines del VIII, aunque no faltan algunos casos para los que se proponen fechas que llevan antes del cambio de milenio y otras que hablan de perduraciones hasta incluso fines del VI. En términos de calendario, descartando los valores más extremos, las pocas dataciones disponibles parecen enmarcarse entre el 1100/1000 A. C., como extremo superior, y el 850/750 A. C. como límite inferior. A este margen cronológico se adaptan cómodamente las fechas radiocarbónicas obtenidas de la secuencia de El

Soto de Medinilla en las últimas excavaciones (Delibes y otros, 1995c) y de otros yacimientos de este grupo, fundamentalmente del Cerro de San Pelayo (Benet, 1990), válidas en este caso para la fase inicial del Grupo Soto, y de La Mota (Seco y Treceño, 1993: 135, 139 y 170), yacimiento cuyas fechas y materiales parecen indicar que comienza su existencia con el inicio de la etapa plena de esta cultura. Una vez calibradas, estas dataciones sugieren que la fase formativa del Grupo Soto arranca muy posiblemente dentro de la segunda mitad del siglo X y da paso a la etapa plena ya a fines del siglo IX o inicios del VIII A. C.

2.4.2. *Las decoraciones*

Dentro de los conjuntos más originales que hemos podido reconocer en el elenco material de los yacimientos del Soto inicial de la provincia de Valladolid, está el referente a sus cerámicas decoradas, las cuales vienen a representar una verdadera novedad en el estudio que estamos llevando a cabo.

Hasta no hace mucho, y a pesar de que estos peculiares vasos ya se conocían muy someramente –Palol y Wattenberg (1974: 191-192) parecen constatarlas en El Soto de Medinilla–, no pasaban de considerarse elementos poco frecuentes, paralizándolos por lo demás con los temas geométricos de las pinturas murales de las casas (*ibidem*: 192). No es hasta la década de los 80, con los primeros hallazgos de Pico Buitre (Valiente Malla, 1984: 34-37, figs. 11 y 12), los de la provincia de Madrid (Blasco, Sánchez y Calle, 1988: 159-161, fig. 7, n.º 11, fig. 8, n.ºs 4, 9 y 10, fig. 10, n.º 6 y fig. 14, n.ºs 2, 3 y 10) o los de Peña Negra (González Prats, 1990: 71-84, figs. 54 a 57; 1992: fig. 4, n.ºs 7 a 11), entre otros, cuando se comienza a valorar en su justa medida la importancia como indicador cronológico y cultural que tienen estos productos, los cuales vienen remitiendo a dos ámbitos geográficos y culturales bien diferenciados: el Valle del Ebro y el mediodía peninsular.

Del grupo vascular que integra el Soto antiguo los recipientes decorados mediante temas geométricos representan un mínimo porcentaje, incluyéndose todos dentro de la vajilla fina. De la treintena larga de estaciones del Soto formativo existentes en nuestra provincia, apenas quince entregaron algún raro ejemplar con estos ornatos, que se caracterizan unos por presentar un baño a la almagra en ambas caras, otros por una fina decoración de corte geométrico dispuesto en estrechas cintas generalmente a la altura de la línea de la carena, y otros, menos habituales, por presentar decoración acanalada.

Atendiendo a su morfología, estas decoraciones geométricas se manifiestan en dos tipos de recipientes: minoritariamente sobre formas de perfil simple y tendencia generalmente abierta –tipo cuenco o escudilla (fig. 6, n.ºs 1 y 2)–, disponiéndose la decoración bajo el labio, tanto al exterior como al interior, siendo más frecuente la segunda solución, quizás resultado de una influencia que remite al Valle del Ebro; y mayoritariamente sobre formas compuestas, en concreto sobre los característicos vasitos de carena resaltada, en los que el adorno se plasma sobre un estrecho friso dispuesto en el hombro (fig. 6, n.ºs 4, 5, 6, 7 y 8), siguiendo un gusto que se aparta sensiblemente del *horror vacui* de las últimas producciones cogotianas.

El tema más común es, sin lugar a dudas, el del friso simple recorrido por un zigzag inciso que va dejando arriba y abajo espacios triangulares que sirven de marco a distintos motivos. Lo habitual es que esos polígonos se rellenen con trazos incisos paralelos a uno de los lados del zigzag (fig. 6, n.º 2 y 3), que si se extienden a las dos series de triángulos siguen normalmente direcciones contrapuestas (fig. 6, nos 4, 5, 6 y 7). Este tema se repite en ocho de las estaciones estudiadas²⁷, en vasos de carena resaltada casi todos ellos, salvo el ejemplar de Camino del Cementerio (Castrillo-Tejeriego) y el de Soto de Tovilla II (Tudela de Duero), donde se dispone en el interior y bajo el borde de sendos recipientes de paredes abiertas (fig. 6, nos 1 y 2). Es un motivo que resulta bastante común tanto en el Valle del Ebro como en el mediodía peninsular, presentándose en este último ámbito en yacimientos tan señeros de la transición Bronce-Hierro como Pico Buitre (Valiente Malla, 1984: 15, 28-30 y fig. 12, nos 72 a 80), en el este de la Submeseta Sur, Arroyo Culebro, Sector III de Getafe o La Capellana en Madrid (Blasco, Sánchez y Calle, 1988: 159, fig. 14, nos 2 y 3, fig. 10, n.º 6; Blasco y otros, 1993: 53, 56-57 y fig. 4, n.º 2), Peña Negra en el levante meridional (González Prats, 1990: 74, figs. 54 a 57; 1992: fig. 4, n.º 7) o en el sevillano de Montemolín (Chaves y Bandera, 1986: 137, Abb. 14, n.º 2 y Abb. 15b), con técnica incisa o con pintura polícroma, asociado a vasitos carenados similares a los del Soto y con cronologías muy parejas, en torno al 950-850 a. C. Las aragonesas con esta temática parecen encuadrarse en los grupos del Bajo Aragón o del Alto Ebro, normalmente asociadas a la excisión y al grafitado —el diseño de Camino del Cementerio es idéntico al del cerro de El Sorbán en Calahorra, aunque éste conseguido mediante fino grafitado—, con cronologías del VII a. C. (Romero Carnicero, 1991: 491; Romero y Ruiz, 1992: 108-110).

Tampoco es inhabitual la presencia de soluciones ornamentales más complejas, que nacen de la división en metopas del friso simple, de la superposición de distintas bandas decorativas o de la combinación de varias técnicas. Variaciones que, como veremos, en más de una ocasión se aplican de forma conjunta.

La presencia de frisos metopados está atestiguada en un ejemplar recientemente publicado de La Dehesa de Pedrajas de San Esteban, donde el motivo de zigzag inciso con triángulos rellenos se interrumpe para dar paso a una metopa al parecer reticulada (Tardón Gutiérrez, 1995: fig. 12, n.º 3). Dos piezas más ejemplifican la superposición de cintas decorativas, en una (El Brizo, Tudela de Duero), bajo el motivo principal comentado, se desarrolla un friso que contiene una línea quebrada discontinua dibujada a partir de ángulos muy cerrados y que, estando presente también en Peña Negra I (González Prats, 1990: 79, fig. 55, nos 8129 y 8587, fig. 56, nos 11904 y 12332), nos recuerda a algunas de las decoraciones de Cogotas I, aunque el

²⁷ La Monja (Aguasal), La Moraleja I (Tordesillas), La Dehesa (Pedrajas de San Esteban), Soto de Medinilla (Valladolid), Camino del Cementerio (Castrillo-Tejeriego), Soto de Tovilla II (Tudela de Duero), El Rosadal (Amusquillo) y Fuente de La Salud (Pesquera de Duero).

fragmento es demasiado pequeño como para llegar a más conclusiones (fig. 6, n.º 7). En la otra (El Rosadal, Amusquillo), sendos frisos de zigzags incisos con triángulos rellenos flanquean por arriba y por abajo una original cinta de rombos rellenos de trazos incisos y resaltados mediante mordidos triangulares (fig. 6, n.º 6). Una nueva combinación de técnica incisa y excisa aparece en una pieza de Pesquera de Duero (Fuente de La Salud). Se trata de una curiosa variante del tema general, pues el zigzag no se consigue mediante incisión, sino mediante excisión, aunque nuevamente los triángulos se rellenan con trazos incisos²⁸. Estas dos piezas excisas encuentran réplica en el Ebro, en los materiales de El Redal, en su nivel III de cerámicas acanaladas y excisas, con una data relativa del 680 a. C. (Álvarez y Pérez, 1987: 44 y 68, figs. 13 y 14), o, para el ejemplar de El Rosadal, en la fase II de Roquizal, de finales del VIII o inicios del VII a. C. (Ruiz Zapatero, 1979: 266, 277 y fig. 13, n.º 3), y en el siglo VIII a. C. en Quintanas de Gormaz (*idem*, 1984: 178, fig. 3, n.º 1); finalmente, también en el Levante, en Vinarragell (Mesado Oliver, 1974: 102-103, 127-128, 140, 142, fig. 55, n.º 2, fig. 72, n.º 2, lám. XLIX, n.º 4 y lám. LXXIX, 3), y en la Submeseta Sur, Pico Buitre (Valiente Malla, 1984: 15, 26-27 y fig. 11, n.º 69; Valiente, Crespo y Espinosa, 1986: 58-60, fig. 2, n.º 7 y fig. 6, n.º 5), volvemos a encontrar este motivo de rombos y excisiones triangulares.

Un nuevo fragmento de La Dehesa de Pedrajas de San Esteban, otro de El Brizo de Tudela de Duero y otro del también tudelano Soto de Tovilla II, muestran la combinación de la técnica incisa con la impresa. En el primer ejemplar, los polígonos triangulares definidos por el habitual zigzag inciso son aprovechados por un hoyito impreso (Tardón Gutiérrez, 1995: fig. 12, n.º 5), dando réplica así a un motivo similar documentado en Alovera (Guadalajara) (Espinosa y Crespo, 1988: 248, fig. 1, n.º 11). En la segunda pieza, apreciamos un friso vertebrado por una cadena de rombos rellenos de trazos incisos que se combinan en los intersticios triangulares con hoyitos impresos que crean un efecto de pseudoexcisión (fig. 6, n.º 8); se trata, por tanto, de una decoración muy similar a la que anteriormente veíamos conseguida mediante una auténtica excisión. En el último caso, nuevos triángulos con trazos incisos alternan con otros rellenos de pequeños puntos (fig. 6, n.º 1), ornato que se repite en puntos del Valle del Ebro –La Coronilla de Lardero (Álvarez y Pérez, 1987: 100, fig. 43)– y de la Submeseta Sur –Arroyo Culebro (Blasco, Sánchez y Calle, 1988: 159, fig. 10, n.º 6)–, todos con cronología convencional del siglo VIII a. C.

Las influencias del Valle del Ebro en nuestro territorio se dejan sentir, asimismo, en la presencia en tres estaciones de cerámicas con decoración acanalada²⁹ –simples líneas verticales paralelas que al menos en un caso discurren claramente hacia la base del recipiente (fig. 6, n.ºs 12, 13 y 14)–, similares a otras de Roquizal I (siglo IX y principios del VIII a. C., con perduraciones hasta el s. VI a. C.), algunas

²⁸ Agradecemos la noticia sobre esta pieza a la amabilidad de C. Sanz Mínguez.

²⁹ La Moraleja I (Tordesillas), El Tenderín-Las Cubas (Laguna de Duero) y La Dehesa (Pedrajas de San Esteban).

de las cuales se pueden remontar incluso a los CC.UU. antiguos (1000-900 a. C) (Ruiz Zapatero, 1979: 260, 275-277 y fig. 6, n.º 4).

No cerramos el capítulo dedicado a las decoraciones sin destacar un par de fragmentos de perfil indeterminado de La Monja (Aguasal) y del Camino del Cementerio (Castrillo-Tejeriego) (fig. 6, n.ºs 9 y 10) en los que la incisión dibuja un ajedrezado de cuadrados rellenos de líneas contrapuestas formando un motivo de cestería, flanqueado, al menos en el primero de los casos, por finas bandas rellenas de líneas oblicuas en diferentes direcciones; semejante a los anteriores es otra pieza de reducido tamaño de La Dehesa de Doña María (fig. 6, n.º 11). Estos diseños se acercan, como en los demás ejemplares, tanto al Ebro-San Jorge en Plou (Lorenzo Magallón, 1985-86: 56, fig. 10, n.º 9, fig. 12, n.ºs 1, 2 y 18)- como al Mediodía-Camino de los Pucheros I (Muñoz López-Astillero, 1993: 325, fig. 6, n.º 7), Cerro de San Antonio (Blasco, Lucas y Alonso, 1991: 118 y fig. 59, n.ºs 3 y 10), Pico Buitre (Valiente Malla, 1984: 14-15, 25 y fig. 11, n.ºs 62 y 65; Valiente, Crespo y Espinosa, 1986: 52 y fig. 2, n.º 3) o Casa del Carpio (Pereira Sieso, 1994: 55 y fig. 11), este último en cerámica pintada-. Esta especie de retícula alcanza también al campo de la orfebrería, donde la encontramos finamente repujada en un recubrimiento áureo en la necrópolis de Los Algarves en Tarifa (Posac Mon, 1975: 112, fig. 12). En el ejemplar de La Monja el motivo se ha conseguido mediante una fina incisión con el barro ya bastante seco y que da el aspecto de una verdadera «retícula bruñida», sin duda similar al que se aprecia en algún solero del Cerro de San Antonio y que ha sido interpretado como un trasunto de las retículas bruñidas del SO. (Blasco, Lucas y Alonso, 1991: 116 y fig. 58, n.º 8), y que también reconocemos, por nuestra parte, sobre un par de fondos de Las Cubas-El Tenderín y La Dehesa (fig. 6, n.º 15).

Al igual que sucedía con las formas, la cronología de estos ejemplares decorados nos lleva reiteradamente a los siglos IX-VIII a. C. de la seriación convencional -X-IX A. C. en datación calibrada-, dentro de contextos del Bronce Final y del Hierro I de la Submeseta meridional y del Valle del Ebro, y del Bronce Final del mediodía peninsular. Estas características y su amplia difusión por la península ha permitido hablar de estilo cerámico interregional (Pavón Soldevilla, 1995), por más que existan evidentes diferencias locales.

Las cerámicas decoradas con un baño rojizo de «almagra» postcocción de La Monja (Aguasal) son ejemplares de vasitos de carena resaltada, disponiéndose el recubrimiento por toda la cara interna y, al exterior, en la mitad superior de los vasos, es decir, hasta la carena. Los recipientes con baños de almagra pre o postcocción son relativamente abundantes en el SE. y el SO. -Cástulo, Peña Negra, Cerro del Real o Cerro de la Encina-, y su dispersión llega hasta la Submeseta Sur -Cerro de San Antonio, Ecce Homo, Sector III de Getafe o La Zorrera (Blasco, Lucas y Alonso, 1991: 113-114)-, siendo muy escasas en la Cuenca del Duero, localizándose en algunos puntos de Segovia -Armuña, Cuéllar y Coca (Romero, Romero y Marcos, 1993: 234)- y en el yacimiento que ahora presentamos de Aguasal. En realidad, esta técnica de recubrimiento de la pared con posterioridad a la cochura observada en nuestros vasos es idéntica a la que en varios ejemplares

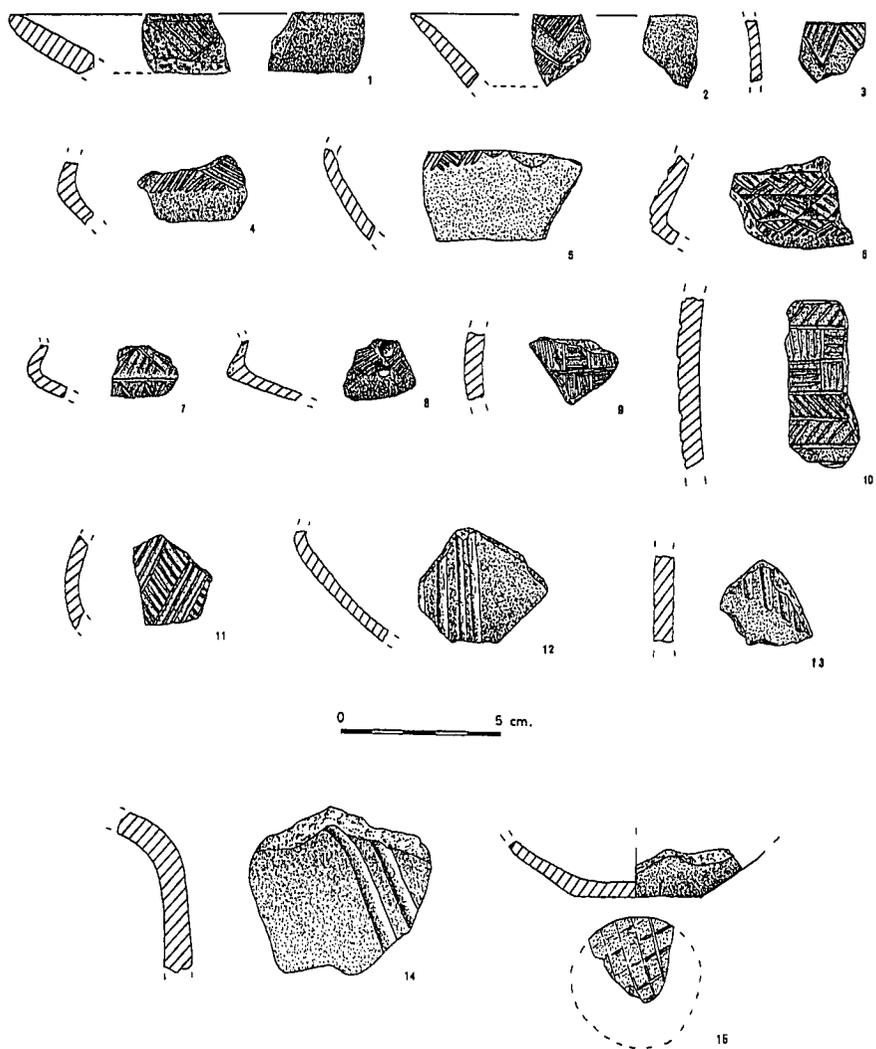


Fig. 6. 1** y 3** Soto de Tovilla II (Tudela de Duero); 2 y 10 Camino del Cementerio (Castrillo-Tejeriego); 4, 12 y 13 La Moraleja I (Tordesillas); 5 y 9 La Monja (Aguasal); 6 El Rosadal (Amusquillo); 7** y 8** El Brizo (Tudela de Duero); 11* Dehesa de Doña María (Olmedo); 14* La Dehesa (Pedrajas de San Esteban); 15 El Tenderín-Las Cubas (Laguna de Duero). (Dibujos J. Quintana).

* Colección Carlos Arranz; ** Colección José Sánchez

meseteños –Sanchorreja (Maluquer de Motes, 1958a: 43-47), Cerro de San Pelayo (Benet, 1990), El Soto de Medinilla (Palol y Wattenberg, 1974: 191-192)– sirve de fondo para crear efectos de bicromía mediante la superposición de dibujos en amarillo, blanco o, más raramente, en azul, en lo que se ha dado en denominar estilo meseteño de las cerámicas pintadas de la Edad del Hierro, cuyo correcto encuadre cronológico y relaciones con otros grupos cerámicos contemporáneos, entre ellos con el de las especies monocromas del Valle del Ebro o «Tossall Redó», ha sido objeto de detallados estudios (un estado de la cuestión pueden verse en Romero Carnicero, 1991: 284-292). En el caso que nos ocupa no hemos detectado restos de bicromía, pero tampoco podemos descartar que no fuera esta la decoración primitiva de los vasos; en cualquier caso, compartimos la opinión, expresada por Romero en la obra citada (*ibidem*: 292), de que la aparición de fragmentos bícromos y monocromos en algunos asentamientos está denunciando que ambas técnicas forman parte de una misma tradición cultural, aunque cada variante parece tener mayor éxito en un determinado espacio geográfico.

En la Submeseta Sur, estas producciones decoradas mediante incisión, almagra, o con motivos pictóricos se enmarcan en una corriente de relaciones mediterráneas a partir de la etapa precolonial por la que los vasos decorados tomarían las sintaxis ornamentales del Geométrico griego y las almagras serían un pálido reflejo de producciones fenicias peninsulares o foráneas (Blasco y otros, 1993: 56-57). En una línea parecida se mueve Ruiz-Gálvez (1993: 56; 1995b: 140 y 149) quien, refiriéndose a Peña Negra I, sugiere que las cerámicas decoradas –incisas y pintadas– reproducirían telas costosas, copia de las salidas de un posible taller textil de influencia semita de Crevillente. Estas controvertidas interpretaciones chocan de frente con las mantenidas por González Prats, quien buscando un compromiso entre todos los orígenes encuentra precedentes tanto en la cerámica tartesia como en la de los CC.UU., pero resalta sobre todo la deuda que tienen los motivos incisos con el Campaniforme regional y, más directamente y como herederos de esa tradición, con Cogotas I (González Prats, 1990: 72-84), por medio de una compleja mixtura, por otro lado difícil de entender.

Esta mezcla de rasgos meridionales, de los CC. UU. y de otras zonas ibéricas que, como hemos dicho, parece detectarse en la formación de la cultura material del Grupo Soto, no es algo privativo, pues semejante explicación se ha dado para las culturas de la Submeseta meridional y de algunos contextos levantinos. No es casualidad, por tanto, que sea con las vajillas de esos grupos con las que mayores afinidades muestra la del Soto formativo, como ya acertaron a ver algunos autores (Blasco, Sánchez y Calle, 1988: 176; González Prats, 1992: 253; 1993: 36; Barroso Bermejo, 1993: 24 y 27; Celis Sánchez, 1993: 116-119; Esparza Arroyo, 1995: 106). Por su cercanía, es en particular significativa las semejanzas con las culturas de la Submeseta Sur, pues en sus respectivos ámbitos esta y aquellas marcan la transición entre un Bronce Final cogotiano y un posterior mundo de la Edad del Hierro, allí prontamente marcado por el signo de la iberización. En la Submeseta Norte hoy en día carecemos de noticias sobre yacimientos del Soto inicial más al sur de los que aquí presentamos, pues aparte de los de Coca, Cuéllar y Armuña (Romero, Romero y Marcos,

1993: 234) y el de La Pencona (García-Gelabert y Morere, 1984) las provincias de Ávila y Segovia aparecen como un desierto de datos, que seguramente debemos achacar más a la falta de publicaciones que a la inexistencia de enclaves de este tipo.

Si esta última sospecha llegara a confirmarse³⁰, nos encontraríamos con que a uno y otro lado del Sistema Central existirían yacimientos con materiales enormemente semejantes y que tienen idéntica posición en la secuencia, lo que tal vez debería hacernos reflexionar sobre la personalidad de esta cultura y la conveniencia o no de seguir manteniendo etiquetas locales para fenómenos que abarcan amplios espacios geográficos, cosa que paradójicamente no ha sucedido con Cogotas I –recordemos la hoy justamente denostada coletilla de «cultura de alcance peninsular» que se otorgó a esta etapa–. De otra parte, esta comparación con la situación de Cogotas I fuera de su territorio nuclear puede conducirnos a considerar la presencia de estas nuevas producciones carenadas en la Submeseta Norte, en concreto de sus primeros prototipos, tal vez en parecidos términos; es decir, ¿no estaremos ante verdaderos productos importados, por su exotismo destinados a las élites locales, que tienen en esta zona un papel semejante al que se ha atribuido (Delibes de Castro, 1995a: 115) a los vasos de Cogotas I en los ámbitos extrameseteños?.

3. EL POBLAMIENTO

Una vez establecidas las características de la cultura mobiliaria, cerámica y metálica, y el encuadre de los yacimientos presentados, su proyección sobre el territorio resulta especialmente significativa, y ello aun asumiendo las limitaciones inherentes a los estudios de escala macroespacial y aquellas otras resultantes de las propias características de las prospecciones.

Como vemos, los yacimientos Cogotas I del Bronce Final se reparten por toda la superficie provincial (fig. 7), excepción hecha de las zonas interiores de los páramos, áreas estas claramente marginales a lo largo de la secuencia arqueológica, al menos hasta época medieval. Con todo, es patente su inclinación por los valles de los ríos principales y el sector suroriental de las Campiñas Meridionales vallisoletanas, presentándose de forma simplemente esporádica en la zona suroccidental o en la llanura arcillosa de Tierra de Campos. Esta particular distribución sin duda está traduciendo unos intereses socioeconómicos determinados sobre los que tendremos ocasión de volver en líneas posteriores, pero quisiéramos ahora detenernos en su comparación con la de la fase siguiente (Soto inicial). Pasa ya por ser un lugar

³⁰ Lo que parece probable, pues cuando estábamos ultimando este trabajo se publicó el ya citado artículo de Tardón Gutiérrez (1995), donde se incluyen seis yacimientos de municipios segovianos limítrofes con Valladolid atribuidos al Hierro I y documentados a partir de las prospecciones de C. Arranz Santos. Aunque en el texto citado no se adjuntan descripciones de materiales ni dibujos de las piezas de esas estaciones, la consulta de los fondos de la colección de Arranz Santos, a quien nuevamente agradecemos su colaboración, nos permitió constatar que corresponden al Soto Inicial, tal como sospechábamos, pues todos ellos se sitúan en las Campiñas Meridionales del Duero. Además, al menos en un caso esta ocupación del Hierro I coincide con otra del Bronce Final Cogotas I.

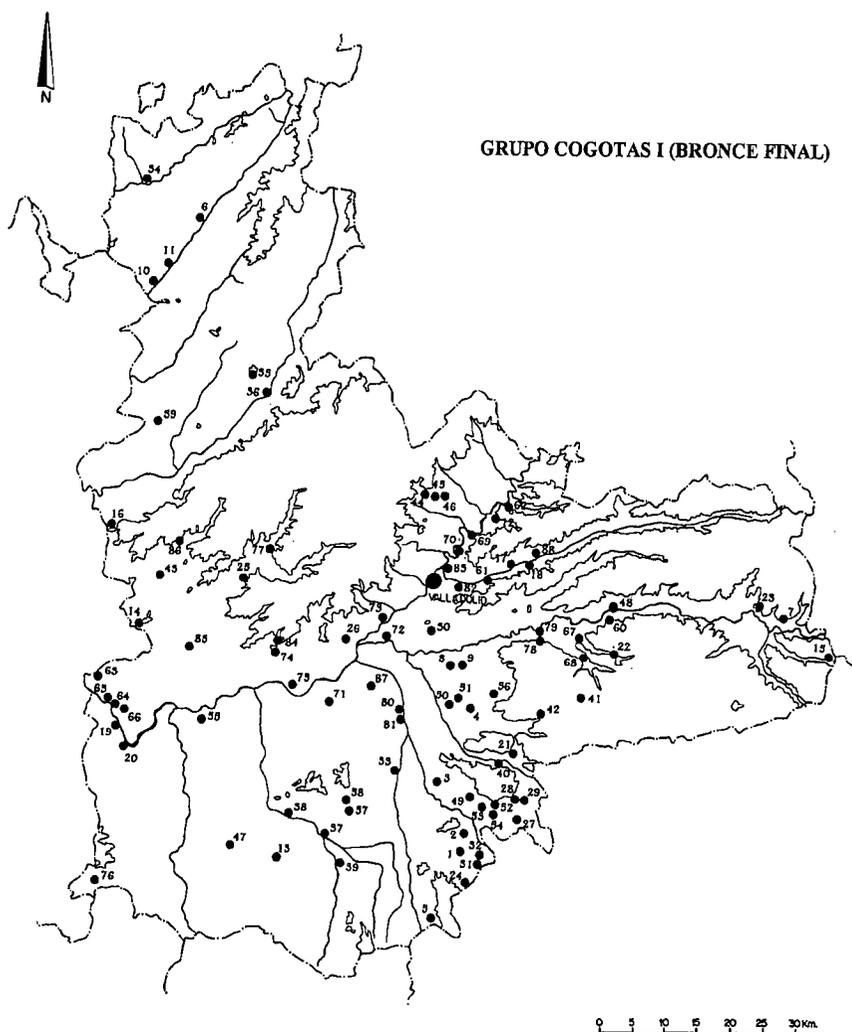


Fig. 7. Distribución de los yacimientos vallisoletanos del grupo Cogotas I (Bronce Final). (La numeración corresponde a la que figura en la Tabla 1). (Mapa P. J. Cruz).

común de los últimos trabajos que tratan el tránsito del Bronce al Hierro el señalar la disparidad entre los modelos de ocupación del territorio de las culturas de Cogotas y el Soto; de tal manera es así que los acusados contrastes advertidos en este campo constituyen uno de los argumentos preferidos para interpretar el paso de una a otra en términos de ruptura más o menos matizada (Delibes y Romero, 1992: 242-245; Romero y Jimeno, 1993: 198-199; Fernández Manzano, 1993: 16-18; Delibes y otros, 1995a: 81-82; Delibes de Castro, 1995a: 125; Sacristán y otros, 1995: 354-357). Así, se señala cómo en las áreas investigadas espacialmente —el

interfluvio Duero-Pisuerga en Valladolid por parte de San Miguel Maté (1993) y la cuenca de La Nava palentina por Rojo Guerra (1987)— los yacimientos soteños rara vez se asientan sobre el mismo solar que los cogotianos. Además se recuerda que en este tránsito hay una reducción en número de las estaciones, así como un cambio de la arquitectura de base vegetal, endeble, a un firme sistema constructivo mediante el uso del adobe, lo que se interpreta como pruebas de una tendencia a la nuclearización y a la sedentarización cuyo mejor reflejo son las superposiciones de restos en forma de auténticos *tells* en varios yacimientos del Grupo Soto. También se ha insistido (Delibes y otros, 1995a: 80; Romero y Jimeno, 1993: 198-199; Sacristán y otros, 1995: 356) cómo en aquellos casos en que algún yacimiento ha proporcionado materiales de ambas fases, los de Cogotas conducen invariablemente a momentos plenos o antiguos de esta cultura, nunca finales, lo que hace difícil la tarea de buscar conexiones. Es patente que los datos que ahora presentamos rompen este esquema, particularmente por lo que se refiere a las fases final de Cogotas I e inicial del Soto: no sólo los dos grupos culturales muestran las mismas preferencias por determinados espacios de la provincia, marginando otros como los páramos, la campiña suroccidental y Tierra de Campos, sino que en determinadas áreas como el sureste provincial la coincidencia de ocupaciones sobre el mismo solar está lejos de ser una excepción (fig. 8). Además, contrariamente a lo dicho, el número total de estaciones del Grupo Soto (138) supera largamente a las de Cogotas (88), algo que también parece darse en la vecina provincia de Zamora (Esparza Arroyo, 1995: 138), lo que cuestiona la supuesta relación entre una reducción de hábitats y procesos de concentración poblacional.

La concurrencia de importantes recursos naturales confiere a los valles principales el suficiente atractivo como para justificar la existencia de asentamientos de la Prehistoria reciente, pues con independencia del modo concreto en que se organice la actividad productiva, el acceso a tierras fértiles, la abundancia de agua o las fáciles comunicaciones, entre otros factores, parecen jugar un papel decisivo. De modo inverso podríamos entender el desierto del interior de los páramos y, aunque esto resulte ya algo más oscuro, del oeste de la Tierra de Medina (sector SO. de la provincia), zona de suelos pobres y con menores precipitaciones (< 400 mm. anuales) que el resto del territorio vallisoletano; tanto es así que se incluye en el denominado «sector semiárido castellano-leonés» (Calonge Cano, 1995a: 21), sequedad acentuada por la escasez de cursos de agua de entidad. Mas ¿cómo explicar la predilección que muestran estas culturas por la Tierra de Pinares del SE. de la provincia y su paralelo desapego por Tierra de Campos, cuando resulta que estamos ante dos comarcas campiñesas que comparten no pocos rasgos físicos? En efecto, más allá del sustrato lítico, arcillas en Tierra de Campos y arenas en Pinares (*ibidem*: 41-42), ambas muestran perfiles pandos o muy suavemente alomados, parecidos patrones de temperaturas y precipitaciones (estas últimas superando los 400 mm. anuales en Campos y por encima de los 450 mm. en Pinares), y unas redes fluviales jerarquizadas a partir de cursos secundarios (Pinares) o terciarios (Campos) que llegan a secarse en las fases de máximo estiaje. Los interfluvios de las dos zonas aparecen escasamente avenados, siendo frecuentes las pequeñas áreas endorreicas que dan lugar a láminas de

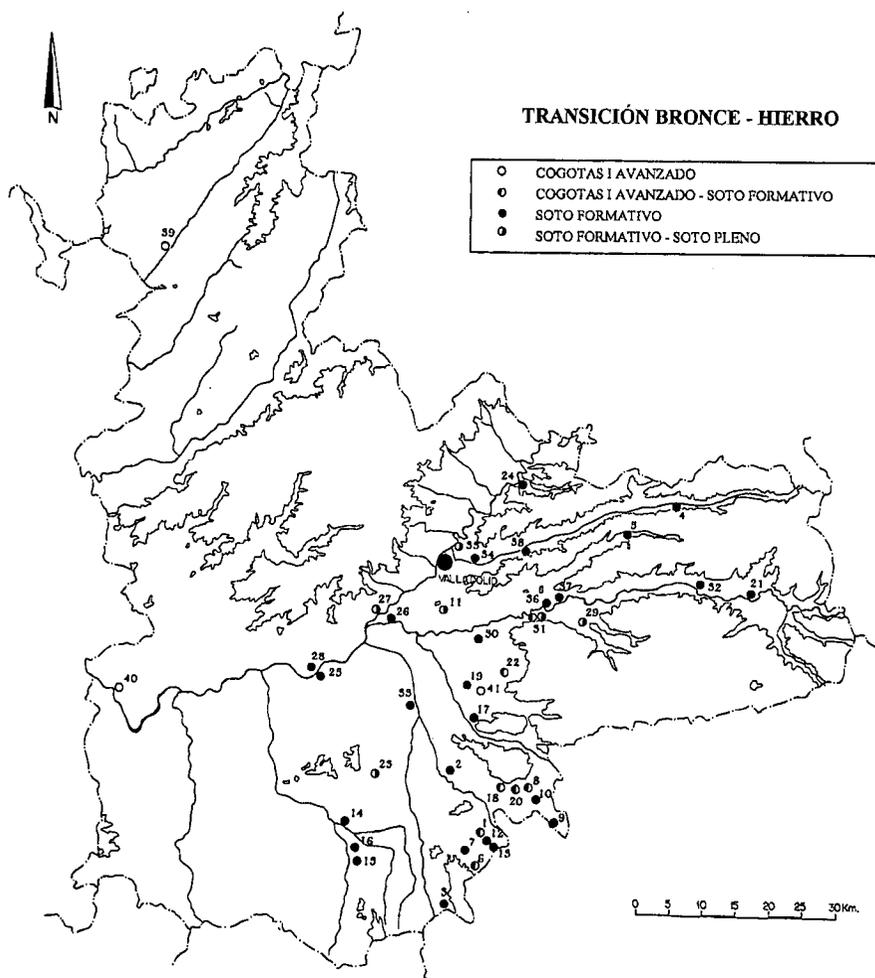
agua de distinta magnitud y ocasionalmente permanentes, que en el pasado debieron ser mayores en número y extensión (*ibidem*: 36-39; *idem*, 1995b: 531-532). Estas zonas húmedas son particularmente características de Tierra de Pinares, donde son conocidas con distintos nombres (lagunas, bodones, lavajos, etc.), favorecidas sin duda por el mayor índice de precipitaciones respecto a la comarca terracampina y también por un superior grado de endorreísmo.

Pues bien, ahora, cuando se está postulando para los grupos de Cogotas I una economía basada en la agricultura de quema y roza, explotando los mismos lugares hasta el agotamiento de la fertilidad natural y complementando este recurso con una importante cabaña ganadera (Delibes y otros, 1995a: 53 y 55), tal vez deberíamos considerar el entorno de estos humedales meridionales como las zonas más apropiadas para este tipo de explotación, pues a la vez que ofrecen puntos permanentes de agua y aseguran la presencia de pastizales frescos durante todo el año (Calonge Cano, 1995b: 532), incluso en pleno estío³¹, la fertilidad natural del suelo –bastante superior en la cercanía de estos bodones, por su contenido humífero, que en el resto de la campiña arenosa (*idem*, 1995a: 41)– se vería incrementada al principio del ciclo por la quema de la vegetación; considerando además como factor decisivo la ventaja que supone la estructura suelta del suelo a la hora del laboreo con técnicas rudimentarias, cosa que desde luego no sucede con los pesados terrenos arcillosos de Tierra de Campos. Si esta simple idea sirve para explicar la propensión de las gentes del último Cogotas I por la campiña del SE. vallisoletano, en parecidos términos debe aplicarse a las del Soto inicial, que no en vano muestran el mismo comportamiento. Es decir, ambos grupos parecen apropiarse del paisaje de forma similar, lo que en última instancia puede ser el reflejo de unas semejanzas sociales, económicas e incluso ideológicas mucho más fuertes de lo que hasta ahora nos atrevíamos a sospechar.

Desde esta óptica, la explicación que demos a la coincidencia de materiales del periodo final de Cogotas I e inicial del Soto en los mismos enclaves advertida en prospección resulta clave (fig. 8). Así, al menos teóricamente pensamos que puede ser objeto de varias interpretaciones, en cuya discusión nos detendremos de forma breve:

1. *Pudiéramos entender que están traduciendo una verdadera continuidad ocupacional, dada la proximidad cronológica entre una y otra etapa; incluso, exprimiendo este argumento «continuista», considerar que ambas producciones –las de Cogotas avanzado y las del Soto inicial– formen parte de unas vajillas sincréticas propias de un momento de evolución alfarera hacia nuevos modelos cerámicos que terminarán por reemplazar a los anteriores. Dentro de esta línea, es posible aceptar igualmente que los primeros proto-*

³¹ Así, en distintas ordenanzas de la Villa y Tierra de Íscar del siglo XVI se puede leer cómo estos prados eran aprovechados desde fines de junio hasta primeros de marzo y vedados el resto del año (Arranz Santos, 1995: 386). Salvando la distancia cronológica, esto no hace sino reflejar que siguiendo un aprovechamiento ganadero racional los pastos en torno a los humedales permanecen frescos y aprovechables en los meses caniculares.



LISTADO DE YACIMIENTOS

1. La Monja (Aguasal); 2. Coterra Brazuelas II (Alcazarén); 3. La Catzadilla (Almenara de Adaja); 4. El Rosadal (Amusquillo); 5. Camino del Cementerio (Castrillo-Tejeriego); 6. Fuente La Reina-La Olma (Fuente-Olmedo); 7. Los Casares (Fuente-Olmedo); 8. Las Cotarrillas (Iscar); 9. Navanavia (Iscar); 10. Santibáñez (Iscar); 11. El Tenderín-Las Cubas (Laguna de Duero); 12. Canales (Llano de Olmedo); 13. Eras de Los Perros (Llano de Olmedo); 14. Los Mártires II (Medina del Campo); 15. El Ciruelo (Medina del Campo); 16. Las Quintanas II (Medina del Campo); 17. Verdejo (Mojados); 18. Dehesa de Doña María (Olmedo); 19. La Zapatilla (La Pedraja de Portillo); 20. La Dehesa (Pedrajas de San Esteban); 21. Fuente de La Salud (Pesquera de Duero); 22. El Cerezo (Portillo); 23. El Lucero (Pozal de Gallinas); 24. Fuente El Olmo II (San Martín de Valvení); 25. Riberilla (La Seca); 26. El Batán (Simancas); 27. Simancas (Simancas); 28. La Moraleja I (Tordesillas); 29. El Carrizal (Traspinedo); 30. El Brizo (Tudela de Duero); 31. Soto de Tovilla II (Tudela de Duero); 32. Agullera (Valbuena de Duero); 33. El Matacán-La Pedorrera (Valdesillas); 34. Fuente La Mora (Valladolid); 36. Soto de Medinilla (Valladolid); 38. Priorato de Duero (Vilabáñez); 37. Viñas de Abajo (Vilabáñez); 38. Pampilega (Villamertero de Esgueva); 39. Pórragos (Boiños de Campos); 40. La Requejada (San Román de Hornija); 41. Colarra San Renedo (Aldea de San Miguel)

Fig. 8. Distribución de los yacimientos vallisoletanos de la transición Bronce Final - Hierro I. (Mapa P. J. Cruz).

tipos de las cerámicas carenadas no sean sino elementos importados de áreas meridionales.

2. *Pero cabría también argumentar que lo único que traducen estas coincidencias es una frecuentación de los mismos enclaves por parte de grupos humanos que no tuvieron por qué guardar relación entre sí, y que si bien se sucedieron en el espacio en un breve lapso cronológico, su elección de los mismos emplazamientos se debe más que nada a la proyección de unos intereses económicos semejantes sobre un paisaje cuyos recursos están muy focalizados.*

1. Dado el estado actual de la investigación hablar de continuidad entre Cogotas y el Soto resultaría, por nuestra parte, algo temerario al basarnos exclusivamente en datos de prospección. No faltaría quien, con razón, argumentara que en ningún yacimiento excavado se ha podido demostrar estratigráficamente esta conexión, y que más bien lo poco que se conoce parece apuntar en sentido contrario (Romero y Jimeno, 1993: 198). No es menos cierto, sin embargo, que ningún yacimiento semejante a los aquí tratados, es decir con materiales avanzados de Cogotas e iniciales dentro del Soto, ha sido objeto de excavación.

Tampoco se nos oculta que atribuir el gran número de vasitos carenados a contactos con otras zonas resulta difícil de defender, pero creemos que esto no es obstáculo para seguir manteniendo la hipótesis de que los primeros modelos se deban a habituales contactos entre las gentes de Cogotas y los grupos meridionales, produciéndose acto seguido una rápida emulación de esos prototipos por parte de los alfareros locales. En este último sentido, podemos recordar que en la Submeseta Sur, en el Alto Henares, hay yacimientos de Cogotas I con algunos ejemplares tipo Pico Buitre, cultura de transición entre el Bronce y el Hierro cuyas semejanzas con el Soto inicial son patentes, que han sido interpretados como posible producto del comercio entre unos grupos en coexistencia pacífica, y donde al margen del posible valor de los contenidos de los recipientes se ha podido argüir que es la novedad de las vajillas carenadas lo que hace que sean adquiridas por los grupos de Cogotas (Crespo Cano, 1992: 61-63). También podemos traer a colación que la presencia de ambientes cerámicos híbridos se ha defendido en ocasiones para aquellos yacimientos como La Muela de Alarilla, Arenero de Soto, Ecce Homo, El Testero, Sanchorreja, El Negralejo, etc. (Pereira Sieso, 1994: 45-50) que han ofrecido a la vez materiales pintados y grafitados junto con otros de Cogotas I, y que, finalmente, influencias o herencias de Cogotas I en las cerámicas del Hierro se han señalado, además de en el célebre vaso de Reillo, en dos fragmentos zamoranos y en otro del Cerro de San Andrés de Medina de Rioseco (Esparza Arroyo, 1995: 142).

2. El modelo de ocupaciones recurrentes de los mismos enclaves pudiera adaptarse mejor al enfoque rupturista con que siempre se ha analizado el paso de Cogotas I al Soto, e incluso al modelo económico del cultivo de roza ya expuesto. El problema estriba en que las fechas radiocarbónicas conocidas para los últimos grupos de Cogotas I (Castro, Micó y Sanahuja, 1995) y aquellas recientemente publicadas para los estratos iniciales de El Soto de Medinilla (Delibes y otros, 1995a; Delibes

y otros, 1995c) parecen dejar un margen cronológico demasiado estrecho como para admitir un vacío entre una y otra etapa; antes bien, parece más probable considerar que, al menos en sus inicios, las cerámicas bruñidas y aquilladas fueron contemporáneas de los últimos productos cogotianos. Esta última idea nos retrotrae a argumentos de larga tradición historiográfica, pues ya en su día la coetaneidad entre los pastores de Cogotas y los agricultores de aluvión soteños fue defendida por Palol (1966: 28-30; 1974: 93; Palol y Wattenberg, 1974: 28-37), y posteriormente Delibes y Fernández-Miranda (1986-87) propusieron una posible pervivencia, al menos en sectores geográficos marginales, de la cultura de Cogotas I hasta fechas tan avanzadas –el 700 a. C.– que pudieran hacerla coetánea del Grupo Soto. Pero incluso aceptando que estamos ante grupos culturales parcialmente coevos, todavía podríamos seguir admitiendo una básica discontinuidad, si no étnica al menos cultural, si interpretáramos que las escasas cerámicas del Cogotas I avanzado que aparecen en yacimientos marcados por la ollería del Soto inicial no son sino pruebas de que los grupos del Soto establecieron contactos con aquellos enmarcados dentro de la tradición de Cogotas por medio de intercambios que bien pudieron revestir el carácter de regalos políticos. Claro que, acto seguido, deberíamos preguntarnos dónde se refugiaron esos cogotianos tardíos, es decir, dónde están las estaciones propias y características de las gentes de Cogotas I avanzado que participan en esos intercambios, pues, recordémoslo, descontando tres excepciones –Cotarra San Renedo en Aldea de San Miguel, Pórragos en Bolaños de Campos y La Requejada en San Román de Hornija–, todos los elementos que en la zona de estudio hemos podido identificar como tardíos han aparecido, y de forma minoritaria, en yacimientos dominados por la alcaillería del Soto inicial. Tal vez la mirada debería orientarse a zonas periféricas de la Meseta en busca de esos últimos grupos «tradicionales» (González-Tablas Sastre, 1986-87: 49-50), pero amén de que en la actualidad la opinión mayoritaria no parece partidaria de esas posibles pervivencias (Delibes y Romero, 1992: 236-237; Delibes de Castro, 1995b: 85; Delibes y otros, 1995a: 58-59; Castro, Mico y Sanahuja, 1995: 100-102), aún quedarían por resolver cuestiones tan decisivas como cuál es el mecanismo por el que en el centro de la cuenca se produce tan brusca sustitución cultural, o de qué modo es posible justificar la paradoja de que, al mismo tiempo que los materiales del Cogotas I inicial o pleno de esta zona se entienden como verdaderas manifestaciones de ocupaciones, no se haga lo propio con los de la fase avanzada.

Ninguna de las explicaciones citadas ofrecen una respuesta solvente a la comparación de ambas producciones en los mismos yacimientos. Coincide así nuestra impresión con la que hace poco manifestaba Esparza: que la concomitancia de materiales de una y otra cultura en los mismos enclaves puede ser objeto de una doble interpretación contradictoria, que lo mismo sucede cuando estos tipos aparecen en localidades vecinas y que los esporádicos datos sobre la aparición de ambos materiales en estratos de remoción de algunos yacimientos excavados no aporta gran cosa para resolver esta cuestión (Esparza Arroyo, 1995: 141-142). Faltan, en definitiva, excavaciones que permitan sustentar los datos sobre bases más firmes que las

dadas por las prospecciones de superficie o por esos niveles de revuelto. Con todo, la mera constatación de esta concurrencia espacial en los yacimientos vallisoletanos es enormemente significativa. De entrada quiebra uno de los argumentos favoritos para explicar la supuesta ruptura entre Cogotas I y el Soto, cual era la idea de que nunca hay coincidencia entre el Cogotas I avanzado y el Soto inicial, de lo que se sucedía que ambas culturas seguían modos distintos de apropiación del paisaje, a su vez entendidos como consecuencia de sus dispares bases socioeconómicas; y de resultas nos obliga a buscar nuevos modelos para entender el tránsito entre estas dos culturas que protagonizan, en mayor o menor grado, el Bronce Final meseteño, y esto es algo que trataremos de hacer en el epígrafe siguiente.

Un simple vistazo a la distribución de los yacimientos del grupo Soto a escala provincial basta para advertir el contraste existente entre las fases iniciales y plena de esta cultura (figs. 8 y 9). Frente a la acusada concentración de los yacimientos iniciales en unos ámbitos muy concretos, coincidentes con algunos tramos de los principales cursos provinciales –Bajo Pisuerga, Esgueva y sector oriental del Duero–, y, sobre todo, con la campiña pinariega, resalta su ausencia en otras zonas en principio no menos favorables para el poblamiento, como es la comarca de Tierra de Campos, la Campiña de Villalar, el sector occidental del Duero y las campiñas del cuadrante suroccidental. Por contra, los grupos del Soto pleno muestran una acusada predilección precisamente por algunos de estos sectores antes tan poco atractivos, pues de densa cabe calificar ahora la ocupación de Tierra de Campos y la Campiña de Villalar. Pese a que se adviertan algunas semejanzas con el mundo anterior, cual es la ocupación de los valles del Pisuerga, Esgueva y Duero oriental, así como lo ralo del poblamiento en el cuadrante SO. y del Duero tras su confluencia con el Pisuerga, con todo, una de las cosas más llamativas es el escaso poder de atracción que ejercen ahora las tierras del SE. provincial, antes tan densamente ocupadas. Una impresión, esta del contraste entre las dos fases del Grupo Soto, que creemos que no se puede achacar a que en Tierra de Campos o en las llanuras de Villalar las ocupaciones del Soto inicial –o las de Cogotas avanzado, pues su modelo es parecido– estén todas ellas fosilizadas por asentamientos posteriores, ni tampoco a otro tipo de fenómenos postdeposicionales, pues aunque es cierto que las arenas de las campiñas del sur, cuando coinciden con áreas agrícolas, son proclives, dada su estructura desagregada, a mostrar en superficie evidencias de toda la secuencia de un determinado yacimiento, es claro también que la ausencia de fuertes pendientes en Campos impide, en general, la formación de importantes depósitos de arrastre de sedimentos, y tampoco podemos olvidar el acusado laboreo agrícola al que se ha visto sometida esa zona de la provincia, lo que en principio facilita la apreciación de restos sobre el terreno. Pero por encima de estos factores, la experiencia prospectora demuestra que no es infrecuente documentar en Tierra de Campos, en Villalar o en otras zonas provinciales, yacimientos multiocupacionales a partir únicamente de vestigios de superficie, por no hablar de los numerosos hallazgos aislados de diversas épocas, lo que a la postre nos lleva a considerar que la falta de evidencias del Soto inicial en esta y otras zonas provinciales responde a una situación real.

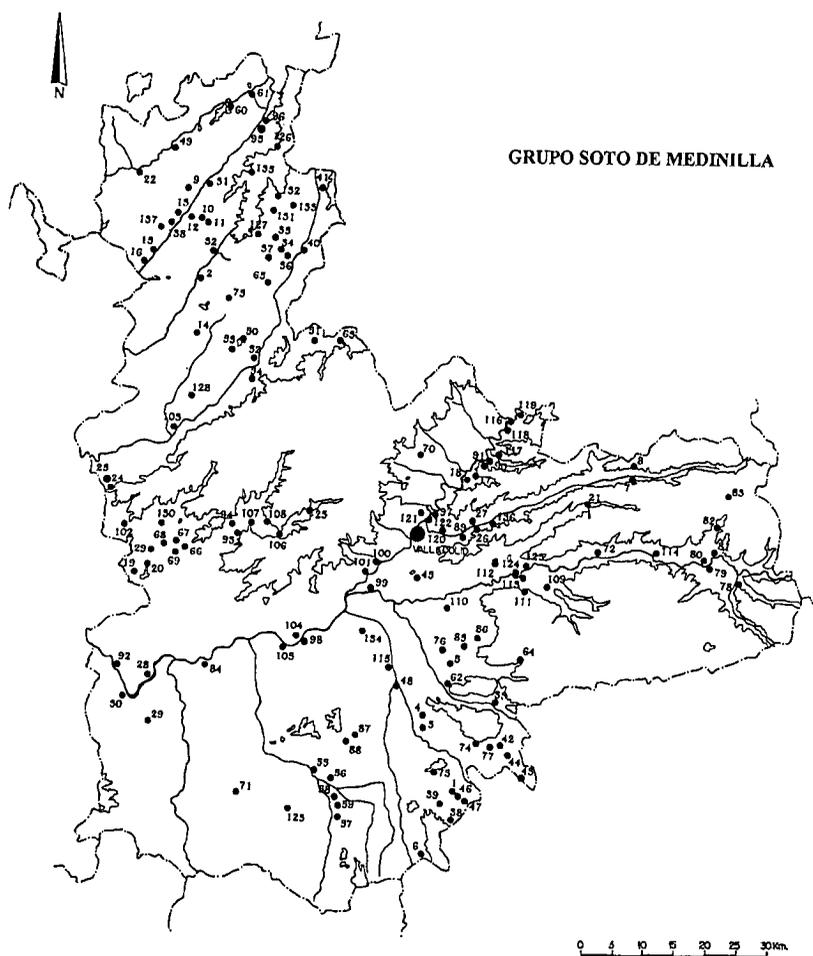


Fig. 9. Distribución de los yacimientos vallisoletanos del grupo Soto de Medinilla. (La numeración corresponde a la que figura en la Tabla 2). (Mapa P. J. Cruz).

Somos conscientes de que tan dispar distribución del poblamiento como la que ahora dibujan los mapas (figs. 8 y 9) puede ser calificada como sorprendente si nos atenemos a las ideas acuñadas sobre el Grupo Soto, pero no está de más tener presente la práctica carencia de estudios espaciales. Para esta zona central de la Submeseta Norte sólo contamos con los resultados de las prospecciones del entorno de La Nava palentina y del interfluvio Duero-Pisuerga ya comentados. El ámbito geográfico de atención del primero se sitúa inmediatamente al Norte de nuestra provincia, inmerso en la comarca genérica de Tierra de Campos. Una simple comparación con nuestros resultados en esa misma comarca hace que nada nos sorprenda que se encontraran numerosos yacimientos del Soto pleno, pero ni uno solo de la

fase inicial (Rojo Guerra, 1987)³². El estudio de San Miguel (1993) abarca el sector vallisoletano de la Tierra de Campos, del Valle del Pisuerga, de la Campiña de Villalar y de los páramos de Torozos, y sus resultados también coinciden con los nuestros, pues frente a la densidad de yacimientos del momento de plenitud apenas nada fuera de los ríos principales puede remontarse a las etapas iniciales de esta cultura. Queda claro que ni un solo trabajo de arqueología espacial ha prestado atención a las campiñas meridionales del Duero, que es precisamente el territorio donde más claramente se manifiestan los restos antiguos del Grupo Soto.

Nos parece, por tanto, que asistimos a un «movimiento migratorio» que despuebla³³ las tierras del SE. provincial para ocupar de forma intensa las campiñas arcillosas vallisoletanas, migración que coincide *grosso modo* con el paso del Soto inicial o formativo al pleno. En busca de una explicación, tal vez debamos achacar este proceso a un aumento demográfico y a una creciente tendencia a la sedentarización que provoca un incremento de la presión humana sobre el medio, de tal modo que las óptimas tierras del entorno de los bodones son ahora insuficientes para abastecer al grupo, siendo necesaria la colonización de nuevos espacios fértiles que la campiña arenosa es incapaz de ofrecer. Se iniciaría así la aventura de asentarse allí donde es posible encontrar un terreno amplio, libre y lo suficientemente productivo, siendo imprescindible el concurso de nuevos utillajes agrícolas y nuevas técnicas de explotación agropecuaria que no son sino manifestaciones de una patente transformación social.

Hay un aspecto más referente al poblamiento en el queremos detenernos, y es la escasa proporción de yacimientos formativos que muestran continuidad en la fase de madurez (fig. 8). De hecho esto es sólo relativamente frecuente en los valles fluviales y seguramente por las óptimas condiciones ecológicas de esos espacios, mientras que en la zona con más densidad de yacimientos iniciales, la comarca de pinariego del sector SE de la provincia, la mayor parte de ellos desaparecen antes del momento de plenitud, pero es que los pocos que en esta zona muestran producciones alfareras evolucionadas reúnen en general unas especiales características de emplazamiento. Es más, en este momento de madurez surgen en esta zona estaciones de nueva planta, siendo La Mota de Medina del Campo la más conocida, pero a la que habría que sumar otras como Sieteiglesias en Matapozuelos o, ya en el Duero, El Majanón de Tudela de Duero, localizados en relieves que poco o nada tienen que ver con los característicos de la fase inicial y que evidencian un interés por el control territorial antes casi desconocido.

Es manifiesto que contrastes tan acusados entre dos fases de una misma cultura deben tener su explicación en los rasgos sociales y subsistenciales propios de cada una de ellas. Y a su vez, no es menos cierto que en el seno del Grupo Soto

³² Gracias a la amabilidad del autor, también tuvimos la oportunidad de estudiar los numerosos dibujos de materiales que se incluyen en su inédita tesina de licenciatura, paso previo del artículo citado.

³³ Entendiendo el término despoblación como pérdida de núcleos de asentamiento, pues no es descartable un fenómeno de concentración poblacional en los escasos centros que quedan en esta zona durante la etapa plena de la cultura, paralelo al migratorio.

debieron producirse transformaciones de suficiente hondura como para que en el transcurso de poco más de siglo y medio se dibuje un panorama tan diferente como el que acabamos de presentar. Transformaciones que no sólo son patentes a nivel macroespacial, pues se acompañan de otras tanto en la cultura material –marcadas por la pérdida de protagonismo de las especies de carena resaltada y la aparición de nuevas formas–, como en la arquitectura y organización de los poblados –reflejadas en el paso del sistema constructivo basado en elementos vegetales a construcciones de adobes, y también por la aparición de obras de amurallamiento como síntoma evidente de un cambio en la concepción ideológica del lugar de hábitat, cuando no de ciertas preocupaciones defensivas–.

4. APROXIMACION AL CAMBIO CULTURAL BRONCE-HIERRO EN EL CENTRO DE LA SUBMESETA NORTE

A la luz de los nuevos datos, en las páginas anteriores hemos ido decantando una serie de ideas que a nuestro parecer resumen la probable situación de estas tierras centrales de la Submeseta septentrional al filo del cambio del segundo al primer milenio a. C. y que ahora, antes de intentar reconstruir el proceso seguido, conviene recordar:

1. En el territorio vallisoletano es posible distinguir yacimientos ocupados durante la fase avanzada de Cogotas I. Las cerámicas y manufacturas metálicas parecen fechar estas estaciones desde un momento indeterminado tal vez situado a fines del siglo XII o ya entrado el XI y hasta la primera mitad del siglo X A. C. en cronología calibrada.
2. Al tiempo, otros vasos y metales identifican emplazamientos de la fase Soto inicial o formativo. Esta etapa puede centrarse entre la segunda mitad del s. X y fines del IX o inicios del VIII A. C. en función de sus paralelos con otras áreas peninsulares y de las dataciones radiocarbónicas conocidas.
3. Materiales de Cogotas I avanzado y del Soto formativo se dan cita en no pocos yacimientos de la campiñas del SE. y aun de otros espacios meridionales de la provincia, coincidencias que seguramente indican variopintas situaciones, pero en el fondo todas ellas parecen pruebas de un proceso dinámico de llegada de nuevos tipos cerámicos que sin embargo no rompen la tradición anterior en otras artesanías, como la metalurgia, donde, tanto en la fase de Cogotas I como en la del Soto, parecen convivir la producción local y la llegada de materiales exóticos.
4. Las semejanzas entre los patrones de distribución espacial de los asentamientos del Soto formativo y de Cogotas I avanzado son seguramente evidencia de unos intereses socioeconómicos parejos que se proyectan de forma similar en el paisaje. De otra parte, el acusado contraste que los anteriores mantienen con la fase de plenitud del Soto es la mejor prueba de que un cambio cultural ha tenido lugar a lo largo del periodo estudiado.

En definitiva, las pautas de poblamiento son básicamente idénticas en el Soto inicial y en Cogotas I avanzado; la metalurgia de signo atlántico producida por unos y por otros no muestra signos de ruptura, sino de continuidad; las características de los hábitats, con su falta de arquitecturas en duro, parecen denunciar que ambos grupos culturales tienen una escasa voluntad de permanencia en el espacio, tal vez como consecuencia de un patrón de vida semiestable basado en la ganadería y en una agricultura incapaz todavía de asegurar la fertilidad del suelo por largos periodos de tiempo.

Así las cosas, las ideas tradicionalmente barajadas para entender el paso de Cogotas I al Soto desde enfoques rupturistas quedarían reducidas a dos; a saber: una, el hecho de que hasta el momento no se ha documentado la conexión estratigráfica entre ambas culturas, y dos, la absoluta renovación que se produce en las vajillas. Si tenemos en cuenta que ningún yacimiento con materiales avanzados de Cogotas y antiguos del Soto como los aquí presentados ha sido objeto de excavación, deberemos concluir que el primer argumento resulta bastante capcioso. Por lo que respecta a las cerámicas, pese a que líneas atrás hemos considerado que algunos conjuntos de superficie pueden estar delatando ambientes cerámicos híbridos, no podemos negar que la impresión general es de una ruptura de la tradición alfarera; lo que deberíamos preguntarnos es si un argumento aislado como este, la renovación de uno de los aspectos de la cultura material, recordemos que no ocurre lo mismo con la metalurgia, puede servir para sostener una cesura entre dos culturas sucesivas. Pensamos que no, pues en la secuencia arqueológica no faltan casos donde una aparente revolución en las vajillas no lleva aparejada una explicación rupturista; así, por poner sólo un ejemplo, podríamos fijarnos en la brusca innovación que en este mismo aspecto de la artesanía y dentro del ámbito del Duero Medio marca el paso del Hierro I al II y que hoy nadie se atreve a interpretar como evidencia de una sustitución poblacional, pues ciertamente los otros parámetros en juego apuntan a la continuidad entre las gentes del Soto pleno y las vacceas. Creemos, pues, que el paso de Cogotas I al Grupo Soto se explica mucho mejor si se admite una básica continuidad, idea que ya fue apuntada por otros autores (Romero y Jimeno, 1993: 185-187) y que ahora podemos cimentar sobre bases más firmes. De esta manera, la evidente renovación cerámica no sería sino la manifestación más tangible de un proceso complejo, porque implica a no pocos factores, y dinámico, dada la velocidad con que se produce, que parece característico de los últimos compases del Bronce Final en muchas zonas de la Península Ibérica y aun del continente.

Dentro del ámbito europeo, al menos en su zona central y occidental, abordar el estudio de esta etapa inevitablemente entraña valorar el papel que la expansión de las redes comerciales y la aceleración de los intercambios tuvieron en el proceso. Por lo que se refiere a la Península Ibérica, el hincapié en las pruebas de esta intensificación de las transacciones y en sus consecuencias económicas y sociales se encuentra en la base del trabajo de varios autores, aunque ciertamente cada uno aporta su particular interpretación y adapta el esquema a las características de la zona objeto de estudio. En esta línea podemos encuadrar el no inocente concepto de «precolonización» formulado por Almagro Gorbea (1993a), también podemos ras-

trear estas ideas en algunos de los estudios dedicados al SO. peninsular (Barceló, 1992), en varios artículos referidos a la Submeseta meridional (Blasco, Sánchez y Calle, 1988; Blasco y otros, 1993), al NO. (Fábregas y Ruiz-Gálvez, 1993), al SE. y Levante (González Prats, 1989 y 1992; González y Ruiz-Gálvez, 1989) y, en general, en varios trabajos de Ruiz-Gálvez que aluden a la Península Ibérica, en particular a las áreas meridional y atlántica (Ruiz-Gálvez Priego, 1986, 1990a, 1992a y b, 1993 y 1995a y b). En las últimas décadas, en el ámbito anglosajón estos conceptos han sido entendidos desde esquemas basados en las relaciones «centro/periferia» (Barret, Bradley y Green, 1991; Rowlands, 1994; Kristiansen, 1994), recientemente matizados por Sherratt al introducir el término de «margen» como complemento de los otros dos (Sherratt, 1994), y que en nuestro ámbito han sido aplicados por Ruiz-Gálvez (1995b), señalando cómo en las diferentes fases que atraviesan las relaciones «centro/periferia/margen» en la Europa del Bronce Final la Península Ibérica cumple distintos papeles, pero que en general parece definirse una tendencia a una nueva involucración en el «sistema mundial europeo» de intercambios, de tal modo que en la última etapa, marcada por el desarrollo de redes regionales en áreas que, como nuestra península, en las fases precedentes del Bronce ocupaban posiciones marginales, diversos territorios adquirieron protagonismo impulsando o canalizando relaciones en múltiples direcciones.

A partir de los rasgos comunes marcados por los autores que acabamos de citar, la incorporación de un determinado grupo al proceso señalado, las transformaciones económicas y sociales que ello implica y la consecuente configuración de formas culturales novedosas, son factores que pueden ser incluidos, a salvo de evidentes particularismos, dentro de un esquema general que nos hemos permitido sintetizar en unas pocas líneas: El interés de una economía ya integrada en la red de transacciones por los recursos de una nueva zona parece ser el requisito previo para que esta última se incorpore al sistema. La forma de acceder a esos recursos es establecer alianzas políticas con las élites de los grupos locales que los controlan, cosa que en un momento como este, cuando las relaciones comerciales están basadas en la concepción del bien intercambiado como regalo y en las ideas inherentes de reciprocidad y redistribución, se logra mediante el recurso a los regalos políticos –armas, objetos exóticos, mujeres, etc.–, cuya contraprestación serán los recursos buscados. Pero junto con los regalos también llega a los grupos locales otra mercancía no menos valiosa, la información, en forma de nuevas técnicas –tecnologías para el tratamiento de metales, cultígenos y sistemas de producción agrícola, soluciones arquitectónicas y de cocción cerámica, etc.– y de concepciones ideológicas –valoración de la figura del varón guerrero y de sus símbolos de estatus, nuevas formas de consumo de alimentos, rituales funerarios y de culto, etc.–, que por fenómenos de emulación son incorporados, a veces tras haber sido previamente reinterpretados, a los esquemas culturales locales. Todas estas novedades producen inevitables transformaciones sociales. En las relaciones intergrupales surgen fenómenos de competencia entre las distintas élites con el fin de acaparar los productos y beneficios derivados del comercio. Dentro de los grupos se asiste a un crecimiento de la desigualdad social, pues la distancia entre las élites y el resto del grupo, merced a la

ostentación de los nuevos símbolos de estatus y a la incorporación del nuevo lenguaje ideológico, no hace sino aumentar. Además, a medida que las redes de intercambio se consolidan y son más los productos llegados del exterior, es necesario incrementar la producción, cosa que se logra mediante la aplicación de las nuevas técnicas agrarias, lo que suele llevar consigo un crecimiento demográfico, y mediante una incipiente especialización artesanal con el fin de diversificar los bienes susceptibles de ser comerciados. Con el tiempo, el incremento de la circulación de objetos de prestigio, cada vez más fácilmente asequibles y por tanto con menos valor sociotécnico, la intensificación de la presión demográfica sobre el medio, la creciente desigualdad social, la incipiente división social del trabajo, la aceptación de nuevos valores ideológicos y los fenómenos de emulación acaban por superar la posibilidad de reproducción de la estructura social, dando lugar a nuevas formas culturales que son comunes a buena parte del continente y que por comodidad englobamos bajo la etiqueta de Edad del Hierro. Así, asistimos a fenómenos de sedentarización y territorialización de los distintos grupos humanos; a cambios en la organización interna de los poblados, que hacen uso de arquitecturas estables como prueba de su voluntad de permanencia y posesión del espacio; a la aplicación de agriculturas complejas de arado con uso de abonado, plantas nitrogenantes, parcelaciones y rotaciones de cultivos; al nacimiento de sistemas de intercambio en los que el concepto de regalo ha dado paso al de mercancía y el de redistribución al de beneficio; al hecho de que la desigualdad social precedente, basada en el poder de los gestores de los grupos y en la transmisión hereditaria de las posiciones de privilegio, de paso a una verdadera jerarquización que culminará con las sociedades estratificadas de la plenitud de la Edad del Hierro, donde las diferencias descansan en el desigual acceso a los medios de producción (en la posesión de la tierra); etc.

La idea de aplicar este esquema a nuestro ámbito territorial cuenta al menos con un precedente, pues en uno de sus últimos trabajos Ruiz-Gálvez Priego (1995b: 152) incluye, casi nos atreveríamos a decir que intuitivamente porque las pruebas entonces disponibles eran bastante parcas, un párrafo en el que explica el desarrollo del Grupo Soto en el sentido que estamos considerando. Compartimos con la citada autora la opinión de que este modelo general puede ser también aplicado, con los ajustes necesarios, a esta zona central de la Submeseta Norte, pero contamos con la ventaja de manejar una mayor base documental, aunque todavía escasa en más de un sentido, integrada por los datos del IAV que hemos expuesto y también por los proporcionados por los más recientes estudios. Pues bien, después de esta prelusión, veamos cuáles son las pruebas que a nuestro juicio avalan la proyección de esta interpretación a la zona de estudio.

Es fácil considerar regalos políticos elementos tales como las fíbulas de codo, de clara procedencia centromediterránea, que aparecen en el interior de la Meseta en contextos del Bronce Final. Así se hizo para el ejemplar de La Requejada de San Román de Hornija (Delibes y otros, 1995a: 57-58) y lo mismo cabría decir para la pieza del Soto de Tovilla II (Tudela de Duero). Si aquella se ha supuesto procedente del SO. peninsular, puesto que es el tipo más frecuente en el depósito de la Ría de Huelva, cabe pensar que el ejemplar *ad occhio* de Tudela proceda de esa misma zona

o, más probablemente, del SE. levantino, por ser ahí donde se concentra la mayor parte de sus paralelos ibéricos (Blasco Bosqued, 1987); esta posible vía desde el SE. vendría jalonada además por el ejemplar madrileño de Perales del Río. El carácter de las otras piezas metálicas vallisoletanas es más dudoso, pues aunque sea cierto que el puñal tipo *Porto de Mós* del Soto de Tovilla tiene buenos referentes en la fachada atlántica portuguesa, y lo mismo cabe decir para el ejemplar de Aguasal o para el brazalet de El Rosadal (Amusquillo), lo que en principio hace factible la procedencia exterior de estas piezas, también lo es que en los niveles inferiores de El Soto de Medinilla se están fundiendo metales de tipología atlántica en fechas de la segunda mitad del siglo X o del siglo IX A. C. y que ya antes se hacía lo propio en los poblados de Cogotas I. En otro lugar hemos apuntado también la posibilidad de que los primeros prototipos de los vasitos de carena resaltada lleguen a esta zona como importaciones desde zonas meridionales de la Península, bien directamente desde los espacios costeros o bien desde la Submeseta meridional; algo que, de ser cierto, hemos de entender dentro del sistema de intercambio habitual en este momento. Otra prueba más de las relaciones con las zonas meridionales de la Península es la presencia en la última ocupación de la fase inicial del yacimiento de El Soto de Medinilla, datada a partir de una muestra de C_{14} a fines del IX o inicios del VIII A. C. de la cronología calibrada, de un fragmento de hierro claramente de origen exterior (Delibes y otros, 1995a: 72; 1995c), y cuya arribada tal vez deba considerarse en el marco de estos intercambios.

La asimilación de nuevas tecnologías es una buena prueba de que los contactos, lejos de ser esporádicos, tienen cierta continuidad, y al mismo tiempo avalan que las relaciones políticas con las comunidades transmisoras son lo suficientemente fuertes como para permitir el aprendizaje. En los momentos del Bronce Final se admite en muchas zonas la llegada de nuevos cultígenos y técnicas agrarias que a la postre permitirán la creación de las sociedades sedentarias y agrícolas de la Edad del Hierro. Los recientes estudios encaminados a reconstruir el paleoambiente del primer milenio antes de Cristo en el Valle Medio del Duero han puesto de manifiesto que desde los estadios iniciales del Grupo Soto y a lo largo de toda la Edad del Hierro la agricultura se centra casi exclusivamente en las especies cerealistas de secano, estando prácticamente ausentes las leguminosas y completando la dieta vegetal mediante la recolección de frutos y plantas silvestres (Mariscal Álvarez, 1995; Ruiz Zapata, 1995; Yll, 1995; Cubero Corpas, 1995; Delibes y otros, 1995b: 570-574). Por otro lado, la presencia de una importante cabaña ganadera, dominada por el ganado vacuno y seguida, salvo en el caso excepcional del propio Soto de Medinilla, por los ovicaprinos puede dar pie a considerar la práctica del abonado y del aprovechamiento secundario de bueyes, vacas o caballos como animales de tiro y transporte, como parece deducirse de los procesos patológicos detectados en huesos de estas especies de los conjuntos del Grupo Soto de La Mota y El Soto de Medinilla (Morales y Liesau, 1995), y que tal vez podríamos relacionar con la presencia del arado pesado y del carro.

Algo más clara parece la incorporación en el campo de la metalurgia de una tecnología, cual es la de los moldes de fundición de arcilla, novedosa en la Meseta

y con un magnífico paralelo en el taller del yacimiento alicantino de Peña Negra I (González y Ruiz-Gálvez, 1989: 370-372; Ruiz-Gálvez Priego, 1990b; González Prats, 1992: 245-249, fig. 3, lám. I), aunque también comparezcan en este momento en otras zonas ibéricas ligadas a la metalurgia atlántica, como Portugal (Figueiral y Queiroga, 1988: 143-144, fig. 10). En El Soto de Medinilla estos moldes aparecieron tanto en niveles del Soto I como del II de la vieja secuencia del poblado (Palol y Wattenberg, 1974: 192) y se utilizaron para fabricar diversos objetos –espadas, lanzas, hachas, etc.– enmarcados dentro de la metalurgia del Bronce Final III atlántico; en particular, entre los más antiguos dos son interpretados como un molde de espada y de una posible hacha (Rauret Dalmau, 1976: 135-142, figs. 7, 8 y 9). Nos parece especialmente relevante la presencia de estos moldes en los estratos del Soto I –correspondan estos a la etapa inicial o a los comienzos de la fase plena del poblado– no tan solo porque prueban relaciones estables con las áreas meridionales o atlánticas peninsulares, sino también porque su presencia aquí, en pleno centro de la Submeseta Norte y en fechas absolutamente sincrónicas a las aportadas por el yacimiento crevillentino de Peña Negra, no puede por menos de sorprender, al menos si consideramos que ese taller levantino se ha interpretado en razón de las privilegiadas condiciones del enclave, en plena ruta marítima del comercio del bronce (Ruiz-Gálvez Priego, 1993: 53-56; 1995b: 150), algo extensible también a la fachada portuguesa, pero que en principio se aviene bastante mal con las características de El Soto de Medinilla, aunque, tal y como explicamos en líneas posteriores, puede que en el caso meseteño las causas tampoco se alejen mucho de la práctica comercial.

Merece la pena hacer aquí un inciso para comentar la secuencia de El Soto de Medinilla. Los nuevos trabajos efectuados en el yacimiento han cuestionado la clásica periodización del poblado, proponiéndose que el Soto I de Palol y Wattenberg corresponde en realidad a la etapa de madurez de la secuencia actual y no a la inicial o formativa (Delibes y otros, 1995a: 87); si bien se deja abierta la posibilidad de que el nivel más antiguo de Palol y Wattenberg, el Soto I-1, responda a un posible momento transicional entre las fases formativa y de madurez, dada su convivencia de arquitecturas de postes y de adobes, e incluso de que en realidad los hoyos de este nivel no sean contemporáneos de las estructuras de adobes, sino que pertenezcan a una ocupación anterior no diferenciada por los excavadores (*ibidem*: 85; Delibes, Romero y Ramírez, 1995: 169-170). A falta de la publicación de los materiales arqueológicos recuperados en las antiguas excavaciones, parece que la inclusión del Soto I-1 en la fase inicial o plena de la cultura depende exclusivamente del valor que se de a esa convivencia de cabañas de postes y de adobes que describen Palol y Wattenberg (1974: 106 y fig. 62). En tal sentido, creemos que es significativa la circunstancia de que en el nivel más antiguo de la reciente intervención –undécimo nivel de hábitat– comparezca un banco corrido de adobes dentro de una habitación delimitada por postes, hecho cuya posible relevancia no pasa inadvertida a sus investigadores, quienes no excluyen que en la fase inicial ambos sistemas constructivos fueran conocidos (Delibes y otros, 1995a: 85; Delibes, Romero y Ramírez, 1995: 169). A nuestro juicio, este dato positivo debilita sobremanera el argumento utilizado para asignar el Soto I-1 a la etapa plena, por lo que, al menos mientras no

podamos manejar el dato de la cultura material asociada, somos partidarios de considerar al viejo Soto I-1 como perteneciente al Soto formativo, muy posiblemente, eso sí, a un momento terminal del mismo, y considerar que es la presencia de la muralla del Soto I-2, tal como argumentamos más adelante, la que marca el inicio de la etapa plena, o, si se quiere, la transición entre ambos momentos.

En otro orden de cosas, en la Submeseta Sur se ha relacionado la presencia de cerámicas finas, carenadas y bruñidas con la introducción de hornos de cocción de tiro controlado que permiten cochuras regulares (Blasco, Sánchez y Calle, 1988: 168), tecnología que se supone traída desde áreas del Sur que ya han entablado los primeros contactos con los fenicios. Es posible que lo mismo esté sucediendo en esta zona, pero no podemos pasar por alto dos objeciones: una primera, el hecho de que muchos de los vasos del Cogotas I pleno y final, en especial los decorados, tienen facturas bastante cuidadas y coloraciones resultantes de homogéneas cocciones reductoras, por lo que tal vez tengamos que admitir que la tecnología de cocción había alcanzado ya una alta depuración en los grupos cogotianos; pero es que además, y este es nuestro segundo y más firme objeto, las secuencias y cronologías absolutas de los yacimientos del sur indican que los vasos carenados aparecen antes de que se adquieran las más tempranas importaciones fenicias, y por lo que se refiere a esta zona, las fechas ya comentadas de El Soto de Medinilla nos llevan necesariamente más allá del margen aceptado para los productos fenicios en Iberia.

En este proceso de contactos exteriores y arribada de objetos y tecnologías se supone que también están involucradas concepciones ideológicas que siendo asimiladas por los grupos receptores contribuyen, sin duda decisivamente, a esa cierta homogeneidad en el comportamiento de las sociedades advertida en amplios territorios europeos. Desde diferentes puntos de vista se han señalado entre estas ideas la valoración de la figura del varón guerrero y de sus símbolos de estatus, el consumo colectivo y ritualizado de comida y bebida, la paulatina desaparición de las evidencias funerarias en el paisaje en favor de la significación espacial de los poblados, cada vez más estables, la práctica de ofrendas de armas a las aguas y cambios en los sistemas de filiación parental ligados a agriculturas complejas de arado (Almagro Gorbea, 1993b; Ruiz-Gálvez Priego, 1995b). Pese a que nunca es labor sencilla deducir cambios en la esfera de las ideas a partir de las evidencias de la cultura material, tampoco faltan en esta zona algunas de las pruebas tradicionalmente utilizadas para sostener este argumento. En este sentido, podemos apuntar que la multiplicación de armas a lo largo del Bronce Final III en la Meseta, que parece vincularse a esa figura del guerrero, está evidenciada, en lo que se refiere a las tierras vallisoletanas, por los puñales ya citados del Soto de Tovilla II y La Monja, y por las espadas y puntas de lanza de los moldes de El Soto de Medinilla. Del mismo modo, ya hemos aludido a que las fíbulas de La Requejada y del Soto de Tovilla debieron de cumplir la función de objetos de prestigio social y técnico, e incluso se ha supuesto que el ejemplar de San Román de Hornija sujetaría telas exóticas de tipo túnica (Almagro Gorbea, 1986: 369). Por otro lado, la vinculación entre el caballo y el guerrero también parece entenderse dentro de este marco ideológico, y así ha sido deducida a partir de elementos tales como los supuestos pasarriendas de los

depósitos de Baiões y Huelva (Ruiz-Gálvez Priego, 1995b: 141). Aquí podemos traer a colación el sorprendente protagonismo que este tipo de ganadería tiene en los niveles antiguos de El Soto de Medinilla. Es evidente que algunos de los ejemplares fueron sacrificados para aprovechar su carne y que otros muestran deformaciones propias de esfuerzos de arrastre, mas con todo estas evidencias no pueden ocultar el hecho de que su elevada representatividad dentro del conjunto de la fauna doméstica carece de paralelos en otros yacimientos coetáneos de su entorno y que incluso resulta excepcional dentro de la propia Península Ibérica (Morales y Liesau, 1995). En este sentido, conviene recordar que en una de sus obras más conocidas Marvin Harris (1993: 99-100) expone lo escasamente rentable que resulta criar caballos como fuente de carne y como esta práctica es absolutamente excepcional entre las sociedades tradicionales; en otras palabras, que la ganadería equina dentro de las sociedades productoras sólo secundariamente se destina a la provisión de carne —eliminando excedentes o animales enfermos—, por lo que la motivación principal de su cría responde a otros intereses —guerra, transporte, comercio, estatus social, etc.—. En conclusión, pensamos, y en esto coincidimos con otros autores (Delibes y otros, 1995b: 576), que este patrón debe responder a una demanda de carácter social, una de cuyas posibles explicaciones, como veremos más adelante no la única, es precisamente el suministro de animales a una élite guerrera que cada vez tiene más peso. Finalmente, la detección en una de las mandíbulas recuperadas de un desgaste atribuido a un bocado (Morales y Liesau, 1995: 479 y lám. II) puede estar hablando también en este sentido.

De lo que no tenemos pruebas en el territorio estudiado es de la práctica de rituales colectivos de comida y bebida, que en ámbitos cercanos de la Submeseta parece probada a partir de la presencia de ganchos para carne, asadores y restos de calderos de chapa metálica relacionados con la metalurgia tipo Edward Park del Bronce Final III (Delibes, Fernández y Celis, 1992-93).

A estas alturas de la investigación resulta diáfano que durante el Bronce Final de Cogotas I las manifestaciones funerarias son muy escasas, tanto es así que aquellas conocidas han podido ser interpretadas como deposiciones excepcionales (Delibes y otros, 1995a: 57), tal vez como el inicio de esa tendencia a la desaparición del mundo funerario que se observa en estos momentos en muchas zonas de Europa Occidental y de la Península Ibérica y que desde puntos de vista algo diferentes ya fue destacada por Almagro Gorbea (1993b) y Ruiz-Gálvez Priego (1993 y 1995b). Tendencia que, por otra parte, no hace sino incrementarse con la irrupción del Grupo Soto, cuando la carencia de testimonios llega a ser total, si excluimos los enterramientos infantiles bajo el piso de las habitaciones (Delibes y otros, 1995a: 77-79). Cabe reseñar, no obstante, que recientemente Esparza ha sugerido que el enterramiento de los niños en las cabañas pudiera explicarse como un ritual de exclusión de los no iniciados de la costumbre funeraria común para los adultos, que no sería otra que la incineración, aunque también reconoce la carencia de datos arqueológicos positivos que avalen la práctica de la cremación durante esta época en la zona central del Duero (Esparza Arroyo, 1995: 135-137).

Las consecuencias sociales de todas estas innovaciones tecnológicas e ideológicas son difíciles de rastrear, pero somos de la opinión de que ciertos indicios sí pueden ser interpretados como exponentes materiales de una creciente desigualdad social, que es una de las implicaciones teóricas apuntadas en el modelo. La multiplicación de los objetos de prestigio es ya de por sí uno de estos indicios, pero queremos detenernos en aquellos que parecen apuntar hacia la especialización artesanal y la consecuente división social ante el trabajo.

La fundición del bronce en los niveles antiguos de El Soto de Medinilla puede ser atribuida a dos tipos de autores: bien a esos fundidores atlánticos itinerantes que en su día insinuara Mohen (1980-81: 29), bien a artesanos especializados del propio grupo. Sea como fuere, debemos recapacitar sobre el papel que esta producción metálica tuvo dentro de la comunidad. La escasa entidad del asentamiento de las etapas iniciales del poblado de El Soto de Medinilla, con frágiles construcciones y una extensión que en ningún caso parece sobrepasar las dos hectáreas del *tell* (Escudero Navarro, 1995: 181 y fig. 1), parece casar mal con la idea de una élite lo suficientemente numerosa y cuyas necesidades de aprovisionamiento de armas justificasen por sí solas la existencia de unos artesanos especializados –recordemos que la presencia de moldes de arcilla se identifica con la fundición en serie (Delibes y Romero, 1992: 245)–, aunque sólo lo fueran a tiempo parcial, más aún si tenemos en cuenta que no parece tratarse de una actividad esporádica, pues tiene continuidad en las fases del Soto pleno. Ahora bien, desde luego la cosa cambia si el propósito de estas manufacturas metálicas no es primordialmente la de abastecer a las élites del grupo sino al comercio exterior, entonces sí puede ser rentable –una rentabilidad en términos políticos más que económicos– dedicar parte del esfuerzo de la comunidad a esta actividad; estaríamos ante una artesanía dedicada a producir bienes susceptibles de ser introducidos en las redes comerciales como regalos políticos. Por añadidura, tal vez este papel de la metalurgia puede estar dándonos la clave sobre los recursos que las comunidades foráneas buscaban en esta zona. Es evidente que aquí, en el centro del Valle del Duero, estamos muy alejados de cualquier filón de minerales metálicos, pero es posible que precisamente esta posición central otorgara a los grupos del Soto una gran ventaja en las redes de comunicación e intercambio, actuando como verdaderos intermediarios entre las zonas productoras de minerales de las estribaciones montañosas del norte y oeste de la Submeseta y aquellas que estaban demandando estos recursos metálicos, intercambio que podía basarse en pequeños lingotes como el recientemente documentado en El Soto de Medinilla (Delibes, Romero y Ramírez, 1995: 174), o incluso en objetos elaborados que en las zonas costeras abiertas al comercio mediterráneo podían valorarse sólo como chatarra, es decir, por su contenido en metal³⁴.

³⁴ No queremos extendernos más sobre el papel de la metalurgia en el Grupo Soto puesto que, como ya anunciamos, este tema es objeto de otro artículo actualmente en prensa (Cruz y Quintana, c. p.), pero sí queremos recordar que si hace pocos años Delibes y Fernández Manzano (1991), aceptando entonces las dataciones convencionales, establecían una sugerente relación entre las gentes de Cogotas I y los depósitos metálicos del Bronce Final III del norte de Burgos, León y Palencia, hoy día, dadas las fechas calibradas del Grupo Soto y las propuestas para la metalurgia atlántica por Gómez de Soto (1991), tal relación debería establecerse también, y quizás en parecidos términos, con el Soto inicial.

No abandonamos el poblado de El Soto de Medinilla, pues en esta estación, que es precisamente la única con niveles de Soto inicial excavada en la zona, hay otro indicio de un sector económico con posible orientación comercial y que se mantiene también a lo largo del Soto pleno; nos estamos refiriendo nuevamente a la cabaña equina. Ya expusimos nuestras reservas acerca de que la dedicación primordial de esta ganadería fuera la producción de carne, y que, al contrario, compartíamos la opinión de que respondería a una inquietud social, tal vez vinculada a la idea del varón guerrero. Pues bien, nuevamente podemos dudar de que en el poblado existiese una élite lo suficientemente numerosa como para absorber por sí misma toda la producción, por lo que, como hace poco insinuara Delibes (1995a: 128-129), pensamos que se trata de otra producción especializada en productos para el comercio, en regalos políticos, en este caso vivos, lo cual no excluye, ya lo dijimos, el necesario sacrificio de excedentes.

Otra de las implicaciones sociales del modelo es que el aumento en los intercambios produce una creciente competitividad entre los grupos, cuya primera consecuencia es una intensificación económica que se expresa en una doble dirección: por un lado, lo acabamos de ver, se inicia una producción especializada de bienes para el comercio y, por otro, se asiste a un aumento de la producción de bienes subsistenciales merced a la aplicación de las innovaciones agropecuarias. En esta zona carecemos de análisis paleoambientales a partir de yacimientos de los últimos momentos de Cogotas I, y aquellos recientemente realizados para la Edad del Hierro sugieren, como ya hemos comentado, que, desde sus inicios, el Grupo Soto basó su economía en un monocultivo cerealista completado con una importante cabaña ganadera, sin que haya prácticamente pruebas del uso de plantas nitrogenantes incluso en plena época vaccea, aunque se suponga la práctica del abonado y de la alternancia de cultivos con barbecho (Delibes y otros, 1995b: 570-582). Por tanto, a falta de datos más concluyentes de esta intensificación económica subsistencial, debemos recurrir a sus efectos, es decir, al crecimiento demográfico y al incremento de la presión sobre el medio ambiente, pese a que comprendemos el cuestionable valor que tienen este tipo de argumentos, basados en la utilización indirecta del registro arqueológico.

Ya en otro punto de este artículo expusimos la posibilidad de que el acusado contraste observable entre los patrones de poblamiento de las dos fases del Grupo Soto pueda ser explicado a partir de la relación entre el crecimiento demográfico, la intensificación de la producción y las limitaciones ecológicas del entorno. Así decíamos que probablemente sólo cuando las necesidades de abastecimiento de una población en crecimiento superaron la capacidad de las reducidas áreas fértiles del entorno de los humedales meridionales fue cuando se desencadenó el fenómeno migrador por el que se ocupan, entre otros, los terrenos arcillosos de Tierra de Campos, que ahora, gracias a la nueva tecnología, podían ser explotados a conveniencia. También comentábamos entonces que, significativamente, los únicos yacimientos del Soto inicial que muestran continuidad en la etapa plena se sitúan en nichos ecológicos privilegiados, como son los valles de los ríos más importantes. Este panorama, con unos grupos en movimiento para acceder a nuevas tierras y

otros, en los dominios fluviales, consolidando las bases de un asentamiento permanente, debió estar marcado por una inestabilidad que sienta sus bases tanto en las contradicciones inherentes a un concepto de territorialidad en fase de ensayo, como en las características sociales de los grupos protagonistas, cada vez más jerarquizados y donde la dedicación guerrera de la élite tiene una creciente importancia. Es en medio de este clima de inestabilidad como podemos entender desde un nuevo punto de vista el hecho de que en los momentos finales del Soto inicial o primeros del Soto pleno –recordemos lo dicho páginas atrás sobre la correlación entre la vieja secuencia del poblado y la nueva periodización– los pobladores de El Soto de Medinilla vieran la necesidad de levantar una cerca defensiva que tras su destrucción no se reconstruye (Palol y Wattenberg, 1974: 182-185, fig. 61, láms. XXV–XXVII), quizás porque las causas del desequilibrio político ya habían desaparecido al producirse el definitivo asentamiento de los grupos desplazados en las tierras campiñesas del norte del Duero y en otros espacios libres próximos a los ríos. Aceptada esta probable fase de inseguridad, que desde luego no pudo prolongarse mucho en el tiempo, tal vez no más de unas pocas décadas, es posible rastrear parecidas preocupaciones defensivas a las de El Soto de Medinilla en la evolución de otros yacimientos de este grupo ubicados en entornos fluviales. Por ejemplo, en Tudela de Duero los habitantes del yacimiento de Soto de Tovilla II, enclavado en terreno abierto del fondo del valle, es posible que se trasladaran de forma temporal o definitiva al cercano emplazamiento del Majanón, destacado resalte de la parte superior de las cuevas del páramo que domina buena parte del valle duriense. De igual modo, binomios como los que se pueden establecer entre estaciones como Fuente el Olmo II y La Peñas, en San Martín de Valvení y junto al Pisuerga, Riberilla (La Seca) y La Peña (Tordesillas) o, también junto al Duero, Fuente de La Salud y La Loma, en Pesquera de Duero, tal vez sean también el resultado de inquietudes parecidas. Con todo, no debemos olvidar que los nuevos emplazamientos cumplen también la función de referentes ideológicos de la posesión efectiva de un territorio, algo que debía resultar fundamental en medio de este dinámico proceso de expansión demográfica e incremento de la presión sobre el medio; papel simbólico este que cabe igualmente atribuir a la muralla de El Soto de Medinilla. En definitiva, según esta argumentación, es en última instancia la intensificación económica de las bases subsistenciales de estos grupos, merced a la aplicación de las innovaciones agropecuarias y a las necesidades creadas por la competitividad intergrupala, la que provoca un crecimiento en los efectivos demográficos, un aumento de la explotación y domesticación del paisaje y, finalmente, fenómenos de migración e inseguridad que culminan con la definitiva sedentarización y territorialización de los grupos.

Este cambio en las pautas de asentamiento nos acerca ya al final del proceso, pues es coincidiendo con el paso del Soto inicial al pleno cuando cristalizan la mayor parte de las innovaciones enunciadas para dar forma a una cultura que participa de los rasgos propios de la Primera Edad del Hierro. Tal como hemos dicho, nos parece evidente que el traslado de la población a nuevas zonas se acompaña de la sedentarización y la adscripción de los grupos a un espacio de dominio político y explotación económica. Los poblados, mediante el empleo masivo de la arquitectu-

ra del adobe, se constituyen como los centros de gravedad de un paisaje que ha adquirido la categoría de terrazgo, y es tal su voluntad de permanencia que en no pocos casos su dinámica constructiva lleva a configurar verdaderos *tells*. Esta sedentarización y el incremento en la explotación de la tierra condiciona la aparición de soluciones de almacenamiento de gran capacidad, tales como las despensas o graneros, constatados en El Soto de Medinilla y en otros poblados del Grupo, y los grandes contenedores cerámicos, antes prácticamente ausentes. Aunque no tengamos evidencias materiales, se supone que la nuclearización y el dominio permanente de un espacio trae consigo nuevos sistemas de filiación parental y la aparición de una jerarquización social con posiciones hereditarias basada en el dominio efectivo de la tierra (Ruiz-Gálvez Priego, 1992a; 1995b: 151). De lo que sí hay pruebas es de que los contactos con otras áreas extrameseteñas continúan a lo largo del Soto pleno, baste recordar aquí la aparición de tempranas importaciones de cerámicas ibéricas en La Mota (Medina del Campo), de fauna comensal (*Mus musculus*) tanto en este último yacimiento como en El Soto de Medinilla (Valladolid), o, también en La Mota, de restos de peces y moluscos mediterráneos (Delibes y otros, 1995b). Tampoco podemos olvidar que es en el Soto pleno cuando las relaciones cerámicas con el Valle del Ebro –léase Cortes de Navarra– son más evidentes, aunque por el momento resulta difícil dilucidar el carácter preciso de estas relaciones. De otra parte, la perduración en esta fase de aquellas especializaciones artesanales ya explicadas puede indicarnos la capacidad exportadora de estos grupos, lo que ya no está tan claro es si este comercio sigue estando basado en los regalos o si, por el contrario, la búsqueda del beneficio material se ha introducido ya en las redes de intercambio. Por último, resulta también significativo que sea a partir de estos momentos cuando se produce la definitiva expansión del Grupo Soto hacia sectores periféricos de la Meseta (Esparza Arroyo, 1986: 368 y 387), pues prueba que sus bases económicas y sociales son lo suficientemente dúctiles como para adaptarse a variadas condiciones ecológicas.

Pero vayamos terminando. Después de esta interpretación de los datos, nada ingenua y con seguridad no la única posible, conviene que recordemos el propósito inicial de este artículo, cuyo enunciado queda ya un poco lejos. Según manifestábamos, queríamos aprovechar los nuevos datos obtenidos en la provincia de Valladolid para tratar de iluminar el oscuro paso del Bronce al Hierro en las tierras centrales de la Submeseta Norte. Haciendo uso, desde un determinado enfoque teórico, de esos datos inéditos y de aquellos otros ya bien conocidos por la comunidad científica, hemos defendido a lo largo de estas páginas unas cuantas ideas que queremos recordar una vez más de manera sintética y a modo de colofón:

- a) Lejos de esquemas rupturistas, creemos que el paso de Cogotas I al Soto se puede entender admitiendo una básica continuidad cultural. La similitud en los patrones de poblamiento y el hecho de que la presencia de materiales avanzados de Cogotas I e iniciales del Soto en los mismos enclaves sea un fenómeno frecuente en aquellas zonas en las que ambas etapas están representadas son las mejores pruebas de esta idea. Desde este punto de vista, la ruptura en la tradición cerámica, al igual que sucede en otros momentos de

la secuencia arqueológica, no significa una discontinuidad, sino que sería el reflejo de la llegada y rápida adopción de fuertes influjos culturales procedentes de áreas extrameseteñas, principalmente meridionales.

- b) En torno al cambio de milenio, aproximadamente entre el siglo XI e inicios del VIII A. C. en cronología calibrada, la Submeseta Norte se ve involucrada en un proceso de cambio cultural parejo al que en esos mismos momentos experimentan numerosas zonas de la Península Ibérica y aun del occidente europeo. Este proceso puede ser explicado también aquí acudiendo a un esquema reiteradamente utilizado tanto dentro como fuera de nuestras fronteras y que en última instancia sienta sus bases en la valoración de las transformaciones sociales que acarrea la aceleración de los intercambios del último Bronce Final.
- c) Todo indica que el Soto inicial es una cultura que participa plenamente de las tradiciones de la Edad del Bronce. No sólo su metalurgia y su alfarería tienen sus mejores referentes en otros contextos peninsulares del Bronce Final, sino que lo poco que podemos deducir de su estructura social e incluso de su componente ideológico parece comulgar con las características advertidas en otros grupos coetáneos. Empero, tampoco podemos olvidar que son las innovaciones que ahora se van incorporando las que a la postre configurarán al Soto pleno como un grupo propio de la Edad del Hierro. Nos mostramos por tanto partidarios de considerar al Soto inicial, que en cronología calibrada parece situarse entre aproximadamente la segunda mitad del X y fines del IX o inicios del VIII A. C., como una cultura de la transición Bronce-Hierro que, cual perfecto gozne, enlaza el mundo cogotiano con el paradigma de la Primera Edad del Hierro en este sector central de la Submeseta Norte, el Soto pleno³⁵.

³⁵ Germán Delibes de Castro, Fernando Romero Carnicero, José David Sacristán de Lama y Jorge Santiago Pardo tuvieron la amabilidad de leer el borrador de este texto; sus comentarios y sugerencias mejoraron, tanto en el fondo como en la forma, la versión definitiva que ahora presentamos. Obvio es decir que todos los errores son de nuestra exclusiva responsabilidad.

Tabla 1: Listado de yacimientos vallisoletanos del grupo Cogotas I (Bronce Final)

YACIMIENTO	MUNICIPIO (LOCALIDAD)	COGOTAS I	SOTO FORMATIVO	SOTO PLENO
1. La Monja	Aguasal	P, A	X	
2. Ordoño	Aguasal	I, P		
3. Cotarra Brazuelas (II)	Alcazarén	?	X	
4. Cotarra San Renedo	Aldea de San Miguel	A		
5. La Calzadilla	Almenara de Adaja	P	X	
6. Tejadillos I	Becilla de Valderaduey	P		
7. El Gurugú	Bocos de Duero	I, P		
8. El Rey-Fte. de Boecillo	Boecillo	I, P		
9. Vereda de las Culebras	Boecillo	I, ¿P?		
10. El Llano	Bolaños de Campos	P		
11. Pórragos	Bolaños de Campos	A		
12. Altamira	Cabezón	X		X
13. El Bentril	Campillo, El	¿P?		
14. Traslotero	Casasola de Arión	P		
15. Uncabo	Castrillo de Duero	P		
16. Salinas I	Castromembibre	X		
17. Casajera	Castro nuevo de Esgueva	¿P?		
18. San Martín	Castro nuevo de Esgueva	¿P?		
19. Las Alamedas	Castroño	X		X
20. Mucientes-San Lázaro	Castroño	P		
21. Valdehahorra	Cogeces de Íscar	X		
22. Valimón	Cogeces del Monte	P		
23. Las Pinzas	Curiel	I, ¿P?	?	?
24. Fuente La Reina-La Olma	Fuente-Olmedo	I, P, A	X	
25. Trauteso II	Gallegos de Hornija	P		
26. La Macañorra	Gería	I, P		
27. Chamartín	Íscar	I, P		
28. Las Cotarrillas	Íscar	I, P, ¿A?	X	
29. Los Rompidos	Íscar	I, P		
30. El Tenderín-Las Cubas	Laguna de Duero	I, P	X	X
31. Eras de los Perros	Llano de Olmedo	P	X	
32. Los Quinzales	Llano de Olmedo	P		
33. Las Cuevas I	Matapozuelos	P		
34. Granja de Béjar: Los Morales	Mayorga	P		
35. Cerro de San Andrés	Medina de Rioseco	P		X
36. Medina de Rioseco	Medina de Rioseco	P		X
37. La Mota	Medina del Campo	¿P?, P		X
38. Valdechiva	Medina del Campo	P		

YACIMIENTO	MUNICIPIO (LOCALIDAD)	COGOTAS I	SOTO FORMATIVO	SOTO PLENO
39. Las Quintanas III	Medina del Campo (Gomeznarro)	P		
40. Cotarra de la Ermt. de la Encina	Megeces	P		
41. El Pino-La Horca	Montemayor de Pililla	I, P		
42. Los Pinos del Cubo	Montemayor de Pililla	I	?	
43. El Badén-Los Barriales	Mota del Marqués	X		
44. La Horca	Mucientes	I		
45. Los Cercados I-El Palomar	Mucientes	X		
46. Piedrahita	Mucientes	¿I?, P		
47. La Soncierna II	Nueva Villa de las Torres	I, P		
48. Zurita	Olivares de Duero	I		
49. Dehesa de Doña María	Olmedo	I, P, A	X	
50. Cotarra Santiago	Pedraja de Portillo, La	I, P		
51. El Vadillo	Pedraja de Portillo, La	I, P		
52. Cotarra Manteca	Pedrajas de San Esteban	P		
53. La Dehesa	Pedrajas de San Esteban	I, P, A	X	
54. Prado Esteban	Pedrajas de San Esteban	P		
55. Los Calvillos II - El Barrero	Pollos	I, ¿P?	?	?
56. El Cerezo	Portillo	P, ¿A?	X	
57. San Antón II	Pozal de Gallinas	I, P		
58. Valdelacasa II-III	Pozal de Gallinas	P		
59. Teso de La Horca y El Cuchillo	Pozuelo de La Orden	P		
60. El Cementerio	Quintanilla de Onésimo	I		
61. El Soto	Renedo	I	?	
62. Las Peñas	San Martín de Valvení	P		X
63. Casa Caída	San Román de Hornija	P		
64. La Requejada	San Román de Hornija	P, A	?	?
65. La Rinconada	San Román de Hornija	P		
66. Los Bañezos	San Román de Hornija	P		
67. El Roble	Santibáñez de Valcorba	I, P		
68. Valdecelada III	Santibáñez de Valcorba	P		
69. El Nogalillo	Santovenia de Pisuerga	P, A		
70. Santovenia de Pisuerga	Santovenia de Pisuerga	¿P?		
71. Fuente de La Miel	Seca, La	I, P		
72. El Batán	Simancas	P	X	
73. Los Parrales	Simancas	P		
74. Carricastro	Tordesillas	P		
75. Juan de Rojas	Tordesillas	P		
76. Canteras I	Torreçilla de la Orden	I, P		
77. Peroles	Torrelobatón	P		
78. Soto de Tovilla I	Tudela de Duero	I, P		

YACIMIENTO	MUNICIPIO (LOCALIDAD)	COGOTAS I	SOTO FORMATIVO	SOTO PLENO
79. Soto de Tovilla II	Tudela de Duero	I, P, A	X	
80. El Lomo	Valdestillas	P		
81. El Matacán-La Pedorrera	Valdestillas	P	X	
82. Cotarrillas	Valladolid	I, P		
83. S. Pedro Regalado-Valladolid	Valladolid	P		
84. El Berral	Velilla	P		
85. Las Monjas	Villalar de los Comuneros	P		
86. La Ermita	Villalbarba	I, P		
87. Aniago	Villanueva de Duero	P		
88. El Palacio I	Villarmentero de Esgueva	P		

NOTA: En este listado se recogen los yacimientos vallisoletanos del Grupo Cultural Cogotas I correspondientes al Bronce Final, es decir, se excluyen los del horizonte Cogeces o fase Proto-Cogotas I, que básicamente se encuadran dentro del Bronce Medio o Pleno. De esta manera, las fases de Cogotas I se indican con las siguientes iniciales: **I** (inicial), **P** (plenitud) y **A** (avanzada); por su parte, el signo de interrogación señala con su ausencia o presencia el mayor o menor grado de certidumbre.

En el Grupo Soto, las atribuciones seguras aparecen marcadas con una «X», y el signo de interrogación señala, cuando aparece en las dos casillas del Grupo, que ese yacimiento se puede atribuir a la Primera Edad del Hierro pero que los argumentos son insuficientes para precisar la fase o fases representadas; por el contrario, cuando aparece sólo en una casilla indica la posibilidad más o menos firme de que esa determinada fase esté presente en el yacimiento.

Tabla 2: Listado de yacimientos vallisoletanos del grupo Soto

YACIMIENTO	MUNICIPIO (LOCALIDAD)	COGOTAS I	SOTO FORMATIVO	SOTO PLENO
1. La Monja	Aguasal	P, A	X	
2. Aguilar de Campos	Aguilar de Campos			X
3. Cotarra Brazuelas (II)	Alcazarén	?	X	
4. Los Hornos	Alcazarén		?	X
5. La Judía	Aldea de San Miguel		?	?
6. La Calzadilla	Almenara de Adaja	P	X	
7. El Rosadal	Amusquillo		X	
8. Pico de Santa Cruz	Amusquillo			X
9. Cerralbo	Becilla de Valderaduey			X
10. Gonzalín I	Becilla de Valderaduey			X
11. Pedradilla II	Becilla de Valderaduey			X
12. San Salvador	Becilla de Valderaduey			X
13. Tejadillos II	Becilla de Valderaduey			X
14. Teso del Palo	Berrueces			X
15. Antanillas	Bolaños de Campos			X
16. El Llano	Bolaños de Campos			?
17. Altamira	Cabezón	X		X
18. La Ermita-El Cementerio	Cabezón			X
19. El Fanego de las Sepulturas	Casasola de Arión		?	?
20. La Navas	Casasola de Arión		?	?
21. Camino del Cementerio	Castrillo-Tejeriego		X	
22. Castrobol	Castrobol			X
23. El Villar	Castrodeza			X
24. Los Villares	Castromembibre			X
25. Santa Cruz	Castromembibre			X
26. El Cotarrón	Castro nuevo de Esgueva			X
27. Las Quintanas	Castro nuevo de Esgueva			X
28. Casa del Barquero	Castroño			X
29. La Muela-Castroño	Castroño			X
30. Las Alamedas	Castroño	X	?	?
31. Los Tejos	Castroponce			X
32. Ceinos de Campos	Ceinos de Campos			X
33. La Malena	Cogeces de Íscar		?	?
34. Carrapalazuelo I	Cuenca de Campos			X
35. Cuenca de Campos	Cuenca de Campos			X
36. Hustillejos	Cuenca de Campos			X
37. Teso del Cementerio	Cuenca de Campos			X
38. Fuente La Reina-La Olma	Fuente-Olmedo	I, P, A	X	

YACIMIENTO	MUNICIPIO (LOCALIDAD)	COGOTAS I	SOTO FORMATIVO	SOTO PLENO
39. Los Casares	Fuente-Olmedo		X	
40. Las Herrenes-Gatón de Campos	Gatón de Campos			X
41. Tras del Arco-Las Eras	Herrín de Campos			X
42. Las Cotarrillas	Íscar	I, P, ¿A?	X	
43. Navanacia	Íscar		X	
44. Santibáñez	Íscar		X	
45. El Tenderín-Las Cubas	Laguna de Duero	I, P	X	X
46. Canales	Llano de Olmedo		X	
47. Eras de los Perros	Llano de Olmedo	P	X	
48. Sieteiglesias	Matapozuelos			X
49. Teso Miravete	Mayorga			X
50. Cerro de San Andrés	Medina de Rioseco			X
51. Cobalto	Medina de Rioseco (Palacios de Campos)			X
52. Medina de Rioseco	Medina de Rioseco			X
53. Sangradera I	Medina de Rioseco			X
54. Teso de Las Cabañas	Medina de Rioseco			X
55. La Mota	Medina del Campo	¿I?, P		X
56. Los Mártires II	Medina del Campo		X	
57. El Ciruelo	Medina del Campo (Gomeznarro)		X	
58. Hoyo de la Mota-La Rejalgada	Medina del Campo (Gomeznarro)		?	?
59. Las Quintanas II	Medina del Campo (Gomeznarro)		X	
60. Melgar de Abajo	Melgar de Abajo			X
61. El Castro - El Palacio	Melgar de Arriba			X
62. Verdejo	Mojados		X	
63. Montealegre	Montealegre			X
64. Los Pinos del Cubo	Montemayor de Pililla	I	?	
65. Teso del Vellón	Moral de la Reina			X
66. Cuestacastro	Mota del Marqués			X
67. El Badén-Los Barriales	Mota del Marqués	X		X
68. Granja San Ignacio	Mota del Marqués			X
69. Teso Valcuevo	Mota del Marqués			X
70. Camino del Árbol	Mucientes		?	?
71. El Cesto I	Nueva Villa de las Torres		?	?
72. La Trinchera	Olivares de Duero			X
73. Cuesta Redonda	Olmedo			X
74. Dehesa de Doña María	Olmedo	I, P, A	X	
75. Fuente del Botal	Palazuelo de Vedija			X
76. La Zapatilla	Pedraja de Portillo, La		X	
77. La Dehesa	Pedrajas de San Esteban	I, P, A	X	
78. Santa Cruz	Peñafiel			X

YACIMIENTO	MUNICIPIO (LOCALIDAD)	COGOTAS I	SOTO FORMATIVO	SOTO PLENO
79. Las Quintanas-Carralaceña	Peñafiel (Padilla de D.)- Pesquera de Duero			X
80. Fuente de la Salud	Pesquera de Duero		X	
81. La Loma	Pesquera de Duero			X
82. Dehesa de Jaramiel	Piñel de Abajo		?	?
83. El Paredón	Piñel de Arriba			?
84. Los Calvillos II - El Barrero	Pollos	I, ¿P?	?	?
85. El Cementerio	Portillo		?	?
86. El Cerezo	Portillo	P, ¿A?	X	
87. El Lucero	Pozal de Gallinas		X	X
88. San Antón I	Pozal de Gallinas			X
89. El Soto	Renedo	I	?	
90. Fuente El Olmo II	San Martín de Valvení		X	
91. Las Peñas	San Martín de Valvení	P		X
92. La Requejada	San Román de Hornija	P, A	?	?
93. La Ermita	San Salvador			X
94. Las Guadañas	San Salvador		?	?
95. El Rey	Santervás de Campos		?	?
96. Los Huesos	Santervás de Campos			X
97. El Moral	Santovenia de Pisuerga		?	?
98. Riberilla	Seca, La		X	
99. El Batán	Simancas	P	X	
100. La Peña	Simancas			X
101. Simancas	Simancas		X	X
102. Ermt. Nª Señora de Tiedra	Tiedra			X
103. El Castillo	Tordehumos			X
104. La Moraleja I	Tordesillas		X	
105. La Peña	Tordesillas			X
106. Las Quintanas	Torrelobatón			X
107. Pago de Grimata	Torrelobatón			X
108. Teso Nevera-El Castillo	Torrelobatón			X
109. El Carrizal	Traspinedo		X	X
110. El Brizo	Tudela de Duero (Herrera de Duero)		X	
111. El Majanón	Tudela de Duero			X
112. Pico Mambra I	Tudela de Duero			X
113. Soto de Tovilla II	Tudela de Duero	I, P, A	X	X
114. Aguilera	Valbuena de Duero		X	?
115. El Matacán-La Pedorrera	Valdestillas	P	X	
116. Las Quintanas	Valoria la Buena			X

YACIMIENTO	MUNICIPIO (LOCALIDAD)	COGOTAS I	SOTO FORMATIVO	SOTO PLENO
117. Pico Muedra II	Valoria la Buena		?	X
118. Zorita	Valoria la Buena			X
119. La Pelaya	Valoria la Buena-Dueñas			X
120. Fuente La Mora	Valladolid		X	
121. Pago de Gorrita	Valladolid			X
122. El Soto de Medinilla	Valladolid		X	X
123. El Juncal	Velascálvaro		?	?
124. Priorato de Duero	Villabáñez		X	
125. Viñas de Abajo	Villabáñez		X	
126. La Mota	Villacarralón			X
127. La Hojica-Las Quintanas II	Villacid de Campos			X
128. Teso Mimbres	Villagarcía de Campos			X
129. El Tejadillo	Villalbarba		?	?
130. Villafeliz	Villalbarba			X
131. El Castañal	Villalón de Campos			X
132. Fuentes I	Villalón de Campos			X
133. Huerta Abajo I	Villalón de Campos			X
134. El Espino	Villanueva de Duero		?	?
135. El Castillo	Villanueva de la Condesa			X
136. Pampliega	Villarmentero de Esgueva		X	
137. Las Quintanas	Villavicencio de Los Caballeros			X
138. Molino de Arriba I	Villavicencio de Los Caballeros			X

NOTA: Las atribuciones seguras de los yacimientos del Grupo Soto aparecen marcadas con una «X», y el signo de interrogación señala, cuando aparece en las dos casillas del Grupo, que ese yacimiento se puede atribuir a la Primera Edad del Hierro pero que los argumentos son insuficientes para precisar la fase o fases representadas; por el contrario, cuando aparece sólo en una casilla indica la posibilidad más o menos firme de que esa determinada fase esté presente en el yacimiento.

En la casilla referida al Grupo Cultural Cogotas I se hace referencia exclusivamente al Bronce Final, es decir, se excluyen las posibles coincidencias con materiales de la fase Proto-Cogotas I u horizonte Cogeces, que básicamente se encuadran dentro del Bronce Medio o Pleno. De esta manera, las fases de Cogotas I se indican con las siguientes iniciales: **I** (inicial), **P** (plenitud) y **A** (avanzada); por su parte, el signo de interrogación señala con su ausencia o presencia el mayor o menor grado de certidumbre y la **X** la falta de argumentos para diferenciar la fase o fases representadas.

BIBLIOGRAFIA

- ALMAGRO GORBEA, M. (1986), «Bronce Final y Edad del Hierro. La formación de las etnias y culturas Prerromanas», en Jordá Cerdá, F. y otros, *Historia de España. I. Prehistoria*, Madrid: 341-352.
- (1993)a, «La introducción del hierro en la Península Ibérica. Contactos precoloniales en el periodo Protorientalizante», *Complutum*, 4: 81-94.
- (1993)b, «Los Celtas en la Península Ibérica: origen y personalidad cultural», en Almagro Gorbea, M. y Ruiz Zapatero, G. (Eds.), *Los Celtas: Hispania y Europa*, Madrid: 121-173.
- ALMAGRO GORBEA, M. y FERNÁNDEZ GALIANO, D. (1980), *Excavaciones en el Cerro Ecce Homo (Alcalá de Henares, Madrid)*, Monografías de Arqueología de la Diputación Provincial de Madrid, 2, Madrid.
- ÁLVAREZ CLAVIJO, P. y PÉREZ ARRONDO, C. L. (1987), *La cerámica excisa de la Primera Edad del Hierro en el Valle Alto y Medio del Ebro*, Historia 8, Logoño.
- ARRANZ MÍNGUEZ, J. A.; GÓMEZ PÉREZ, A.; SÁNCHEZ SIMÓN, M. y BELLIDO BLANCO, A. (1993), «El Teso de la Macañorra (Geria, Valladolid), un poblado de la Edad del Bronce en la Cuenca Media del Duero», *Nvmantia. Arqueología en Castilla y León*, 4: 75-92.
- ARRANZ SANTOS, C. (1995), *Villa y Tierra de Íscar*. Valladolid.
- ARTEAGA, O. y SERNA, M. R. (1975), «Los Saladares-71». *Noticiario Arqueológico Hispánico, Arqueología*, 3: 7-140.
- AUBET SEMMLER, M.^a E.; REMEDIOS SERNA, M.^a; ESCARACENA, J. L. y RUIZ DELGADO, M. (1983), *La Mesa de Setefilla. Lora del Río (Sevilla). Campaña de 1979*. Excavaciones Arqueológicas en España, n.º 122.
- BALADO PACHÓN, A. (1989), *Excavaciones en Almenara de Adaja: El poblamiento prehistórico*. Valladolid.
- BARCELÓ, J. A. (1992), «Una interpretación socioeconómica del Bronce Final en el sudoeste de la Península Ibérica». *Trabajos de Prehistoria*, 49: 259-275.
- BARRET, J.; BRADLEY, R. y GREEN, M. (1991), *Landscape, Monuments and Society. The Prehistory of Cronborne Chase*. Cambridge.
- BARROSO BERMEJO, R. M. (1993), «El Bronce Final y la transición a la Edad del Hierro en Guadalajara». *Wad-Al-Hayara*, n.º 20: 9-44.
- BENET, N. (1990), «Un vaso pintado y tres dataciones de C-14 procedentes del Cerro de San Pelayo (Martinamor, Salamanca)». *Nvmantia. Arqueología en Castilla y León*, III: 77-94.
- BLASCO BOSQUED, M. C. (1987), «Un ejemplar de fíbula de codo “ad occhio” en el valle del Manzanares», *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 23: 18-28.
- BLASCO BOSQUED, C.; LUCAS DE VIÑAS, R. y ALONSO SÁNCHEZ, A. (1991), «Excavaciones en el poblado de la Primera Edad del Hierro del Cerro de San Antonio (T. M. Madrid)», *Arqueología, Paleontología y Etnografía*, 2, Madrid: 9-187.
- BLASCO BOSQUED, M.^a C.; SÁNCHEZ CAPILLA, M. L. y CALLE PARDO, J. (1988), «Madrid en el marco de La Primera Edad del Hierro en la Península Ibérica». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 15: 139-182.
- BLASCO, M.^a C.; BAENA, F. J.; MILLÁN, M. A.; BENÉITEZ, P.; ESPAÑA, E. y CALDERÓN, T. (1993), «El Hierro Antiguo en el Alto Tajo. Aproximación cultural y marco

- cronológico apoyado en cuatro fechas de termoluminiscencia del yacimiento de La Capellana». *Madrider Mitteilungen*, 34: 48-69.
- CALONGE CANO, G. (1995)a, «Rasgos básicos del medio físico correspondiente al territorio vacceo del valle medio del Duero», en Delibes, G.; Romero, F. y Morales, A. (Eds.), *Arqueología y Medio Ambiente. El Primer Milenio a. C. en el Duero Medio*. Valladolid: 19-46.
- (1995)b, «Interpretación de los resultados de las investigaciones medioambientales y arqueológicas y su relación con el pretérito espacio físico vacceo del valle medio del Duero», en Delibes, G.; Romero, F. y Morales, A. (Eds.), *Arqueología y Medio Ambiente. El Primer Milenio a. C. en el Duero Medio*. Valladolid: 529-539.
- CARRASCO RUS, J.; PASTOR MUÑOZ, M. y PACHÓN ROMERO, J. A. (1982), «Cerro de la Mora I (Moraleta de Zafayona, Granada). Excavaciones de 1979». *Noticuario Arqueológico Hispánico*, 13: 7-164.
- CARRASCO, J.; PACHÓN, J. A.; PASTOR, M. y GAMIZ, J. (1987), *La Espada del Cerro de la Mora y su contexto arqueológico. Nuevas aportaciones para el conocimiento de la metalurgia del Bronce Final en el Sureste Peninsular*. Zafayona, Granada.
- CASTRO MARTÍNEZ, P. V.; MICÓ PÉREZ, R. y SANAHUJA YLL, M^a E. (1995), «Genealogía y cronología de la “Cultura de Cogotas I” (El estilo cerámico y el grupo de Cogotas I en su contexto arqueológico)». *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LXI: 51-118.
- CELIS SÁNCHEZ, J. (1993), «La secuencia del poblado de la Primera Edad del Hierro de “Los Cuestos de la Estación”, Benavente (Zamora)», en F. Romero, C. Sanz y Z. Escudero (Eds.), *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la Cuenca Media del Duero*. Valladolid: 93-132.
- COELHO FERREIRA DA SILVA, A. y VARELA GOMES, M. (1992), *Proto-História de Portugal*. Lisboa.
- CRESCO CANO, M.^a L. (1992), «Pico Buitre y el Bronce Final en el Valle del Henares», en Valiente Malla (Ed.), *La celtización del Tajo Superior. Memorias del Seminario de Historia Antigua de la Universidad de Alcalá de Henares, III*: 56-65.
- CRUZ SÁNCHEZ, P. J. y QUINTANA LÓPEZ, J. (e. p.), «Reflexiones sobre la metalurgia de Baiões-Vénat en el interior de la Submeseta Norte y su relación con los contextos del tránsito del Bronce al Hierro». *II Congreso de Arqueología Peninsular*, Zamora, 24 a 27 de septiembre de 1996.
- CUBERO CORPAS, C. (1995), «Estudio paleocarpológico de yacimientos del valle medio del Duero», en Delibes, G.; Romero, F. y Morales, A. (Eds.), *Arqueología y Medio Ambiente. El Primer Milenio a. C. en el Duero Medio*. Valladolid: 371 - 394.
- CHAVES TRISTÁN, F. y BANDERA, M. L. DE LA (1986), «Figürlich verzierte Keramik aus dem Guadalquivirgebiet. Die Funde von Montemolín (bei Marchena, Sevilla)», *Madrider Mitteilungen*, 27: 117-150.
- DELIBES DE CASTRO, G. (1978), «Una inhumación triple de la facies Cogotas I en San Román de Hornija (Valladolid)», *Trabajos de Prehistoria*, 35: 225-250.
- (1988), «La Edad del Bronce», en Delibes, G.; Esparza, A.; García Soto, E.; López Rodríguez, J. R. y Mariné M., *La colección arqueológica del Padre Satorio González en Santo Domingo de Silos*, Burgos: 33-113.
- (1995)a, «El Amanecer de la Historia», en García Simón, A. (Dir.), *Historia de una Cultura, I*. Valladolid: 71-131.
- (1995)b, «Del Neolítico al Bronce», en Mariné, M. (Coord.), *Historia de Ávila I. Prehistoria e Historia Antigua*, Avila: 21-90.

- DELIBES DE CASTRO, G. y FERNÁNDEZ MANZANO, J. (1991), «Relaciones entre Cogotas I y el Bronce Final Atlántico en la Meseta española», en Chevillot, Ch. y Coffyn, A. (Dir.), *L'Age du Bronze Atlantique. Ses faciès, de L'Ecosse à L'Andalousie et leurs relations avec le Bronze Continental et la Méditerranée, actes du 1er. Colloque du Parc Archéologique de Beynac*, Beynac, 1990, Beynac: 203-212.
- DELIBES DE CASTRO, G.; FERNÁNDEZ MANZANO, J. y CELIS SÁNCHEZ, J. (1992-93), «Nuevos “ganchos de carne” prehistóricos en la Península Ibérica». *Tabona*, VIII, tomo II: 417-434.
- DELIBES DE CASTRO, G.; FERNÁNDEZ MANZANO, J. y RODRÍGUEZ MARCOS, J. A. (1990), «Cerámica de la plenitud Cogotas I: El yacimiento de San Román de Hornija (Valladolid)». *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LVI: 64-105.
- DELIBES DE CASTRO, G. y FERNÁNDEZ-MIRANDA, M. (1986-87), «Aproximación a la cronología del grupo Cogotas I», *Actas del Coloquio Internacional sobre la Edad del Hierro en la Meseta Norte*, Salamanca, 1984, *Zephyrus XXXIX-XL*: 17-30.
- DELIBES DE CASTRO, G. y ROMERO CARNICERO, F. (1992), «El último Milenio a. C. en la Cuenca del Duero. Reflexiones sobre la secuencia cultural», en Almagro-Gorbea, M. y Ruiz Zapatero, G. (Eds.), *Paleoetnología de la Península Ibérica, Actas de la Reunión celebrada en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense*, Madrid, 13-15 de diciembre, 1989. *Complutum*, 2-3: 233-258.
- DELIBES DE CASTRO, G.; ROMERO CARNICERO, F. y RAMÍREZ RAMÍREZ, M.^a L. (1995), «El poblado “céltico” de El Soto de Medinilla (Valladolid). Sondeo estratigráfico de 1989-90», en Delibes, G.; Romero, F. y Morales, A. (Eds.), *Arqueología y Medio Ambiente. El Primer Milenio a. C. en el Duero Medio*. Valladolid: 149-177.
- DELIBES DE CASTRO, G.; ROMERO CARNICERO, F.; SANZ MÍNGUEZ, C.; ESCUDERO NAVARRO, Z. y SAN MIGUEL MATÉ, L. C. (1995)a: «Panorama Arqueológico de la Edad del Hierro en el Duero Medio», en Delibes, G.; Romero, F. y Morales, A. (Eds.), *Arqueología y Medio Ambiente. El Primer Milenio a. C. en el Duero Medio*. Valladolid: 49-146.
- DELIBES, G.; ROMERO, F.; ESCUDERO, Z.; SANZ, C.; SAN MIGUEL, L. C.; MARISCAL, B.; CUBERO, C.; UZQUIANO, P.; MORALES, A.; LIESAU, C. y CALONGE, G. (1995)b: «El medio ambiente durante el primer milenio a. C. en el valle medio del Duero», en Delibes, G.; Romero, F. y Morales, A. (Eds.), *Arqueología y Medio Ambiente. El Primer Milenio a. C. en el Duero Medio*. Valladolid: 543- 582.
- DELIBES DE CASTRO, G.; ROMERO CARNICERO, F.; FERNÁNDEZ MANZANO, J.; RAMÍREZ RAMÍREZ, M.^a L.; MISIEGO TEJEDA, J. C. y MARCOS CONTRERAS, G. J. (1995)c, «El tránsito Bronce Final-Primer Hierro en el Duero Medio. A propósito de las nuevas excavaciones en El Soto de Medinilla (Valladolid)». *Homenaje a Ana María Muñoz Amilibia. Verdolay*, 7: 145-158.
- DUNNELL, R. C. (1992), «The Notion Site», en Rossignol, J. y Wandsnider, L. A. (Eds.), *Space, Time and Archaeological Landscapes*. Nueva York: 21-41.
- DUNNELL, R. C. y DANCEY, W. S. (1983), «The siteless survey: a regional scale data collection strategy», en Schiffer, M. B. (Ed.), *Advances in Archaeological Method and Theory*, 6. Nueva York: 267-287.
- ESCUDERO NAVARRO, Z. (1995), «Nuevos estudios sobre el poblado vacceo de «El Soto de Medinilla» (Valladolid)», en Delibes, G.; Romero, F. y Morales, A. (Eds.), *Arqueología y Medio Ambiente. El Primer Milenio a. C. En el Duero Medio*. Valladolid: 179-217.

- ESPARZA ARROYO, A. (1986), *Los castros de la Edad del Hierro del noroeste de Zamora*. Zamora.
- (1995), «La Primera Edad del Hierro», en Delibes, G.; Moreta, S.; Gutiérrez, J. I. y Mateos, M. A. (Coords.), *Historia de Zamora. Tomo I. De los orígenes al final del Medioevo*. Zamora: 101-149.
- ESPINOSA FAJARDO, C. y CRESPO CANO, M.^a L. (1988), «Un yacimiento de transición del Bronce al Hierro en Alovera (Guadalajara)». *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha*, Ciudad Real, 1986. *Tomo III. Pueblos y culturas prehistóricas y protohistóricas (2)*: 247-256.
- FIGUEIRAL, I. M. y QUEIROGA, F. (1988), «Castelo de Matos», *G.E.A.P. Arqueologia*, 17: 137-150.
- FÁBREGAS VALCARCE, R. y RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M. (1993), «Ámbitos funerario y doméstico en la Prehistoria del Noroeste de la Península Ibérica», *Zephyrus*, XLVI: 143-159.
- FERNÁNDEZ MANZANO, J. (1986), *Bronce Final en la Meseta Norte española: el utillaje metálico*, Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León. Monografías, Almazán.
- (1993), «Los tiempos prehistóricos», en Valdeón Baroque, J. (Coord.), *Valladolid en El Mundo. La Historia de Valladolid*. Valladolid: 5-20.
- FERNÁNDEZ MANZANO, J. y PALOMINO LÁZARO, A. L. (1992), «Cogotas I en Tierra de Campos: el yacimiento de Pórragos en Bolaños (Valladolid)», *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LVII: 63-73.
- FERNÁNDEZ-POSSE Y DE ARNAIZ, M. D. (1986), «La Cultura de Cogotas I», *Actas del I Congreso de Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, Cuevas de Almazora, 1984. Sevilla: 475-487.
- FOLEY, R. (1981), «Off-site Archaeology: An Alternative Approach for the Short-sited», en Hodder, I.; Isaac, G. y Hammond, N. (Eds.), *Pattern of the Past. Studies in Honour of David Clarke*. Cambridge: 157-183.
- GALLANT, T. W. (1986), «Background Noise and Site Definition: a Contribution to Survey Methodology». *Journal of Field Archaeology*, n.º 13: 403-418.
- GARCÍA-GELABERT, M. P. y MORERE, N. (1984), «Asentamientos de la fase Cogotas I en la provincia de Segovia», *Archivo Español de Arqueología*, 57: 155-166.
- GÓMEZ DE SOTO, J. (1991), «Le fondeur, le trafiquant et les cuisiniers. La broche d'Amathonte de Chypre et la chronologie absolue du Bronze Final Atlantique», en Chévillet, Ch. y Coffyn, A. (Dirs.), *L'Age du Bronze Atlantique. Ses faciès, de L'Ecosse à L'Andalousie et leurs relations avec le Bronze Continental et la Méditerranée, actes du Ier. Colloque du Parc Archéologique de Beynac*, Beynac, 1990, Beynac: 369-373.
- GONZÁLEZ-TABLAS SASTRE, F. J. (1986-87), «Transición a la segunda Edad del Hierro», *Actas del Coloquio Internacional sobre la Edad del Hierro en la Meseta Norte*, Salamanca, 1984. *Zephyrus*, XXXIX-XL: 49-57.
- GONZÁLEZ PRATS, A. (1989), «Ultimas aportaciones de las excavaciones realizadas en La Peña Negra (1983-1987) al Bronce Final y Hierro Antiguo del Sudeste y País Valenciano». *XIX Congreso Nacional de Arqueología, Castellón, 12 a 17 de diciembre de 1987*. Zaragoza: 467-475:
- (1990), *Nueva luz sobre la Protohistoria del Sudeste*. Alicante.
 - (1992), «Una vivienda metalúrgica en la Peña Negra (Crevillente-Alicante). Aportaciones al conocimiento del Bronce Atlántico en la Península Ibérica». *Trabajos de Prehistoria*, 49: 243-257.

- GONZÁLEZ PRATS, A. y RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M. (1989), «La metalurgia de Peña Negra en su contexto del Bronce Final del Occidente europeo». *XIX Congreso Nacional de Arqueología, Castellón, 12 a 17 de diciembre de 1987*. Zaragoza: 367-376.
- GUTIÉRREZ LLORET, S. (1991), «Panes, hogazas y fogones portátiles, dos formas cerámicas destinadas a la cocción del pan en Al-Andalus: El hornillo (Tannur) y el plato (Tabag)». *Lucentum*, IX-X: 161-175.
- HARRIS, M. (1993), *Bueno para comer*. Madrid.
- HIPÓLITO CORREIA, V. (1993), «Os materiais pré-romanos de Conímbriga e a presença fenícia no Baixo Vale do Mondego», *Os Fenícios No Território Português. Estudos Orientais*, IV: 229-284.
- JUSTE ARRUGA, M. N. (1990), *El poblamiento de la Edad del Bronce y primera Edad del Hierro en Mora de Rubielos (Teruel)*. Monografías Arqueológicas del S.A.T., 3. Teruel.
- KRISTIANSEN, K. (1994), «The Emergence of the European World System in the Bronze Age: Divergence, Convergence and Social Evolution during the First and Second Millennia BC in Europe», en Kristiansen, K. y Jensen, J., *Europe in the First Millenium BC*. Sheffield: 7-30.
- LÓPEZ PALOMO, L. A. (1981), «Alhonor (Excavaciones de 1973 a 1978)». *Noticario Arqueológico Hispánico*, 11: 33-188.
- LORENZO MAGALLÓN, I. (1985-86), «Avance sobre las excavaciones del yacimiento de San Jorge (Plou)», *Kalathos*, 5-6: 33-64.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1958)a: *El Castro de los Castillejos de Sanchorreja (Ávila)*. Acta Salmanticensia XIV-1, Salamanca.
- (1958)b: *Excavaciones arqueológicas en el Cerro del Berrueco (Salamanca)*, Acta Salmanticensia XIV-1, Salamanca.
- MAÑANES PÉREZ, T. (1979), *Arqueología Vallisoletana. La Tierra de Campos y el Sur del Duero*. Valladolid.
- (1983), *Arqueología Vallisoletana II. Torozos, Pisuerga y Cerrato. (Estudios arqueológicos de la Cuenca del Duero)*. Valladolid.
- MARISCAL ÁLVAREZ, B. (1995), «Análisis polínico de los yacimientos de la Edad del Hierro de El Soto de Medinilla (campaña 1989-1990) y El Cerro de La Mota en Medina del Campo, Valladolid», en Delibes, G.; Romero, F. y Morales, A. (Eds.), *Arqueología y Medio Ambiente. El Primer Milenio a. C. en el Duero Medio*. Valladolid: 337-350.
- MARTÍN BENITO, J. L. y JIMÉNEZ GONZÁLEZ, M. C. (1988-89), «En torno a una estructura constructiva en un “campo de hoyos” de la Edad del Bronce de la Meseta española (Forfoleda, Salamanca)», *Zephyrus*, XLI-XLII: 263-281.
- MARTÍN VALLS, R. y DELIBES DE CASTRO, G. (1972), «Nuevos yacimientos de la Primera Edad del Hierro en la Meseta Norte», *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XXXVIII: 5-54.
- (1975), «Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (II)». *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XL-XLI: 445-476.
- (1976), «Sobre la cerámica de la fase Cogotas I», *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XLII: 5-18.
- MESADO OLIVER, M. (1974), *Vinarragell (Burriana-Castellón)*. Servicio de Investigaciones Prehistóricas, n.º 46.
- MORALES MUÑIZ, A. y LIESAU VON LETTOW-VORBECK, C. (1995), «Análisis comparado de las faunas arqueológicas en el valle medio del Duero (prov. Valladolid) durante la Edad del Hierro», en Delibes, G.; Romero, F. y Morales, A. (Eds.), *Arqueología y Medio Ambiente. El Primer Milenio a. C. en el Duero Medio*. Valladolid: 455-514.

- MOHEN, J. P. (1980-81), «Moules multiples des fondeurs de l'Age du Bronze». *Antiquités Nationales*, 12-13: 27-33.
- MUÑOZ LÓPEZ-ASTILLERO, K. (1993), «El poblamiento desde el Calcolítico a la Primera Edad del Hierro en el valle medio del Tajo», *Complutum*, 4: 321-336.
- PALOL SALELLAS, P. (1966), «Estado actual de la investigación prehistórica y arqueológica en la Meseta castellana», *IX Congreso Nacional de Arqueología, Valladolid, 1965*. Zaragoza: 24-35.
- (1974), «Álava y la Meseta Superior durante el Bronce Final y Primer Hierro». *Estudios de Arqueología Alavesa*, VI: 91-100.
- PALOL SALELLAS, P. y WATTENBERG SANPERE, F. (1974), *Carta Arqueológica de España. Valladolid*. Valladolid.
- PAVÓN SOLDEVILLA, I. (1995), «La Edad del Bronce». *Extremadura Arqueológica*, IV: 35-65.
- PELLICER, M. y SCHÜLE, W. (1966), «El Cerro del Real (Galera, Granada). El corte estratigráfico IX». *Excavaciones Arqueológicas en España*, 52.
- PEREIRA SIESO, J. (1994), «La transición del Bronce Final al Hierro en la Meseta Sur», *Actas del Simposio: La Edad del Bronce en Castilla-La Mancha, Toledo, 1990*, Toledo: 37-85.
- POSAC MON, C. (1975), «Los Algarves (Tarifa). Una necrópolis de la Edad del Bronce», *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 4 (Prehistoria): 87-119.
- RAURET DALMAU, A. M. (1976), *La metalurgia del bronce en la Península Ibérica durante la Edad del Hierro*. Publicaciones Eventuales, 25. Barcelona
- RODRÍGUEZ MARCOS, J. A. y ABARQUERO MORAS, J. (1994), «Intervención arqueológica en el yacimiento de la Edad del Bronce de El Cementerio-El Prado, Quintanilla de Onésimo (Valladolid)», *Nvmantia, Arqueología en Castilla y León*, 5: 33-57.
- ROJO GUERRA, M. (1987), «Asentamientos prehistóricos en la Cuenca de la Nava: estudio de sus relaciones». *Actas del Primer Congreso de Historia de Palencia. I. Arte, Arqueología y Edad Antigua, Monzón de Campos, 1985*. Palencia: 409-422.
- ROMERO CARNICERO, F. (1980), «Notas sobre la cerámica de la Primera Edad del Hierro en la cuenca media del Duero». *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XLVI: 137-153.
- (1985), «La Primera Edad del Hierro. El afianzamiento de la sedentarización y la explotación intensiva del medio», en Delibes de Castro, G.; Fernández Manzano, J.; Romero Carnicero, F. y Martín Valls, R.: *Historia de Castilla y León, I. La Prehistoria del Valle del Duero*. Valladolid.
- (1991), *Los Castros de la Edad del Hierro en el Norte de la provincia de Soria*. Studia Archaeologica, 80. Valladolid.
- ROMERO CARNICERO, M.^a V.; ROMERO CARNICERO, F. y MARCOS CONTRERAS, G. J. (1993), «Cauca en la Edad del Hierro. Consideraciones sobre la secuencia estratigráfica» en Romero, F.; Sanz, C. y Escudero, Z. (Eds.), *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la Cuenca Media del Duero*. Valladolid: 223-261.
- ROMERO CARNICERO, F. y RUIZ ZAPATERO, G. (1992), «La Edad del Hierro. Problemas, tendencias y perspectivas», *2º Symposium de Arqueología Soriana, Soria, 1989*. Soria: 108-110.
- ROMERO, F. y JIMENO, A. (1993), «El Valle del Duero en la antesala de la Historia. Los grupos del Bronce Medio-Final y Primer Hierro», en Almagro Gorbea, M. y Ruiz Zapatero, G. (Eds.), *Los Celtas: Hispania y Europa*. Madrid: 175-222.

- ROWLANDS, M. (1994), «From “the Gift” to Market Economies: the Ideology and Politics of European Iron Age Studies», en Kristiansen, K. y Jensen, J., *Europe in the First Millennium BC*. Sheffield: 1-5.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M. (1986), «Navegación y comercio entre el Atlántico y el Mediterráneo a fines de la Edad del Bronce». *Trabajos de Prehistoria*, 43: 9-42.
- (1990)a: «Canciones del muchacho viajero». *Veleia*, 7: 79-103.
 - (1990)b: «La metalurgia de Peña Negra I», apéndice incluido en González Prats, A., *Nueva luz sobre la Protohistoria del Sudeste*. Alicante: 317-357.
 - (1992)a: «La novia vendida: orfebrería, herencia y agricultura en la protohistoria de la Península Ibérica». *SPAL, Revista de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Sevilla*, 1: 219-251.
 - (1992)b: «Orientaciones teóricas sobre intercambio y comercio en Prehistoria». *GALA*, 1: 87-101.
 - (1993), «El Occidente de la Península Ibérica, punto de encuentro entre el Mediterráneo y el Atlántico a fines de la Edad del Bronce». *Complutum*, 4: 41-68.
 - (1995)a: «Cronología de la Ría de Huelva en el marco del Bronce Final de Europa Occidental», en Ruiz-Gálvez Priego, M. (Ed.), *Ritos de paso y Puntos de paso. La Ría de Huelva en el mundo del Bronce Final Europeo*, Complutum, Extra 5: 79-83.
 - (1995)b: «El significado de la Ría de Huelva en el contexto de las relaciones de intercambio y de las transformaciones producidas en la transición Bronce Final/Edad del Hierro», en Ruiz-Gálvez Priego, M. (Ed.), *Ritos de Paso y Puntos de Paso: La Ría de Huelva en el mundo del Bronce Final Europeo*. Complutum, Extra n.º 5: 129-155.
- RUIZ ZAPATA, B. (1995), «Análisis polínico del yacimiento de “Soto de Medinilla”. Campaña de 1986-1987 en el poblado vacceo», en Delibes, G.; Romero, F. y Morales, A. (Eds.), *Arqueología y Medio Ambiente. El Primer Milenio a. C. en el Duero Medio*. Valladolid: 351-356.
- RUIZ ZAPATERO, G. (1979), «El Roquizal del Rullo: aproximación a la secuencia cultural y cronológica de los Campos de Urnas del Bajo Aragón». *Trabajos de Prehistoria*, 36: 247-285.
- (1984), «Cogotas I y los primeros “Campos de Urnas” en el Alto Duero». *Actas del I Symposium de Arqueología Soriana, Soria, 1982*. Soria: 169-185.
- SACRISTÁN DE LAMA, J. D. (1986), *La Edad del Hierro en la Cuenca Media del Duero. Rauda (Roa, Burgos)*. Valladolid.
- SACRISTÁN DE LAMA, J.; SAN MIGUEL MATÉ, L. C.; BARRIO MARTÍN, J. y CELIS SÁNCHEZ, J. (1995), «El poblamiento de época celtibérica en la Cuenca Media del Duero», en Burillo Mozota, F. (Coord.), *Poblamiento Celtibérico. III Simposio sobre los celtiberos. Daroca, 2 a 5 de octubre de 1991*. Zaragoza: 337-367.
- SAN MIGUEL MATÉ, L. C. (1993), «El poblamiento de la Edad del Hierro al occidente del valle medio del Duero», en Romero, F.; Sanz, C. y Escudero, Z. (Eds.), *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la Cuenca Media del Duero*. Valladolid: 21-65.
- (1995), «Origen y evolución del oppidum de “Las Quintanas” (Valoria la Buena, Valladolid), en Delibes, G.; Romero, F. y Morales, A. (Eds.), *Arqueología y Medio Ambiente. El Primer Milenio a. C. en el Duero Medio*. Valladolid: 319-334.
- SANTIAGO PARDO, J.; CENTENO CEA, I.; CRUZ SÁNCHEZ, P. J.; MOLINA MÍNGUEZ, M. y QUINTANA LÓPEZ, J. (1995), *Inventario Arqueológico de la Provincia de Valladolid. Informe de la campaña de 1995*. (4 tomos). Informe inédito

- depositado en el Servicio de Museos y Arqueología de la Consejería de Educación y Cultura de la Junta de Castilla y León. Valladolid.
- SCHIFFER, M. B. (1987), *Formation Processes of Archaeological Record*. Albuquerque (New Mexico).
- SECO VILLAR, M. y TRECEÑO LOSADA, F. J. (1993), «La temprana “iberización” de las tierras del sur del Duero a través de la secuencia de “La Mota”, Medina del Campo (Valladolid)», en Romero, F.; Sanz, C. y Escudero, Z. (Eds.), *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la Cuenca Media del Duero*. Valladolid: 133-171.
- SENNA-MARTINEZ, J. C. (1993), «O Grupo Baiões/Santa Luzia: a contribuições para uma tipologia da olaria». *Trabalhos de Arqueologia da E.A.M.*, 1: 93-123.
- SHERRATT, A. (1993), «Core, Periphery and Margin: Perspectives on the Bronze Age», en Storddat, S. y Mathers, C. (Eds.), *Development and Decline in the Mediterranean Bronze Age*. Sheffield: 335-345.
- STUIVER, M. y REIMER, P. J. (1993), «Extended C₁₄ Database and Revised CALIB Radiocarbon Calibration Program», *Radiocarbon*, 35: 215-230.
- TARDÓN GUTIÉRREZ, G. (1995), «Hallazgos arqueológicos en la Comunidad de Villa y Tierra de Íscar y sus alrededores», *Acontia*, 1: 41-70.
- ULREICH, H.; NEGRETE MARTÍNEZ, M.^a. A. y PUCH MARTÍNEZ, E. (1994), «Cerámica decorada de Hoyas del Castillo (Pajaroncillo, Cuenca)», *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LX: 105-137.
- VALIENTE MALLA, J. (1984), «Pico Buitre (Espinosa de Henares, Guadalajara). La transición del Bronce al Hierro en el Alto Henares», *Wad-Al-Hayara*, 11: 9-58.
- VALIENTE MALLA, J.; CRESPO CANO, M.^a. L. y ESPINOSA GIMENO, C. (1986), «Un aspecto de la celtización en el alto y medio Henares. Los Poblados de Ribera». *Wad-Al-Hayara*, 13: 47-70.
- VV. AA. (1994), *Le Bel Age du Bronze en Hongrie*. Catálogo de la exposición «Le Bel Age du Bronze en Hongrie», *Hungria, 1991; Alemania, 1992 y 1993; Francia, 1994*. Budapest.
- WATTENBERG SANPERE, F. (1963), «Un brazalete de bronce en Amusquillo (Valladolid)», *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XXIX: 236-239.
- YLL, R. (1995), «Análisis polínico de los yacimientos de Soto de Medinilla, La Era Alta y La Mota (Valladolid)», en Delibes, G.; Romero, F. y Morales, A. (Eds.), *Arqueología y Medio Ambiente. El Primer Milenio a. C. en el Duero Medio*. Valladolid: 357-370.